576

FRAY MOCHO



El túnel de "El Caletón", en la línea del Ferrocarril Trasandino, sección argentina.

Fot. Bejarano

Número 576

8 de mayo de 1923



EL ENCANTO DE DIAMANTE



El puerto de Diamante, visto desde a bordo.—La estación del ferrocarril y el edificio de la subprefectura marítima.



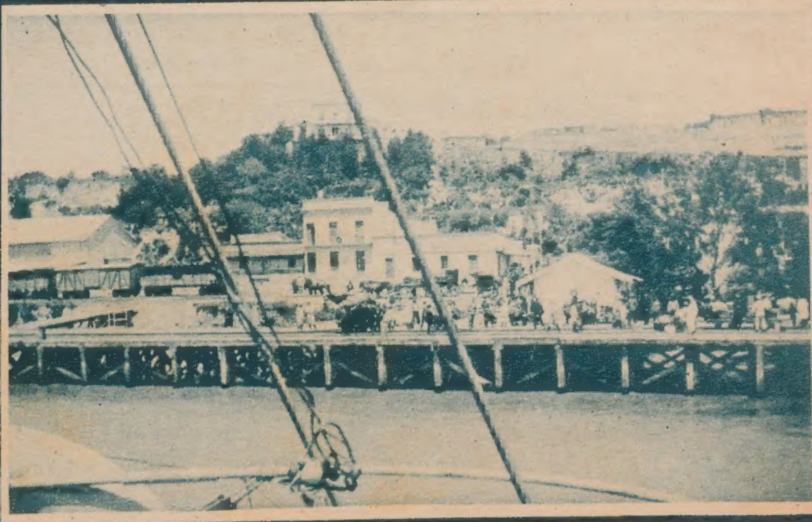
Las barrancas de Diamante, frente a las cuales cruzó el río Paraná el ejército del general Urquiza, cuando se dirigía a los campos de Caseros.



Otro aspecto del río Paraná, frente a Diamante.



Alrededores de Diamante.—La casita blanca que se ve al fondo es donde nació el senador nacional doctor Leopoldo Melo.

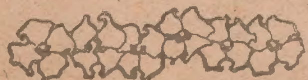


El muelle del puerto de Diamante.

Fots. Falckemberg.

FRAY MOCHO

Año XII — Buenos Aires, 8 de mayo de 1923 — Núm. 576



EL DIOS DE LAS DÍNAMOS, por H. G. WELLS



El maquinista principal de las tres dínamos que zumbaban y chirriaban en Camberwell, y hacían marchar el tranvía eléctrico, procedía del Yorkshire y se llamaba James Holroyd. Era un buen electricista, pero aficionado al whisky; un hombre violento, de cabello rojizo y dientes irregulares. Dudaba de la existencia de la divinidad, pero aceptaba el ciclo de Carnot; había leído a Shakespeare y lo encontraba flojo en química. Su ayudante procedía del Oriente misterioso y se llamaba Azuma-zi. Pero Holroyd le llamaba Pooh-bah. Holroyd prefería un ayudante negro, porque suportaba los puntapies,—darlos era una costumbre de Holroyd—y porque no examinaba las máquinas y trataba de averiguar como funcionaban. Jamás comprendió Holroyd ciertas extrañas posibilidades de la inteligencia del negro puesta en contacto brusco con nuestra civilización, aunque al final percibió algunas vislumbres de ellas.

Definir a Azuma-zi es algo que está más allá de la etnología. Era, quizás más negroide que otra cosa, aunque su cabello era ensortijado más que crespo. Además su tez más que negra parecía parda, y amarillo el blanco de los ojos. Sus pómulos anchos y su mentón afilado daban a su fisonomía cierto aspecto de Virperina. Tenía la cabeza ancha por detrás y angosta y chata en la frente, como si su cerebro hubiese sido colocado al revés del de un europeo. Era corto de estatura y más corto aun en el conocimiento del inglés. En la conversación producía numerosos y extraños sonidos sin valor conocido y sus raras palabras parecían laboriosamente labradas con cierto grotesco heráldico. Holroyd trataba de dilucidar sus creencias religiosas y—sobre todo después del whisky,—lo sermoneaba previniéndole contra la superstición y los misioneros. Azuma-zi, sin embargo, esquivaba la discusión de sus dioses, aunque esto le costaba puntapies.

Azuma-zi había llegado, con blanca, pero insuficiente indumentaria, en la bodega del "Lord Clive", directamente de la Colonia de los Estrechos a Londres. En su juventud había oído hablar de la grandeza y las riquezas de Londres, donde todas las mujeres son blancas y bellas, donde los mismos mendigos son blancos; y había llegado, con algunas monedas de oro recién ganadas, a rendir culto en el altar de la civilización. El día de su llegada fué triste y desolado; plúmbeo el cielo, y el cierzo que se colaba por las callejuelas sucias... sin embargo se aventuró resueltamente en un barrio mísero y poco después, con la salud resentida, civilizado en el traje, sin una moneda, y como un animal atontado, cayó en el galpón de las dínamos en Camberwell para ser tratado a gritos y a golpes por James Holroyd.

Habían tres dínamos; las dos primitivas, eran pequeñas; la otra, la grande, nueva. Las máquinas pequeñas hacían un ruído razonable; sus poleas zumbaban sordamente sobre los tambores, de vez en cuando los cepillos roznaban y chirriaban, "wun, wun", wun". Una de ellas, poco firme en sus cimientos, hacía vibrar el galpón. Pero la dínamo grande ahogaba todos esos ruidos menores con el zumbido imponente de sus entrañas de hierro. La cabeza del visitante resonaba mareada con el latido rumoroso de las calderas, la rotación de las grandes ruedas, los escapes de vapor y sobre todo, con la nota profunda, dominadora, incesante, de la dínamo grande. Este último ruido era, desde el punto de vista técnico, un defecto, pero Azuma-zi lo consideraba manifestación de fuerza y orgullo del monstruo.

Querríamos que el lector oyera mientras lee, los ruidos de ese galpón; querríamos que ese fuera el acompañamiento de nuestro relato. Era un raudal firme y regular de ruido violento, en el que el oído distinguía poco a poco, primero una hebra de ruido y luego otra; luego el ronquido, el jadeo, el borbollar de las calderas; los palmetazos que daban en el aire los rayos de las grandes ruedas, las sacudidas de las poleas al aflojarse y estirarse, y el caprichoso tumulto de las dínamos; y sobre todo, apagándose cuando el oído se cansaba de él, y apoderándose de nuevo de los sentidos, la nota de trombón de la máquina grande. El piso parecía extremecerse continuamente bajo los pies de uno. Era un sitio inseguro y aturdidor en el que los pensamientos de uno se desviaban en caprichosos zigzags. Y durante los tres meses de la huelga de maquinistas, Holroyd, que no se había plegado a ella, y Azuma-zi, que no era más que un negro, permanecieron sumergidos en esa constante vibración; dormían en un cobertizo de madera, entre la entrada y el galpón.

Holroyd, en cuanto llegó Azuma-zi, le despachó una especie de sermón sobre la dínamo grande. Debía hablar a gritos para que le oyera en medio del tumulto de la maquinaria.

—Mira,—decíale Holroyd—¿acaso alguno de tus ídolos se puede comparar con esto?

Y Azuma-zi miró. Por un instante no se oyó la voz de Holroyd. Luego repercutió:

—Tiene fuerza para matar cien hombres.

Holroyd estaba orgulloso de su dínamo grande, y tanto se explayó acerca de su tamaño y su potencia que Dios sabe qué curiosas asociaciones de ideas provocaron sus palabras y el ruido incesante en el cráneo del negro. Explicaba de la manera más gráfica la docena de maneras con que la formidable dínamo podía matar a un hombre y cierta vez, como complemento de la explicación hizo erperimentar a Azuma-zi los efectos de una ligera descarga de corriente. Desde entonces, en los raros momentos de tregua de su trabajo, Azuma-zi contemplaba la imponente máquina, con silencioso asombro. Por momentos del seno del monstruo partían regueros de chispas azules que provocaban juramentos de Holroyd, pero en seguida su funcionamiento recobraba el ritmo suave y regular de un movimiento respiratorio. Así vivía poderoso en el vasto galpón, no prisionero y obligado a mover un barco, como las otras grandes máquinas que Azuma-zi había conocido, sino como una máquina entronizada en un altar. Por fuerza de contraste Azuma-zi despreciaba a las otras dos dínamos pequeñas; en su fuero íntimo llamaba a la grande el Dios de las Dínamos. Las chicas eran caprichosas e irregulares, pero la grande vivía con segura firmeza. ¡Qué grande era! ¡Qué sereno su funcionamiento! Más grande y más tranquila aun que los Budas que él había visto en Kagoon, y no inmóvil, sino viviente.

Azuma-zi no era aficionado al trabajo. Prefería quedarse sentado contemplando al Dios de las Dínamos, mientras Holroyd se alejaba para persuadir al portero que le trajera whisky, aunque el lugar que le correspondía no estaba en el galpón de las dínamos, sino detrás de las calderas, y se exponía a que si Holroyd le sorprendía escrudiñando los secretos de la dínamo, le corriera, armado de un trozo de cable de cobre. Se aproximaba al coloso y fijaba la mirada en la ancha polea que corría sobre su cabeza. Había en la polea una gran mancha negra, y Azuma-zi se entretenía aguardando que la mancha pasara de nuevo ante sus ojos. Ideas extrañas giraban en su mente acompañando las revoluciones de la faja de cuero. Los hombres de ciencia nos dicen que los salvajes atribuyen un espíritu a las rocas y a los árboles. Una máquina es algo mil veces más viviente que una roca o un árbol. Y Azuma-zi, era, en realidad, todavía un salvaje; el barniz de la civilización no penetraba en él más abajo de su ropa, sus moretones y el hollín que



—¡Magnífica corona!
—Sí; para mi queridísima pierna que perdí hace un año en un accidente de auto.



le ennegrecía la cara y las manos. Antes que él, su padre había venerado una piedra meteórica, y probablemente, las anchas ruedas del carro de Jugernaut había aplastado carne de sus antepasados.

Aprovechaba toda oportunidad que Holroyd le daba para tocar la dínamo grande que, evidentemente le fascinaba. Limpiaba y lustraba sus partes metálicas hasta que centelleaban al sol. Al hacer eso experimentaba un misterioso sentimiento de culto. De buena gana habría tocado delicadamente las bobinas giratorias. Los dioses que él había venerado estaban todos muy lejos. La gente de Londres ocultaba sus dioses.

Al fin, sus obscuros sentimientos comenzaron a definirse y adquirieron forma en ideas y por último en actos. Una mañana entró en el tumultoso galpón y se humilló ante el Dios de las Dínamos. Luego, durante una breve ausencia de Holroyd se acercó a la máquina atronadora y le murmuró que era su esclavo. Le rogó que tuviera piedad de él y que le librara de Holroyd. Mientras así suplicaba, por una de las ventanas del galpón penetró un pálido rayo de luz y el Dios de las Dínamos, apareció circundado de oro pálido. Así supo Azuma-zi que su consagración había sido aceptada por el Dios. Desde entonces no se sintió tan solitario en Londres. Aun después de concluída su tarea,—lo que ocurría raramente,—no se alejaba del galpón.

La próxima vez que Holroyd le maltrató, Azuma-zi se aproximó al Dios de las Dínamos y murmuró reverente:—Tú lo has visto, ¡oh, mi Dios!—y pareció contestarle el airado chirrido de la maquinaria. Más tarde creyó notar que cada vez que Holroyd entraba en el galpón la dínamo grande emitía un ruido distinto.

—Mi Dios espera su tiempo,—decíase Azuma-zi.—La iniquidad del insensato no ha madurado todavía.

Y aguardaba, con vigilancia confiada, el día del castigo. Un día en que se notó un corto circuito, Holroyd, mientras efectuaba un examen imprudente de la máquina, recibió una fuerte descarga. Azuma-zi le vió dar un salto y estallar en maldiciones.

—Ha sido advertido,—se dijo Azuma-zi.—En verdad, mi Dios es muy paciente.

Al principio, Holroyd había iniciado al "negro", en algunas nociones elementales del funcionamiento de la dínamo, de modo que fuera capaz de notar si ocurría algo anormal durante su ausencia. Pero cuando observó la manera con que Azuma-zi rondaba el monstruo, se hizo difidente. Sospechó vagamente que su ayudante empezaba a comprender más de lo que convenía, y como notara que una de las bobinas había perdido parte del barniz por haber sido aceitada, profirió atronadoramente este edicto que dominó el bullicio de la maquinaria:

—Si vuelves a acercarte a la dínamo grande, te desollaré vivo.

Por otra parte, si a Azuma-zi le agradaba acercarse a la máquina grande, el buen sentido aconsejaba alejarlo.

Azuma-zi obedeció por el momento, pero poco después fué sorprendido mientras hacía una reverencia ante el Dios de las Dínamos. Holroyd le agarró de un brazo, se lo retorció y le dió un puntapié en el momento en que se dió vuelta para irse. Un instante después, mientras Azuma-zi se refugiaba detrás de la caldera y miraba la espalda del odiado Holroyd, el ruido de la dínamo adquirió un nuevo ritmo, y resonó como cuatro palabras en su lengua natal.

Es difícil decir exactamente qué es la demencia. Supongo que Azuma-zi se había vuelto loco. El rumor incesante, la repercusión infatigable de la dínamo, pudieron bien haber revuelto su escasa suma de conocimientos y su enorme suma de imaginación supersticiosa, hasta convertirlas en una desordenada mezcla a fin al frenesí. De todo modo, lo cierto es que la idea de hacer de Holroyd un sacrificio en aras de la Dínamo «Fetiche, le llenó de una emoción exaltadamente placentera.

Esa noche los dos hombres y sus sombras negras se hallaban solos en el galpón. Iluminaba el galpón la luz de un gran arco voltaico que temblaba con destellos purpúreos. El mundo exterior, visto desde el extremo abierto del galpón parecía increíblemente obscuro y remoto. Parecía también absolutamente silencioso desde que el tumulto de la maquinaria ahogaba todo rumor de afuera... De pronto, Azuma-zi, salió de la obscuridad, se adelantó hasta el medio del galpón donde corrían las poleas y se acercó a la dínamo grande. Holroyd oyó un ruido metálico seco y súbitamente cambió la rotación de la máquina.

—¿Qué estás haciendo con esa llave, negro del demonio?—gritó sorprendido.—¡No te he dicho!...

Pero en ese instante, vió la expresión resuelta de los ojos del asiático, que avanzaba hacia él sin vacilar.

Un segundo después, ambos hombres luchaban con furia sorda, delante de la dínamo grande.

—¡Negro estúpido!—gritó desesperadamente Holroyd, mientras una mano morena le oprimía la garganta.—¡Cuidado con el contacto!—Inmediatamente, se sintió arrojado hacia el Dios de las Dínamos. Instintivamente soltó a su adversario para salvarse de la máquina.

* * *

El mensajero, enviado desde la estación, con urgencia furiosa, para averiguar que había ocurrido en el galpón de las dínamos, encontró a Azuma-zi, junto a la casilla del portero, en la entrada. Azuma-zi trató de explicarle algo, pero el mensajero, que nada entendía del inglés incoherente del negro, corrió al galpón. Las máquinas continuaban funcionando y, aparentemente, no se notaba nada de anormal. Había, sin embargo, un olor peculiar, a pelo quemado. Luego vió una masa informe pegada en la parte delantera de la dínamo grande, y, acercándose, reconoció los restos de Holroyd.

El hombre se sobresaltó y vaciló un momento. Luego vió la cara y cerró los ojos convulsivamente. Volvióse antes de abrir de nuevo los ojos, para no ver otra vez los restos de Holroyd, y salió corriendo del galpón en busca de auxilio y de instrucciones.

Cuando Azuma-zi vió a Holroyd presa de la dínamo grande, experimentó un vago temor, más bien una obscura sorpresa, acerca de las consecuencias de su acto. Pero se sentía, a la vez, extrañamente satisfecho, y sabía que le protegía el favor del Dios de las Dínamos. Ya había resuelto su plan cuando le encontró el hombre que vino de la estación. El gerente técnico que llegó rápidamente al lugar del suceso, llegó en seguida a la conclusión de que se trataba de un suicidio. Apenas hizo caso de Azuma-zi, a no ser para dirigirle dos o tres preguntas. ¿Había visto a Holroyd cuando se arrojó a la dínamo? Azuma-zi que se hallaba ocupado junto a la hornalla de la caldera, de donde no podía ver lo que ocurría en el galpón, cuando notó una diferencia en el ruido de la dínamo. Nada más sabía.

Los retorcidos despojos de Holroyd, que el electricista retiró de la máquina, fueron cubiertos rápidamente por el portero con un mantel manchado de café. Alguien llamó a un médico. El técnico sólo se preocupaba, ansiosamente, de que las máquinas funcionaran de nuevo, pues siete u ocho trenes se habían detenido, a mitad de camino en los túneles del ferrocarril eléctrico. Azuma-zi, que no entendía o contestaba enrevesadamente las preguntas que le dirigían las personas, que en razón de sus cargos o por curiosidad, habían penetrado en el galpón, fué enviado a su sitio, detrás de las calderas. Sin duda una multitud se agolpó a las puertas del establecimiento y dos o tres reporters se colaron en el galpón y uno de ellos llegó hasta el sitio donde se hallaba Azuma-zi, con la intención de interrogarlo, pero el técnico los hizo retirar en seguida, pues él también hacía periodismo en sus ratos de ocio.

Poco después sacaron el cuerpo del galpón y el interés público desapareció con él. Azuma-zi se quedó quieto, delante de la caldera, viendo de vez en cuando en los carbones encendidos, una forma que se retorcía violentamente y en seguida se quedaba inmóvil. Una hora después del crimen no había en el galpón el menor indicio de que hubiese ocurrido allí algo anormal. Espiando desde el sombrío pasadizo junto a las calderas, el negro vió al Dios de las Dínamos y a sus hermanas menores girando con ruido regular mientras el vapor en los pistones parecía palmotear sordamente, lo mismo, en todo lo mismo que por la tarde. Por lo demás, desde el punto de vista mecánico, el incidente era insignificante: una simple y momentánea desviación de corriente. Pero ahora la forma esbelta y la sombra esbelta del técnico, reemplazaban a la silueta pesada de Holroyd, moviéndose de un lado a otro, bajo el círculo de luz, sobre el piso vibrante, entre las dínamos.

—¿He servido a mi Dios?—dijo Azuma-zi, en voz baja, desde su rincón obscuro; y la nota de la dínamo resonó llena y clara como una respuesta. La extraña fascinación de la poderosa máquina, que desde la muerte de Holroyd, Azuma-zi evitaba, recobró todo su dominio en el espíritu del negro.

Nunca había visto Azuma-zi morir un hombre tan rápidamente. La gran máquina había matado a su víctima sin alterar el ritmo de su pulsación tremenda. Era, ciertamente, un dios poderoso.

El técnico se hallaba en ese instante de espaldas, escribiendo en un papel. Su sombra se extendía a los pies del monstruo.

—¿El Dios de las Dínamos tiene hambre todavía? Su esclavo está pronto.

Azuma-zi dió un paso furtivo; de pronto, se detuvo. El técnico dejó de escribir súbitamente, y se dirigió a examinar la última dínamo.

Azuma-zi hesitó; luego avanzó, deslizándose sin ruido, en la obscuridad, hasta llegar junto a la llave. Allí esperó. Poco después oyó los pasos del técnico que regresaba. Se detuvo en el mismo sitio en que había estado primero, sin advertir, por supuesto, la presencia del negro, agazapado a tres metros de él. De pronto la dínamo grande produjo un ruido sibilante y Azuma-zi se abalanzó, de un salto, sobre el técnico.

Primero, el técnico fué abrazado en torno de la cintura y empujado hacia la dínamo grande; luego, a rodillazos y abatiendo con ambas manos la cabeza del negro, logró desasirse y correr un trecho, apartándose de la máquina; el negro volvió a abalanzarse y a abrazarle, esta vez empujando con la cabeza aplicada en el pecho de su adversario. Así forcejearon jadeando un largo instante, por fin, éste le aferró con los dientes una oreja y mordió furiosamente. El negro chilló desesperadamente.

Rodaron al suelo, y el negro, que se había librado ya de los dientes de su adversario, probablemente dejando en ellos un pedazo de oreja, trató de estrangularlo. El técnico hacía esfuerzos inútiles por agarrar algo y lanzaba puntapiés en el vacío, cuando se oyó ruido de pasos. Instantáneamente, Azuma-zi se puso de pie y corrió hacia la dínamo grande.

El empleado de la compañía, que acaba de entrar, se quedó estupefacto al ver que Azuma-zi se apoderaba con ambas manos de los terminales desnudos, se retorcía en una convulsión horrible y quedaba colgado, inmóvil, con la cara violentamente contraída.

—¡Puedo asegurar que ninguna presencia me causó más contento que la suya!—exclamó el técnico, aun aturdido y sentado en el suelo.

Y dirigiendo una mirada al cuerpo que colgaba de la dínamo, prosiguió:

—Aparentemente, no es una muerte agradable, pero es rápida...

El empleado continuaba mirando, como alucinado, el cadáver del negro.

Hubo una pausa.

El técnico se puso de pie tambaleándose; se pasó lentamente la mano por el cuello y meneó la cabeza varias veces.

—¡Pobre Holroyd! Ahora comprendo...

Luego, casi mecánicamente se aproximó a la llave y dió de nuevo corriente al circuito del ferrocarril. Inmediatamente, el cuerpo del negro se desprendió de la máquina y cayó al suelo, de bruces. El corazón de la dínamo volvió a resonar alto y claro, y los rayos de las ruedas batieron el aire.

Así concluyó prematuramente el culto de la Dínamo Divina, probablemente la religión de más corta existencia, pero en la cual contó con un martirio y un sacrificio humano.

Un aventurero de talento

por Julián CALLÉ

Mi artiguo amigo Harry Mac Dingo—así se llamaba en vida—acompañó a la expedición contra los rududús, los rebeldes del Sudán Posterior, en 1902, en calidad de corresponsal de guerra de uno de los diarios más leídos de París, "La Moda de los Modistos". Esos ciudadanos rebeldes del Sudán Posterior, no obstante los corteses avisos del gobernador, se dedicaban a hacer fechorías en las selvas vírgenes.

¿Su infancia? Un problema.

De origen dudoso, si no nulo del todo, se las había arreglado solo, con mucha pena, en un apartado lugar campestre. No obstante, había crecido a fuerza de fuerzas y de hacer milagros. Todo esto, mientras otros se abanicaban.

Juró que en el momento que alcanzara la talla de un metro setenta y cinco, que es la talla que conviene a un hombre sin recursos, partiría para América.

Apenas desembarcado en los muelles de Boston, ojeó su cartera, una cartera peluda, con barcos y áncoras pintados. Le quedaban, para todo, cinco céntimos, que con el cambio perdían un tercio de su valor.

—Es muy poco—pensó.—¡Bah! Así nos reíremos más.

Y acto seguido tomó la izquierda. La izquierda es el Oeste. Cuanto más avanzaba, más hacia el Oeste se encontraba, lo cual le sugirió que los puntos llamados cardinales no son más que prejuicios, sardinas que dan sed. Y cuando se viaja, sólo hay una verdad cierta: el centro, el sitio donde se tienen los pies.

En este momento le fuí presentado.

Estaba entonces en la plenitud de su edad y de su fuerza, y llevaba en la cara, con gran elegancia, las huellas de una fofetada que en pelea le había propinado otro sujeto. Tenía el aire de un grande de Castilla bajo su sombrero claro y el "chachalaca" de su chaleco sin mangas (a todo este párrafo hay que ponerle un oportuno sic). ¿Cómo fué luego mi cofrade? Lo ignoro. Lo cierto es que debía encontrarle siempre en la sala de "La Moda de los Modistos".

En verdad, era un tipo alegre y maliciosillo, que sabía todos los dichos populares del desierto y habría dado cualquier cosa para correrla por las aldeas de negros.

Siempre se reía de todo; de todo y de nada; de la sed, de los mosquitos, de los leones, de sí mismo... y de los otros. Una narizota, una pipa de veinte céntimos entre los dientes continuamente, aunque se echara al río o cantara salmos... Su pipa, "mis muebles", como él decía.

Poco después, y hallándonos en Kuku-Kivala, en la boca del Níger, Mac Dingo me dejó para embarcarse en una empresa de la que salió con las manos en la cabeza.

Activo y emprendedor,—luego me lo contó un dadá,—montó en el Congo una soberbia carnicería antropofágica, provista de todos los modernos adelantos.

Al principio — era inevitable — su comercio prosperó. Vendió piezas de todas tallas y todos los tintes. Negritos, negros, mulatos y blancos fueron colocados convenientemente en su mostrador, que era el mejor abastecido de toda el Africa.

A buen peso vendió contra oro y perlas los mejores jigotes de hombre y los más exquisitos lomos de mujer que pudieran soñar los "gourmets" ñañameses bajo el cielo del Ecuador.

Una especialidad de negro ahumado consagró definitivamente el éxito de la casa. Hubo un momento en que pensó largarse con una gran fortuna a la Gascuña de sus moradores.

Pero antes de traspasar el establecimiento cometió la imprudencia de substituir los hermosos cuartos de vianda negra, que le habían hecho célebre, con antílopes viejos, muertos en vulgar enfermedad y pintados con mina de lápiz. Fué su ruina.

Los caníbales, que no son borricos precisamente, descubrieron el fraude y saquearon la tienda, dejándole sólo los ojos para llorar y las dos piernas para largarse.

¿Es cosa de censurarlos? ¿Toleraríamos nosotros que se nos sirviera al mismo precio un trozo de caballo que uno de ternera?

Arruinado, Harry Mac Dingo tuvo que volver a Dakar a paso gimnástico. Más de quinientas leguas.

Cuando llegó, extenuado, estando lleno el hospital, tuvieron que acomodarlo en una cuna.

A la mañana siguiente, el doctor diagnosticó:

—No es nada. Una indigestión... Un hartazgo de kilómetros. Eso pasará con dieta de un mes.

No fué precisamente así, porque nadie lo ha vuelto a ver.

Para tu alforja, libros

En los libros está el alma de todo el tiempo pasado; la perceptible articulada voz del pasado, cuando el cuerpo y su material substancia hanse desvanecido enteramente como un sueño. Grandes ejércitos de armadas poderosas, puertos y arsenales, vastísimas ciudades estremeciéndose al ruido de potentes locomotoras, palacios y monumentos magníficos: ¡cuán precioso todo! ¡Cuán grandes! Pero, ¿en qué vendrán a parar en el curso de los siglos? Agamenón los muchos Agamenones, los Pericles con toda su Grecia, todo ha desaparecido y se ha convertido en fragmentos, ruinas y despojos tristes: ¡todo menos los libros de Grecia! Allí está la Grecia, allí vive literalmente todavía, allí está presente para todos los pensadores; con sus libros podémosla resucitar y volverla a la vida. No hay prodigio que iguale la magia y el extraordinario poder de un libro. Todo cuanto hizo la humanidad, todo cuanto pensó, todo cuanto ganó, y todo, en fin, cuanto fué yace archivado, como por arte de encantamiento, en las páginas de un libro. Ellos vienen a ser la posesión selecta de los hombres.

¿No están los libros realizando milagros, ni más ni menos que los "runos", según nos cuenta la leyenda? Ellos persuaden a los hombres. La más insignificante novela, de esas que en las más remotas aldeas entretienen la ociosidad de las muchachas sencillas, contribuye a desenvolver lo práctico actual en todo cuanto concierne a las costumbres de orden interior de la economía doméstica de esas mismas muchachas.

Si bien lo pensamos, todo lo que una universidad o final conjunto de todas las escuelas superiores puede hacer para nosotros, se reduce, poco más o menos, a lo que hizo la primera escuela que hubo en el mundo: enseñarnos a leer. Nosotros aprendemos a leer en varias lenguas, en varias ciencias; aprendemos el alfabeto y letras de toda clase de libros. Pero el lugar donde podemos obtener la ciencia, toda la ciencia hasta la teorética, no es otro sino los mismos libros. Depende nuestra teorética ciencia de lo que nosotros leemos, después de cuanto han hecho por nosotros excelentes profesores. La verdadera universidad en nuestros días es una buena colección de libros.

Tomás CARLYLE.



CRÓNICA.—LA DICHA DE SER RICO

por Antonio GUARDIOLA

Cuando John Lubbock escribía su famosísima obra *La Dicha de Vivir*, equivocó, indudablemente el título: la hermosa obra, tan hermosa como desconsoladora y desalentadora, debió de titularse, *La dicha de ser rico*. El hogar, la amistad, los viajes, el amor, los placeres materiales y los espirituales, la mesa, la mujer, el libro, la música, cuanto hace agradable la vida de los hombres, va desfilando por las páginas de Lubbock, que parece haberse propuesto comunicarnos su optimismo y convencernos de que, pese a todas las contrariedades de la vida y a todos los dolores inseparables de la existencia humana, todos tenemos el deber de ser felices, es más, todos tenemos la dicha a nuestro alcance, con sólo poner un poco de dulzura en nuestro corazón para saborear los infinitos encantos que nos brinda la vida.

Sin embargo; yo encuentro ese libro, cuya belleza no puede discutirse, de una tristeza desgarradora. Casi diría *insultante* si no tuviera en cuenta que el que lo escribió era un espíritu excelso y generoso, que sólo quiso comunicar a los otros hombres el optimismo y las hermosuras que desbordaban en su alma. Pero téngase en cuenta que John Lubbock era inmensamente rico, era uno de los hombres más fastuosamente opulentos que existían en la Inglaterra de aquel tiempo. ¿Cómo hubiera podido, de otro modo, escribir sus excelsos cantos a placeres que sólo disfrutan en la tierra una ínfima minoría de afortunados?... Ni el hogar, ni la amistad, ni los viajes, ni la familia, ni ninguno de los placeres materiales ni espirituales de la vida—la mesa, la mujer, el libro, la música, ni siquiera el amor,—nos brinda la existencia cuando nos vemos pobres y miserables: entonces todo se nos niega: la ley nos atropella, las mujeres se burlan de nuestros guiñapos, los amigos nos vuelven la espalda, y hasta la Naturaleza, de madre amante y solícita, se torna con nosotros madrastra implacable, hostil y cruel que nos azota las carnes, desgarrándolas bajo el hielo del invierno, o quemándolas bajo los rayos implacables del sol de estío. ¿Quién podría entonces convencernos de que la vida es una dicha y de que la dicha está a nuestro alcance, y de que es sólo nuestra la culpa de no sentirnos felices y serenos?... ¿Cómo vamos a sentirnos felices cuando nos vemos rechazados, empujados, atropellados por el bárbaro progreso, donde sólo existe como arma de defensa el brillo del oro?...

¡No, no!

No existe tal *dicha de vivir* cuando no nos vemos las manos llenas de monedas; no ha existido nunca ni nunca existirá, ¡nunca, nunca, por los siglos de los siglos! Esos placeres que nos brinda Lubbock como al alcance de nuestra mano, son sólo los placeres reservados al rico y al poderoso de la Tierra. ¿A qué, entonces, mencionarlos siquiera?... Si cuando nos hemos visto pobres nos hemos visto abandonados y tristes, sin hogar, sin mujer, sin familia, sin amor y sin consideración humana, apaleados y derribados al suelo... ¿Cómo se nos va a convencer del deber que tenemos que ser todos felices?... Más humano, más lógico y hasta inmensamente más generoso sería convencernos de la absoluta, de la ineludible obligación que tenemos todos de enriquecernos. ¡Que lo demás, como a Sancho, se nos dará por añadidura!...

Eso sería hasta sarcástico si Lubbock, como antes decimos, no hubiera escrito su obra con altísimas miras de arte y generosidad.

—¡La dicha de vivir!...

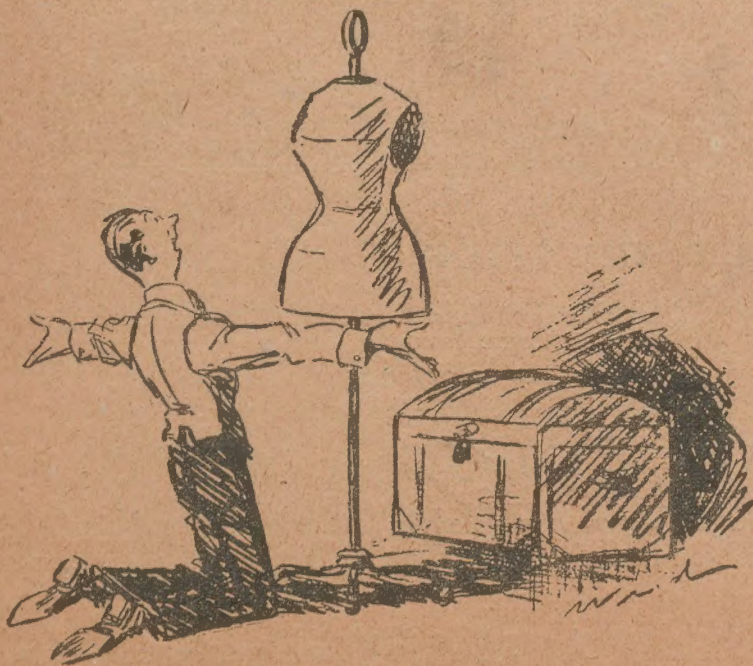
¡No, no¡ ¡La dicha de ser rico! Para sentirlo es preciso, no sólo pasar las hambres materiales de la vida, hambres de pan y de calor, sino las aún más terribles hambres espirituales, esas *hambres del alma* que sólo sufren los pobres al tenerse que retorcer los impulsos del corazón..., al sufrir desengaños, tristezas, crueles amarguras de la vida... Y en esos momentos, se verá que no consuela la resignación, por muy santa que sea; que no consuela la virtud, ni el trabajo, ni el heroísmo, ni siquiera la desesperación: sólo hay una cosa que consuele: el dinero.

Es verdad que existe en la Tierra la dicha espiritual que *Juan Jacobo* recomendaba a los escogidos: la de la Naturaleza y el arte. Nosotros, sin embargo, no nos atrevemos a nombrarlas siquiera, por lo mismo que para sentirlas se necesita también un espíritu privilegiado y excelso.

Esclavos miserables que hayan sido felices sólo ha existido uno: Epicteto, que era un alma suprahumana: en cambio, ¿quién no sería feliz viéndose cubierto de oro?...

..¡Aunque tuviera un alma de cerdo! ¡Y cuanto más de cerdo, mejor!...

ENTRENAMIENTO



El ensayo de la declaración.

Coke metalúrgico

La Compañía Carbonífera de Lebu ha terminado una negociación con la firma alemana de Krupp, para establecer en Chile la industria del coke metalúrgico, tratando los carbones de las minas de propiedad de la primera. Se calcula que con la producción nacional de coke será posible emprender la fabricación de hierro y acero, puesto que el país cuenta con grandes depósitos de estos minerales.

MIRANDO LA VIDA

Un imbécil puede ver claramente las cosas; pero si reflexiona, está perdido.

* * *

Las intimidades duraderas tienen por base la indiferencia.

* * *

Uno se siente feliz al saberse útil; pero es sensato no creerse indispensable.

* * *

El accidente de nuestro amigo, nos conmueve; su enfermedad crónica nos aburre.

* * *

Admiremos a los modestos que hablan de sus obras, pero no compartamos su opinión.

* * *

La serenidad viene del alma: es un don; la calma viene del carácter: es una virtud.

* * *

Una buena educación nos permite "dosar" nuestras impertinencias.

* * *

En la vejez, es dulce volver a encontrar aún sus "enemigos de la infancia".

* * *

Las lágrimas acordadas a los muertos no tienen la amargura de las que nos hacen derramar los vivos.

* * *

La habilidad de los seres superiores consiste en saber utilizar a los mediocres.

* * *

Las pretensiones son las aspiraciones de las almas pequeñas.

La impertinencia es la insolencia bien educada.

* * *

Los hombres sólo saben lo que han comprendido; y las mujeres, lo que han sentido.

* * *

¿Cuál es el testigo de un suceso que lo refiera sin atribuirse un papel en él?

* * *

Sólo la edad madura nos descubre cuán poco nuestro prójimo se interesa por nosotros.

* * *

Hacer un paralelo entre dos personas presentes, es un medio seguro de ser desagradables a la dos.

* * *

Cuando uno ha sufrido, advierte que la felicidad consistía en no ser desgraciado.

* * *

Todo oficio exige un aprendizaje; sin embargo, los esposos se improvisan.

* * *

Nada empobrece tanto como no atreverse a parecer pobre.

* * *

Algunos maridos son celosos porque dudan de su mujer—pocas veces tienen razón;—otros lo son porque dudan de sí mismos,—y a menudo tienen razón.

* * *

La juventud moderna hace, de sus padres, un trampolín, y de sus amigos, remolcadores.

Alicia M. CAZALIS.

EL MISTERIO

por Enrique DUVERNOIS

—¿Ha vuelto ya la señora?—preguntó Pablo Gensonnet a la doncella.

—Acaba de entrar, señor—le contestó.

—¿No sabe que estoy aquí?

—No, señor.

—Entonces, no; le daré una bromita.

¿Que bromita sería? Una de las que acostumbraba. Primero la sorprendería. Después, daría un gran grito, y ella se enfadaría. "Eres un animal. Conseguirás que enferme del corazón, por fin, ¡idiota!" Luego, ella se sonreiría con la ternura que guardaba en los ojos para mirarle, hasta cuando probaba de enfadarse.

Marchó quedo, abrió la puerta de la alcoba con lentitud infinita...

Vió cómo su mujer se miraba en el espejo. Llevaba aún el manto gris claro y el sombrero cuya gran pluma le escondía la mitad de la cara, de su maravillosa cara. Se miraba, pues, pero pensando visiblemente en algo grave, muy grave, tan grave, que su marido tuvo un presentimiento funesto. El la observaba desde la sombra. La que observaba parecía una desconocida, una de las enemigas que había tratado antes de su boda y que le habían infundido miedo a la mujer. Era bonita—no podía ser de otra manera,—pero cambiada. Una estatua del dolor, del dolor revestido de un manto de gris claro. Sus ojos, de hermoso y líquido azul, parecían duros, casi negros, y las comisuras de los labios, tan dados a la risa, se plegaban siniestramente.

Tal vez estaba siempre así cuando se encontraba sola, cara a cara con sus desilusiones.

Pero no: le había pasado algo, algo que al pobre marido le dió miedo. ¡Un drama! Lo de siempre. Casados desde hace tres años, se vive en las rosas, como si las rosas fueran eternas, y de pronto se cae en las sombras. Quiso desvanecer el espectro, y probó de bromear. Con voz algo débil y estrangulada gritó:

—¡Aaaah!

Luciana apenas se sobresaltó. Dejó el espejo como sintiéndolo, como se abandona una idea terrible, pero cara, para encontrar de nuevo la vida cotidiana con su vulgaridad. Probó de sonreir, y su sonrisa fué la más pobre, la más miserable, de las sonrisas: la sonrisa de los niños antes de romper en sollozos.

—¡Ah! ¿Eres tú? No te había oído.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿No estás enferma?

—¿Por qué te empeñas en que esté enferma?

—Lo preferiría.

—¡Gracias!

La tomó en sus brazos. Tuvo en sus brazos una Luciana inerte, que se obstinaba en bajar la frente y ocultarla bajo el sombrero, y el sombrero era también dramático, con sus plumas de sauce llorón...

—¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?

—Nada, nada.

—Dime pronto, querida; me sacas de quicio.

Ella se apartó y quedó muda. Entonces él suplicó. Le riñó. Volvió a suplicar, y no tuvo más que una declaración de principio, bastante vaga y bañada en hostilidad. Cada alma—dijo Luciana en substancia, porque era literata—tiene sus secretas tristezas. No está uno en el mundo sólo para beber, comer, bailar y para hacer algo que no sea el perro fiel. La existencia nada tiene de farsa.

—Pero—aulló Pablo—tengo el derecho de saber... Vete con cuidado, que el juego es peligroso. Mi vida es de cristal y no te permitiré...

Ella se quitó el manto, y apareció divinamente rubia y resignada.

—¿Me quieres decir la verdad?

—No.

—Te prevengo que me iré y no vendré a comer.

Ella hizo un gesto de impotencia y de indiferencia. ¿Qué podía hacer? El adivinó que tenía prisa por quedarse sola y llorar.

—Me voy, Luciana, y no volveré antes de medianoche... Me dejas partir con todas mis dudas..., mis dudas que me son permitidas, pues ¿qué dolor debe ser el tuyo, ese dolor que me hubieras ocultado si no lo hubiera sorprendido? ¿No quieres hablar? Un, dos..., tres... ¿No quieres? Me voy.

—Como quieras.

Cuando hubo salido, ella volvió a su triste meditación. Pablo encontró en la calle a la señora Descomettants, la mejor amiga de Luciana.

—¿Va usted a verla? Es atroz lo qué ocurre en casa. Acabamos de volver la última página a nuestra felicidad. Creo que Luciana tiene un amante y que ese amante acaba de abandonarla o está para morir...

—¿Ustedes, que...?

—Sí, nosotros, que parecíamos tan unidos...

Como era buena, la señora Descomettants se desoló, y como era curiosa, se dió prisa. Encontró a su amiga bañada en lágrimas, y la asedió a preguntas.

Luciana la abrazó nerviosamente, y por fin pudo hablar.

—Sólo para ti; júrame no decirlo a nadie.

—Dime.

—Tú conoces a Marta, la primera oficiala de la Langouvelant. Hoy he ido... Este traje es horrible... Estaba exasperada. Discutí con Marta, y ¿sabe usted qué me ha contestado? Me ha contestado: "Señora, prefiero renunciar a ello; esta clase de trajes no le sentarían a usted bien nunca."

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Comprende usted en qué estado de desesperación me ha puesto? Esta es la moda, y mire usted que decirle a una: "¡No le sentarán a usted bien nunca!" Es como decirme: "Vaya usted desnuda", o "Es usted grotesca".

—Claro, claro. Pero ¿por qué no se lo has explicado a tu marido?

Luciana levantó los ojos al cielo, sus ojos de ángel y de martirio, y dijo simplemente:

—Es un hombre y no lo habría comprendido.

ELOGIO DE DON QUIJOTE



Una notable caracterización del papel de Don Quijote, por el actor francés Vanni Marcoux, en el teatro de la Gaité Lyrique, de París.

LAS LIMOSNAS

El padre Pascual, un italiano encorvadito de tan viejo, de lustrosa calva, pero chispeantes ojos negros, era el cura párroco de General Nuño, un pueblecito situado en el sur de la provincia de Santa Fe, cara al Paraná que lo arrullaba.

El arrullo del río quizás lo adormeciera demasiado, pues General Nuño era un pueblecito calmoso y triste, evocador de las épocas coloniales, por el silencio de sus calles y el religioso fervor de sus habitantes.

Empero, la capillita desmoronábase, y el padre Pascual vanamente exhortaba a su feligresía desde el púlpito; en vano les pintaba los horrorosos sufrimientos del Averno; los campesinos, tacaños, limitábanse a rezar su misa y dejar su cobre en la alcancía de las ánimas; pero nada más que un cobre.

El pobre cura se desesperaba y con él su sobrino Cayetano, un muchachote calabrés de ensortijada cabellera y negros ojos de brigante, que le servía de sacristán.

Las limosnas escaseaban, y los dos italianos representantes de Dios, debían contentarse con sus habituados "macaroni", ellos que soñaron paladear sabrosos pollos y delicados manjares!

Los nuñenses no se mostraban muy dispuestos a sacrificar su bolsa por su alma; buenos creyentes eran; ellos oían su misa dominical, caminaban muy circunspectos detrás de la procesión del Carmen, hacían comulgar a sus hijos y dejaban su cobre en la alcancía para que el buen padre Pascual sacase ánimas del purgatorio. Mas aquella parquedad en las limosnas, traía pensativo al párroco...

Una noche, la tertulia del café del pueblo sintióse conmovida por la nueva: Don Crisóstomo, un respetable y acaudalado nuñense, entró despavorido: ¡había visto un fantasma!

La parroquia se inmutó; buenas gentes de paz, el notición les entraba en los poco duros corazones, no acostumbrados al peligro, como si se los traspasase un hierro. ¡Y qué peligro: un fantasma! ¿No sería una alucinación de don Crisóstomo? Este protestaba:

—¿Qué, no creen? ¡Salgan, salgan!

Nadie se movió.

—Salgan—repetía don Crisóstomo. —Ya se verán con él. Grande como un álamo, todo de blanco. Me corrió como cien metros.

—¿Y dónde lo vió?

—Allí no más, saliendo un poco de las casas. Yo volvía de mi campo, hoy se me había anochecido...

Muchos creyeron; mas otros fuéronse dudando.

Ah, pero al otro día, domingo, ya no dudaron más. Desde el púlpito, el propio párroco dió la noticia a sus espantados feligreses: por General Nuño rondaba un fantasmón blanco; su sobrino lo había visto! Y después de la noticia, el buen padre, convertido en un inspirado profeta, en un iracundo Isaías, rugió:

—¡He aquí las consecuencias de vuestra falta de caridad, de olvidar a las pobres ánimas que gimen en los más horrorosos sufrimientos; el Creador ha mandado una de ellas para recordaros vuestros deberes; ¡temblad!

Y tembló la ingenua feligresía. Aquel domingo el padre Pascual y su sobrino Cayetano, con los ojos relampagueantes y el corazón que les saltaba de júbilo, hicieron una pingüe cosecha en la alcancía de las ánimas.

Periódicamente, los sábados a la hora del crepúsculo, el fantasmón blanco daba una corrida a algún campesino que se retrasaba, y el domingo llenábase la alcancía de monedas, entre las cuales los temblorosos dedos del buen cura pescaban no pocos billetes.

El terror cundía, y los sábados, con el sol alto ya, regresaban los campesinos a encerrarse, temerosos del fantasma.

Y éste comenzó a excederse entonces: entraba a los corrales y se llevaba las mejores gallinas; de los huertos, las frutas más maduras. Una noche carneó un cordero, otra degolló un cerdo...

Ah, eso se hacía intolerable, ya los vecinos de General Nuño, capitaneados por el farmacéutico don Cátulo, un español liberal, comenzaron a sublevarse. Las limosnas no surtían efecto alguno; pero seguían cayendo copiosamente en la alcancía de las ánimas.

Don Cátulo, el farmacéutico liberal, resolvió concluir aquello. Un sábado se reunirían en el café, armados, e irían a buscar al fantasma.

—¡Ya verán!—anunciaba don Cátulo.—¡Ya verán si aparece!

El sábado a las diecisiete, era la hora de la cita. Don Cátulo esperó en vano en el café. Ninguno de los expedicionarios en ciernes asomóse.

Al otro día, desde el púlpito, exhortó el cura a sus creyentes para que hicieran desistir al temerario farmacéutico.

—¡Eso es desafiar a Dios, es desafiar a Dios!—clamaba.

Interpusiéronse influencias; pero en vano. Don Cátulo no era muy boquimuelle, por el contrario, si se le ponía una idea, la realizaba.

Y al otro sábado, seguido por la admiración temblorosa de todos, armado de un buen garrote, se echó pueblo afuera el valeroso farmacéutico.

—Dentro de una hora estoy de vuelta—dijo—y si encuentro al ladrón ese del fantasma, lo traigo de las orejas.

Pero esperaron inútilmente. Don Cátulo no volvió aquella noche. Lo encontraron al otro día, muerto de una puñalada en el corazón.

¡Cómo pesó la alcancía el domingo siguiente! Las limosnas la llenaban de bote en bote. El padre Pascual, contándolas, dijo a su sobrino, el muchachote de ojos de brigante:

—¡Y esto nos quería quitar ese farmacéutico hereje!

El mozote no contestó; mas los ojos le brillaron con un fulgor siniestro.

Ernesto Morales

Vientos de mil años

En lo alto de la cuesta,
fúlgidos sauces y torcidas cruces.
¡Oh bello camposanto en Prima-
[vera!
Pedazos de ataúdes
y cuentas cristalinas
salpicaban el vasto dorso lúgubre.
Era todo el declive
sartas rotas, pedazos de ataúdes.
Negro y menudo polvo
arrastraba, al caer, cuentas azules.
¡Arriba el cementerio,
todo de oro purísimo de octubre,
y yo en medio del lecho del arroyo
sequizo! Ardiente nube
era el alma en el terso mediodía,
contemplando caer cuentas azules.

Caía el fino polvo,
caía locamente
por el declive negro.
El camposanto parecía alegre
con sus hombres de polvo
y sus áureos cipreses...

Disgregarán los vientos
la luctuosa cuesta.
Los vientos de mil años
polvo la harán sobre la tierra.
Las lámparas de oro,
las altas cruces férreas,
las tumbas, las cenizas y las lágri-
[mas
polvo serán sobre la tierra,
díjeme, contemplando el cemente-
[rio,
en lo alto de la cuesta enorme y
[negra.

¡También la Muerte pasa!
El infinito viento de la Vida
mundos y almas conduce, inexora-
[ble,
hacia sagrados cielos de alegría...

Arturo VAZQUEZ CEY.

¿Es hereditaria la catarata?

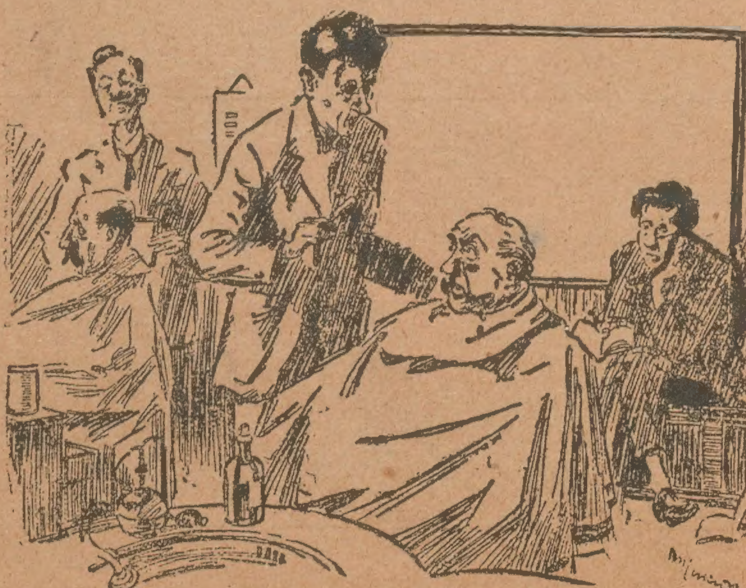
Aunque muchos lo suponían, no se tenían hasta ahora pruebas precisas de que la catarata fuese hereditaria, pero el Dr. Cahuzac ha reunido una serie de documentos que prueban el fundamento de esa sospecha, pues en 45 familias observadas por el citado médico se cuentan 152 individuos atacados de cataratas.

Más curiosas aún son las observaciones hechas por el doctor inglés Mr. Wilson, en una familia. La bisabuela había tenido cataratas, dos hijos suyos las tuvieron también y otros cuatro permanecieron indemnes. La hija única del primer hijo padeció la misma enfermedad, y de los ocho hijos del segundo hijo, cinco tuvieron la lesión y por último, entre los diez hijos de otro descendiente, ocho tuvieron opacidades del cristalino en diverso grado.

Gordon Marrie ha publicado la genealogía de dos familias danesas, una de las cuales fué seguida durante seis generaciones, y de los ciento diez y seis miembros de esta familia, treinta tuvieron cataratas. En la segunda familia, de sesenta personas que formaron cinco generaciones, cuarenta padecieron la enfermedad.

Las cataratas hereditarias parece que se presentan más pronto, según van sucediéndose las generaciones. En una observación publicada por el gran cirujano upuytren, la madre había tenido las cataratas a los sesenta años, la hija a los treinta, un nieto a los diez y siete, y otros dos nietos a una edad más temprana todavía.

EN LA PELUQUERIA



—¿Polvos en la cara, señor?
—No; ¡tafetán!



LOS ASALTOS

$600.000.000
PRESUPUESTO

La última "furca".

Dib. de Rojas.

Adriana Lecouvreur o un misterio histórico

En la historia, y hablando con más exactitud, en la historia del teatro, hay pocas figuras femeninas más interesantes que la de Adriana Lecouvreur, la famosa trágica francesa que por sus desgracias amorosas mereció un puesto entre las amantes célebres. Pero también ha habido pocas personas cuya historia esté más llena de misterios e incertidumbres.

Se sabe, sí, que Adriana era hija de un sombrerero establecido en París, no lejos de la Comedia Francesa, y se sabe también que desde niña manifestó decidida afición al teatro; pero hay dudas acerca del lugar de su nacimiento, que unos dicen ser Fismes y otros Damery, y hasta se desconoce la fecha exacta en que nació, dándose como tal, por los diferentes biógrafos, 1690, 1692 y 1695. Se ha dicho que en su juventud fué lavandera, y se ha dicho también que la lavandera no fué ella, sino una tía suya, la cual lavaba la ropa del comediante Le Grand y recomendó a éste la futura actriz.

Parece también probado que Adriana trabajaba en 1705 con una compañía de aficionados, y que cierta noche la policía suspendió de improviso la representación, obedeciendo esta medida a una denuncia de los actores de la Comedia Francesa, que no veían con buenos ojos a sus competidores en embrión; lo que, dicho sea de paso, constituye el mejor elogio de estos y dice bien poco en favor de aquéllos. En cambio, no está bien aclarado el paso de Adriana desde esta compañía de aficionados, deshecha de orden superior, al escenario de la Comedia, donde debutó en 1717. Sólo hay algunos datos que permiten creer que la hija del sombrerero Lecouvreur (hay quien le llama Couvreur, a secas) después de pasar algunos años junto a Le Grand, que se encargó de su educación artística, trabajó en numerosos teatros de provincias, alcanzando sus primeros éxitos ruidosos en Estrasburgo.

Pero el punto más misterioso de la historia de la célebre actriz, es su muerte.

Adriana Lecouvreur, como antes dijimos, fué desgraciadísima en amores. Adorada sucesivamente por Le Grand, por el actor Clavel, por el consejero alsaciano Klinglin y otros muchos, tomó en serio todas aquellas relaciones, que acabaron por igual en desprecios y ultrajes. Fué también amiga de Voltaire, y precisamente a éste, que la amaba de veras y compuso para ella muchas de sus mejores tragedias, fué a quien tuvo menos cariño. Pero su gran amor, el que hizo época en su vida y el que, según algunos autores, le acarreó la muerte, fué el que sintió por el mariscal Mauricio de Sajonia.

Como tantas otras actrices de su época, Adriana Lecouvreur frecuentaba la alta sociedad, siendo su casa, a su vez, el punto de reunión de los hombres ilustres en las letras, en las armas y en las ciencias. Esto la puso en contacto con el mariscal, allá por el año 1720, cuando Mauricio no contaba aun veinticinco años y ya había hecho diez de campaña en Flandes, en Polonia y en Pomerania. Su pasión por el joven héroe fué tan intensa, tan sincera, que cuando Mauricio intentó reconquistar su ducado de Curlandia y se encontró con que le faltaba dinero para armar un ejército, Adriana se apresuró a vender todas sus joyas y le proporcionó así una suma de 40.000 libras.

En 1728, el mariscal volvió de Curlandia. Su empresa había sido un fracaso, pero Adriana le amaba más que nunca. Quiso su desgracia que amase también a Mauricio una dama tan elevada como la duquesa de Bouillon, llegando a ser tan grande la rivalidad entre la actriz y la aristócrata, que cierto día, durante la representación de *Fedro*, la primera se encaró desde las tablas con su competidora y le dirigió encolerizada algunos versos de la tragedia que, cuadrando perfectamente a la situación, debieron molestar no poco a la duquesa. Hay quien sostiene que aquella salida de tono de Adriana fué la verdadera causa de su muerte.

Ocurrió ésta el 20 de marzo de 1730, a las once de la mañana. El día 15 del mismo mes, haciendo el papel de Iocasta en *Edipo*, Adriana fué acometida súbitamente de un ataque de disentería "tan violento, —dice una testigo presencial,— que durante la representación fué veinte veces a su cuarto y echaba sangre pura". El público notó que se ponía mala, y temió que hubiera de dejarse para otro día *El Florentino*, obra que seguía a *Edipo* y en la que también hacía Adriana el principal papel; pero ella, sin querer dar importancia a su indisposición, continuó trabajando, y *El Florentino* se representó. En cuanto volvió a su domicilio, la actriz tuvo que acostarse, y al cabo de cinco días, falleció en medio de espantosas convulsiones. A su muerte estuvieron presentes, a más de un cirujano que la asistía, Voltaire y el mariscal de Sajonia. A éste se le avisó en el último momento, y se apresuró a acudir.

La opinión general, no sólo al conocerse la muerte de Adriana, sino por mucho tiempo después fué que la infeliz había sido envenenada. Se dijo que al día siguiente cuando se hizo la autopsia "aparecieron las entrañas gangrenadas", y se aseguró que la instigadora del crimen había sido la duquesa de Bouillon. Un año antes del fallecimiento de Adriana, un abate llamado Bouret le envió aviso de que la duquesa proyectaba envenenarla, añadiendo que él era el encargado de cometer el crimen, para lo cual había recibido de aquélla una cajita de pastillas. Se detuvo al abate en la cárcel de San Lázaro, pero a los pocos meses se le puso en libertad, hasta que en enero de 1730, a petición del duque de Bouillon, que le acusaba de calumnia, volvió a ser encarcelado. Todavía se hallaba en San Lázaro cuando murió Adriana. Se le tomó entonces declaración y, contra lo que hasta entonces había hecho, dijo que "había acusado a la duquesa injustamente".

Esta contradicción del abate Bouret es la causa principal de la incertidumbre que todavía, al cabo de dos siglos, reina sobre la causa de la extraña muerte de Adriana. La de Bouillon podría tener celos de ella, pero estos celos no debieron ser tan violentos que la condujesen al crimen, pues por aquel entonces el mariscal no quería ni a una ni a otra; todo su amor era para una cantante de la Opera, Mlle. Carton, con la que, pocos días después de morir la desdichada Adriana, partía para el campamento de Muhlberg. Las pastillas de que hablaba el abate existían, en efecto; fueron analizadas, y el químico encargado del análisis declaró que algunas parecían dudosas, pero que la cantidad no era suficiente... para formar un juicio exacto.

Por otra parte, Mlle. Lecouvreur era ya propensa a la disentería. Voltaire dice que en 1823 tuvo que dejar de trabajar dos veces por motivos de salud, y que tenía intención de tomar leche de burras para ver si se reponía. Voltaire, que adoraba a Adriana y que fué testigo de su muerte, no creyó jamás en el envenenamiento. "Esas son voces del pueblo—decía,— que no tienen ningún fundamento". Bien es verdad que Voltaire tenía, entre otras manías, la de no creer en los venenos.

En resumen, es éste uno de esos enigmas históricos que jamás se explicarán, y sobre los cuales se discutirá siempre.

Lo único cierto, lo único sobre que no hay dudas, es el modo miserable como fué enterrada la desgraciada actriz. Metido de cualquier manera su cadáver en un coche de alquiler, fué llevado a un solar de la calle de Bourgogne, y allí arrojado en un hoyo lleno de cal viva.

El solar pertenecía al ministro conde de Maurepas, y es posible que uno de los amantes de Adriana, D'Argental, amigo íntimo de dicho ministro, no fuese extraño a la elección de sitio. Se dijo también que en ello habían mediado los duques de Bouillon, pero lo más verosímil es que este enterramiento clandestino fuese simplemente una consecuencia de las ideas de la época.

El mismo día que murió Adriana, se había presentado en su casa un cura de San Sulpicio. "Ya sé lo que os trae,—dijo la actriz sonriendo;— podéis estar tranquilo, no he olvidado a vuestros pobres". Y luego, señalando a un busto de Mauricio de Sajonia, continuó con teatral acento: "He ahí mi universo, mi esperanza y mis dioses".

Esto era morir como trágica y como amante, pero no como pecadora arrepentida, y ello le costó el panteón que su gloria y su genio merecían.

LA HIJA DEL REY

Todo un millón de ilustres varones se moría
por la más deliciosa de las hijas del rey...
Y en el frente suntuoso de su alcázar, un día
el rey hizo gravar la inscripción que decía:

"Quien llegue a estos umbrales trayéndome una joya
inmaculada y bella cual la luz de una estrella,
para él será mi hija la mejor, la más bella."

Y llegaron ilustres varones, con camellos
cargados de tesoros de Ofir; y llegó entre ellos
un joven de ojos negros, sólo con una flor...

Y el joven de ojos negros, fué dueño del amor...

José M. Olmos Cárdenas

BUEN NEGOCIO



Ella. — Es estúpido, Alfredo, haber dado tres pesos de propina al encargado del guardarropa.
El. — Es que no te has fijado en el sobretodo que me ha puesto.

El Aphelinus mali

En el Uruguay, la Defensa Agrícola introdujo hace algún tiempo de los Estados Unidos unos ejemplares del "Aphelinus mali", insecto auxiliar que sirve para combatir el pulgón lanígero del manzano. En el escaso tiempo transcurrido desde su introducción al país, este insecto se ha difundido tan maravillosamente en el Departamento de Montevideo y ha obrado con tanta eficacia contra el pulgón, que las manzanas se encuentran casi libres en la actualidad de uno de sus más terribles enemigos. La Defensa Agrícola no sólo ha practicado el reparto de colonias del insecto en el país, sino que a solicitud de instituciones extranjeras, ha exportado varios cientos de ramas de manzanos con pulgones parasitados por el "Aphelinus mali".

¡EL SUAVE MILAGRO! por Eça de QUEIROZ

En aquel tiempo Jesús aun no se ausentaba de Galilea y de las dulces, luminosas márgenes del lago de Tiberiades; mas la nueva de sus Milagros penetraba ya hasta Enganim, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Issachar.

Una tarde, un hombre de ojos ardientes y deslumbrados pasó por el fresco valle y anunció que un nuevo Profeta, un Rabí hermoso, recorría los campos y las aldeas de Galilea, predicando la llegada del Reino de Dios, curando todos los males humanos. Mientras descansaba, sentado al borde de la "Fuente de los Vergeles", contó que ese Rabí, en el camino de Magdala, sanó de la lepra a un siervo de un Decurión Romano sólo con extender sobre él la sombra de sus manos; y que en otra mañana, atravesando en una barca para la tierra de los Gerasenios, en donde comenzaba la recolección del bálsamo, resucitó a la hija de Jairo, hombre docto y considerable que comentaba los libros en la Sinagoga.

Asombrados todos los que se hallaban en derredor, labradores, pastores y mujeres trigueñas con el cántaro al hombro, preguntáronle si ese era, en verdad, el Mesías de la Judea, y si delante de él refulgía la espada de fuego, y si le acompañaban, caminando como las sombras de dos torres, las sombras de Gog y de Magog. El hombre, sin beber siquiera de aquella agua tan fría de que bebiera Josué, recogió el cayado, sacudió los cabellos y encaminóse pensativamente por bajo el Acueducto, luego sumido en la espesura de los almendros en flor.

Mas una esperanza deliciosa como el rocío en los meses en que canta la cigarra, refrescó las almas sencillas; por toda la campiña que verdea hasta Ascalón, el arado pareció más blando de enterrar, más leve de mover la piedra del lagar; las criaturas, cogiendo ramos de almendras, acechaban por los caminos a ver si por allá de la esquina del muro, o por debajo del sicomoro, surgía una claridad; y, en los bancos de piedra, a la puerta de la ciudad los viejos, corriendo los dedos por los rizos de las barbas, ya no desarrollaban, con tan sapiente certeza, los antiguos dictámenes.

Vivía por entonces en Enganim un viejo, llamado Obed, de una familia pontifical de Samaria, que había sacrificado en las aras del Monte Ebal, señor de hartos rebaños y de hartas viñas, y con el corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo. Mas un viento árido y abrasador ese viento de desolación que por mandato del Señor sopla de las torvas tierras de Assur, mataba las reses más gordas de sus manadas, y por los ribazos en donde sus viñas se enroscaban al olmo y se tendían en airoso enrejado, sólo dejara, en torno de los olmos y pilares desnudos, sarmientos, cepas descarnadas y la parra roída de áspero herrumbre. Acurrucado Obed en la solera de su puerta, con la punta del manto sobre la cara, palpaba el polvo, lamentaba la vejez, rumiaba amargas quejas contra Dios cruel.

Cuando oyó hablar de ese nuevo Rabí, que alimentaba las multitudes, amedrentaba a los demonios, enmendaba todas las desventuras, Obed, hombre leído, que había viajado en Fenicia, pensó a seguida que Jesús sería uno de esos hechiceros tan frecuentes en Palestina, como Apolonius o Rabbi-Ben Dossa, o Simón o Subtil. También esos, aunque sea en noche tenebrosa, conversan con las estrellas, para ellos siempre fáciles y claras en sus secretos: con una simple vara ahuyentan de sobre los sembrados los moscardones engendrados en los lodos de Egipto; y agarran entre los dedos las sombras de los árboles, que conducen como benéficos toldos por encima de las eras, a la hora de la siesta. Acaso Jesús de Galilea, más joven, de cierto con magias más fogosas, si se le pagase largamente, haría cesar la mortandad de sus ganados y reverdecería sus viñedos. Ordenó entonces Obed a sus siervos que partiesen, buscasen por toda Galilea al Rabí nuevo y con la promesa de dineros o alhajas le trajesen a Enganim, en el país de Assachar.

Apretáronse los siervos los cinturones de cuero, y echaron a andar por el camino de las caravanas, que costeando el Lago, se extiende hasta Damasco.

Una tarde, vieron sobre el Poniente, rojo como una granada muy madura, las finas nieves del monte Hermón. Después, en la frescura de una suave mañana, el lago de Tiberiades resplandeció delante de ellos, transparente, cubierto de silencio, más azul que el cielo, orlado de floridos prados, de densos verjeles, de rocas de pórfido, y de blancos terraplenes por entre los pomares, bajo el vuelo de las tórtolas. Un pescador que desamarraba perezosamente su barca de una ensenada de césped, escuchó, sonriendo, a los siervos: ¿El Rabí de Nazaret? ¡Oh! Ya en el mes de Ijar, descendiera el Rabí, con sus discípulos, para los lados adonde el Jordán lleva las aguas.

Corriendo, los siervos siguieron por las márgenes del río hasta delante del vado, en donde aquél se estira en un largo remanso, y descansa, y un instante duerme, verde e inmóvil, a la sombra de los tamarindos. Un hombre de la tribu de los Essenios vestido de lino blanco, cogía lentamente hierbas saludables por la orilla del agua, con un blanco corderillo al cuello. Saludáronle humildemente los siervos, porque el pueblo ama a aquellos hombres de corazón tan limpio, y claro, y cándido como sus vestiduras, cada mañana lavadas en estanques purificados. ¿Podía decirles algo del paso del nuevo Rabí de Galilea que, como los Essenios, enseñaba la dulzura y curaba a las gentes y a los ganados? El Rabí atravesará el Oasis de Engaddi, y después se adelantara para allá...—murmuró el Essenio.—¿Y dónde es allá?—Moviendo un ramo de flores rojas que cogiera, el Essenio señaló las tierras de Alem Jordán, la planicie de Moab. Los siervos vadearon el río, y en vano buscaron a Jesús, jadeando por los rudos caminos, hasta los peñascos en que se levanta la siniestra ciudadela de Mankur... En el Pozo de Ya-Kob reposaba una larga caravana, que conducía a Egipto mirra, especierías y bálsamos de Gilead; y los camelleros, sacando el agua con los baldes de cuero, contaron a los siervos de Obed que en Gadara, por la luna nueva, un maravilloso Rabí, mayor que David o Isaías, arrancó del pecho de una tejedora siete demonios, y que, a su voz, un hombre degollado por el salteador Barrabás, se irguió de su sepultura y se volvió a su huerto. Algo más esperanzados, encamináronse los siervos por la subida de los Peregrinos hasta Gadara, ciudad de altas torres, y aún más lejos, hasta las nacientes de Amalha... En esa misma madrugada, Jesús, seguido por un pueblo que cantaba y sacudía ramos de mimosa, embarcara en el lago, en un batel de pesca, y navegara a vela con rumbo a Magdala. Descorazonados de nuevo, los siervos de Obed, atravesaron el Jordán por el Puente de las Hijas de Jacob. Yendo ya con las sandalias rotas del largo camino, pisando tierras de la Judea Romana, un día, cruzáronse con un sombrío fariseo, que retornaba a Ephraim, montado en su mula. Detuvieron, con devota reverencia, al hombre de la Ley. ¿Había encontrado él, por ventura, a ese nuevo Profeta de Galilea que, como un Dios paseando en la tierra, esparcía milagros? La corva faz del Fariseo se obscureció arrugada, y su cólera retumbó como un tambor orgulloso:

—¡Oh, esclavos paganos! ¡Oh, blasfemos! ¿En dónde oisteis que existiesen profetas o milagros fuera de Jerusalén? Sólo Jehová tiene fuerza en su templo. De Galilea salen los necios y los impostores...

Y en viendo a los siervos retroceder ante su puño erguido, el furioso doctor, enroscado de dísticos sagrados, apeóse de la mula y con las piedras del camino, apedreó a los siervos de Obed, vociferando: ¡Racca! ¡Racca! y todos los Anatemas rituales. Los siervos hu-

DUDA RESUELTA



El ratón.—¡Es mujer!

yeron para Enganim. El desconsuelo de Obed fué grande, porque sus ganados morían, sus viñas se secaban, y a pesar de ello, radiantemente, como una alborada por detrás de las sierras, crecía, consoladora y llena de divinas promesas, la fama de Jesús de Galilea.

Por ese tiempo, un Centurión Romano, Publius Septimus, mandaba el fuerte que domina el valle de Cesarea, hasta la ciudad y el mar. Hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los Partos, Publius habíase enriquecido durante la revuelta de Samaria con presas y saqueos, poseía minas en el Atica, y gozaba, como supremo favor de los Dioses, la amistad de Flacus, Legado Imperial de la Syria. Mas un dolor roía su poderosa prosperidad, lo mismo que un gusano roe un fruto suculento. Su única hija, más amada para él que vida y bienes, iba enflaqueciendo con un mal sutil y lento, extraño hasta al saber de los mágicos y esculapios que se mandaran consultar a Sidón y a Tyro. Blanca y triste como la luna en un cementerio, sin una queja, sonriendo pálidamente a su padre, adelgazaba, sentada en la alta explanada del fuerte, bajo un velario, alongando los tristes ojos negros por el azul del mar de Tyro, por el cual ella navegara, volviendo de Italia en una opulenta galera. A las veces, un legionario, a su lado, entre las almenas apuntando lentamente a lo alto la flecha, atravesaba una gran águila, que volaba serena, en el cielo rutilante. La hija de Septimus seguía un momento el ave, dando vueltas en el aire hasta caer muerta sobre las rocas; después, con un suspiro, más pálida y más triste, recomenzaba a mirar para el mar.

Ello es que como entonces Septimus oyese contar a unos mercaderes de Chorazin, de este admirable Rabí, tan potente sobre los Espíritus, que sanaba los males tenebrosos del alma, destacó tres decurias de soldados para que lo buscasen por la Galilea y por todas las ciudades de la Decapola, hasta la costa y hasta Ascalón. Los soldados dispusieron los escudos en los sacos de lona, espetaron ramos de oliva en los yelmos, y ferradas las sandalias apresuradamente, apartáronse, resonando sobre las losas de basalto del camino romano que desde Cesarea hasta el Lago corta toda la Tetrachia de Herodes. De noche, sus armas brillaban en lo alto de las colinas, por entre la llama ondeante de los hachones erguidos. De día, invadían los casales, rebuscaban en la espesura de los pomares, chuzaban con la punta de las lanzas la paja de las hacinas; en tanto que las mujeres asustadas, acudían para amansarlos, con bollos de miel, higos nuevos y escudillas llenas de vino, que los soldados bebían de un trago, sentados a la sombra de los sicomoros. Corrieron así la Baja Galilea, y del Rabí sólo hallaron un surco luminoso en los corazones.

Disgustados con las inútiles marchas, desconfiando que los Judíos les ocultasen al hechicero para que no se aprovecharan los Romanos del superior hechizo, derramaban su cólera con tumulto, a través de la piadosa tierra sumisa. Detenían los peregrinos en la entrada de los puentes, gritando el nombre del Rabí; rasgaban los velos de las vírgenes, y a la hora en que se llenaban los cántaros en las cisternas, invadían las estrechas calles de los arrabales, penetraban en las Sinagogas y batían sacrílegamente, con los puños de las espadas en las "Thebahs", los Santos Armarios de cedro que contenían los Libros Sagrados. En las cercanías de Hebrón arrastraron a los Solitarios fuera de las grutas para arrancarles el nombre del desierto o del palmar en que se ocultaba el Rabí; y dos mercaderes fenicios, que venían de Joppé con una carga de malobrato, y a quien nunca llegara el nombre de Jesús, pagaron por ese delito cien dracmas a cada Decurión. Toda la gente de los campos, hasta los bravíos pastores de Idumea, que llevan las blancas reses al Templo, huían empavorecidos hacia las serranías, apenas lucían, en alguna vuelta del camino, las armas del bando violento. Desde el borde de las terrazas, las viejas acudían como talegos la punta de los cabellos desgreñados, y arrojaban sobre ellos las malas suertes, invocando la venganza de Elías. Así erraron hasta Ascalón, sin hallar a Jesús; y retrocedieron a lo largo de la costa, enterrando las sandalias en la ardiente arena.

Un amanecer, cerca de Cesarea, marchando por un valle, echaron de ver sobre un otero un verdinegro bosque de laureles, en donde blanqueaba, recogidamente, el fino y claro pórtico de un templo. Un viejo, de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel, vestido con una túnica de color de azafrán, asiendo una corta lira de tres cuerdas, esperaba sobre los peldaños de mármol, la aparición del sol. Desde abajo, los soldados, agitando un ramo de olivo, vociferaban al Sacerdote. ¿Conocía él a un nuevo Profeta que apareciera en Galilea, tan diestro en milagros, que resucitaba a los muertos y trocaba el agua en vino? Alargando los brazos, el sereno viejo exclamó por sobre la rociada verdura del valle:

—¡Oh, romanos! ¿Por qué creéis que en Galilea o Judea aparezcan profetas consumando milagros? ¿Cómo podrá un bárbaro alterar la Orden instituída por Zeus?... ¡Mágicos y hechiceros son vendedores ambulantes que murmuran palabras huecas para arrebatar la propina a los simples... Sin el permiso de los Inmortales, ni un retoño seco puede caer del árbol, ni hoja seca puede ser sacudida en el árbol. No hay profetas, no hay milagros... ¡Sólo Opolo Délfico conoce el secreto de las cosas!

Los soldados, entonces, muy despacio, con la cabeza caída, como en una tarde de derrota, recogiéronse a la fortaleza de Cesarea. Fué grande el desconsuelo de Septimus, por ver que su hija moría, sin una queja, mirando el mar de Tyro, siendo así que la fama de Jesús, curador de lánguidos males, crecía cada vez más consoladora y fresca, como el aire de la tarde que sopla de Hermón, y a través de los huertos, reanima y levanta las azucenas pendidas.

Vivía por ese tiempo, entre Enganim y Cesarea, en una casa arruinada, sumida en lo más oculto de un cerro, una viuda, mujer más desgraciada que todas las mujeres de Israel. Su único hijito, todo tullido, había pasado del magro pecho a que ella le criara, a los harapos del podrido jergón, en donde ya llevaba siete años gimiento y consumiéndose.

A ella también una enfermedad la comprimiera dentro de trapos jamás mudados, dejándola más oscura y torcida que una cepa arrancada. Creció la miseria espesamente sobre ambos, como el moho sobre cazos perdidos en un yermo. En la lámpara de barro colorado secara ya el aceite. No quedaba grano ni corteza dentro del arca pintada. La cabra, sin pasto, muriera en el estío. Secó la higuera en el quintal. Tan lejos de poblado, nunca limosna de pan o miel entraba en la choza. ¡Con hierbas cogidas en las hendiduras de las rocas, cocidas sin sal, nutríanse aquellas criaturas de Dios en la Tierra Escogida, en la cual hasta a las aves maléficas sobraba el sustento!

Un día apareció un mendigo por allí, entró en la choza, repartió de su lío con la amargurada madre, y sentado en la piedra del lar, rascándose las heridas de las piernas, contó de esa grande esperanza de los tristes de ese Rabí que apareciera en Galilea, que de un pan hacía siete, y amaba todas las criaturas, y enjugaba todos los llantos, y prometía a los pobres un grande y luminoso reino, de abundancia mayor que la corte de Salomón. La mujer escuchaba con ojos hambrientos. ¿Y ese dulce Rabí, esperanza de los tristes, en dónde se encuentra? El mendigo suspiró. ¡Ah, ese dulce Rabí! ¡Cuántos lo deseaban, se desesperanzaban! Andaba su fama por sobre toda la Judea, como el sol que hasta por cualquier viejo muro se extiende y se goza; mas para distinguir la claridad de su rostro, sólo aquellos dichosos que elegía su deseo. Tan rico como es Obed, mandó a sus siervos por toda Galilea para que le buscasen a Jesús, y con promesas le trajeran a Enganim; tan soberano, Septimus, destacó a sus soldados hasta la costa del mar, para que buscasen a Jesús, y por orden suya lo condujeran a Cesarea.

Errando, pidiendo limosna por tantos caminos, halló a los siervos de Obed y luego a los legionarios de Septimus. Retornaron todos, derrotados, con las sandalias rotas, sin haber descubierto en qué matorral o ciudad, en qué cubil o palacio, se escondía Jesús.

Caía la tarde. Cogió el mendigo su bordón y descendió por el duro camino, entre el brezo y las rocas.

Volvióse la madre a su rincón, más curvada, más abandonada. El hijito entonces, con un murmurio más débil que el rozar de un ala, pidió a la madre que le trajese a ese Rabí que amaba a los niños, aun a los más pobres, sanaba los males, aun los más antiguos. La madre apretó su cabecita desgreñada:

—¡Oh, hijo!, y ¿cómo quieres que te deje y me meta por los caminos en busca del Rabí de Galilea? Obed es rico y tiene siervos que en balde buscaron a Jesús por arenales y colinas, desde Chorarín hasta el país de Moab. Septimus es fuerte, y tiene soldados, y en vano corrieron detrás de Jesús, desde el Hebrón hasta el mar. ¿Cómo quieres que te deje? Jesús anda muy lejos y nuestro dolor está con nosotros, dentro de estas paredes, y dentro de ellas nos prende. Y aunque le encontrase, ¿cómo convencería yo al Rabí tan deseado, por quien suspiran ricos y fuertes, para que descendiese a través de ciudades hasta este desierto, para curar a un tullido tan pobre, sobre jergón tan roto?

La criatura, con dos largas lágrimas corriéndole por la faz escurrida, murmuró:

—¡Oh, madre! ¡Jesús ama a todos los pequeñitos. Y yo soy aún tan pequeño, y tengo un mal tan pesado! ¡Yo me quería curar!

Y la madre, sollozando:

—¡Oh, hijo mío, cómo te voy a dejar! Son largos los caminos de Galilea, y corta la piedad de los hombres. Tan rota, tan renca, tan triste, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de los casales. No me atendería nadie. Nadie me enseñaría la morada del dulce Rabí. ¡Oh, hijo! Jesús tal vez muriese... Ni los ricos ni los fuertes le encuentran. Le trajo el cielo, y el cielo se le llevó. Y con él para siempre murió la esperanza de los tristes.

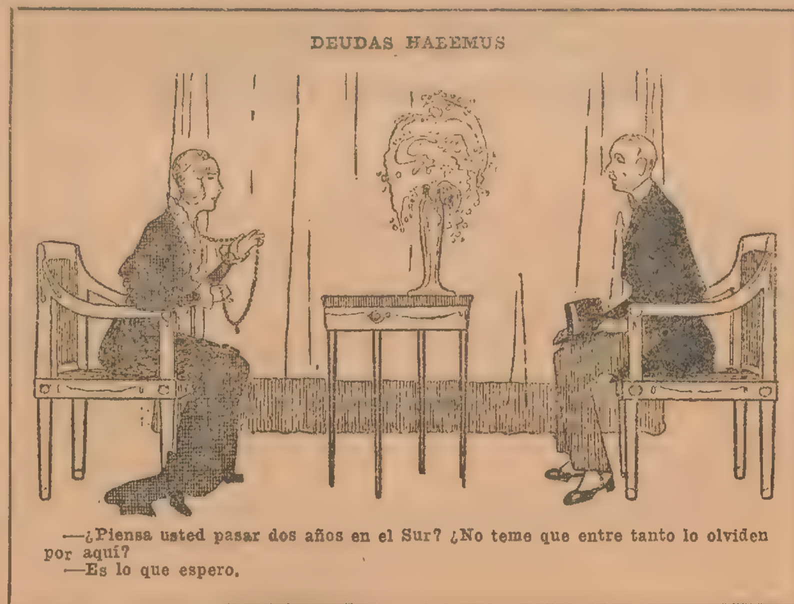
Por entre los negros trapos, irguiendo sus pobres manecitas que temblaban, la criatura murmuró:

—Madre, yo quiero ver a Jesús...

En esto, abriendo despacio la puerta y sonriendo, dijo Jesús al niño:

—Aquí estoy.

DEUDAS HABEMUS



—¿Piensa usted pasar dos años en el Sur? ¿No teme que entre tanto lo olviden por aquí?
—Es lo que espero.

Mujeres concejales

En las elecciones para miembros del ayuntamiento de Mérida, Yucatán (Méjico), se admitieron los votos femeninos de las mujeres que pertenecen a la Liga Feminista, quienes eligieron para concejales a dos de sus compañeras, señoritas Rosa Torre y Eusebia Pérez.

Catálogo de la casa A. Cabezas

Acaba de editarse el catálogo de la casa A. Cabezas, correspondiente a las estaciones otoño-invierno de 1923; y, como es de rigor, este importantísimo y popular establecimiento comercial de la metrópoli, nos ofrece en sus páginas la enumeración del variado y enorme surtido de mercaderías generales, que encierran sus grandes almacenes.

También pueden hallarse en el catálogo de la casa que nos ocupa, los últimos figurines y novedades, para ambos sexos, impuestos por la tendencia de la moda imperante en los centros de la elegancia.

EL SIGNIFICADO DE LOS OJOS

—Me bastó verle los ojos para saber que no era honrado.

¡Cuántas veces nosotros mismos hemos pronunciado una frase semejante! A menudo también nos sentimos inclinados a formarnos juicio de una persona a quien acabamos de conocer escrutando la expresión de sus "ventanas del alma". Solemos decir, casi instintivamente que hay ojos "crue-



1. — El ojo artístico.

les", "honrados", "valientes", "astutos", "amantes".

Que existen ciertas bases científicas que permiten conocer aproximadamente la mentalidad y el carácter de un individuo mediante las características físicas de sus ojos, es la firme creencia de M. O. Stanton, autor de estudios sobre interpretación fisonómica. En su obra "Enciclopedia del rostro y significado de las facciones" publicada



2. — El ojo reflexivo.

recientemente en Filadelfia, no sólo da las reglas por las cuales puede uno estudiar los rasgos emotivos de un individuo, sino que trata de demostrar que esas reglas, aplicadas con mayor o menor exactitud en todos los pueblos, están basadas realmente en hechos fisiológicos y se justifican por el estudio de los rasgos de numerosos personajes históricos.

Para discernir el significado de los ojos, se debe observar nueve cosas, por lo menos: la forma, el tamaño, el color, el grado de brillo, la forma de



3. — El ojo agradable.



4. — El ojo político.

la comisura o juntura carnosa del párpado superior e inferior, el efecto producido por los pliegues, arrugas y cejas, y la proximidad a la nariz, el ángulo de inclinación o la manera en que el ojo queda en la órbita y su posición relativa a la línea central de la perpendicular.

He aquí algunos de los tipos más fáciles de reconocer:

El ojo artístico, (figura 1). Grande y redondo, denota, en general, una mente raciocinadora y elocuencia. Sin embargo, si su tamaño es exagerado, indica propensión a la garrulería y falta de capacidad para recibir impresiones exactas. Si es demasiado pequeño denota un individuo de carácter



5. — El ojo insincero.

furtivo, astuto y proclive al engaño. Si el ángulo interno del párpado superior es muy arqueado, como en el dibujo, podemos tener la seguridad de que pertenece a una inteligencia luminosa, artística, con elevados ideales y mucha susceptibilidad a las sensaciones externas. Pero si esta línea es tan arqueada como la que vemos en el "ojo reflexivo", (figura 2), denota facultades de observación más exacta y menos emoción.

El ojo agradable, (figura 3). Con una marcada curva hacia abajo en el



6. — Doble oblicuidad.

ángulo externo del párpado superior, ha sido encontrado en millares de personas de elevado sentido moral. Es curioso que algunos expertos en interpretación fisonómica clasifiquen este tipo como ojo "criminal", pero el señor Stanton observa que esta peculiaridad "agradable" es empleada por muchos delincuentes, para engañar, por la suavidad que indica.

El ojo político, (figura 4). Cuando el ojo "agradable" toma un aspecto oblicuo, denota una inclinación a ser agradable, aun a expensas de la sinceridad. Es difícil que personas de este tipo de ojo trasmitan una verdad desagradable, y si se ven obligados a hacerlo, suavizan la severidad del mensaje con un preámbulo cortés, o lo acompañan con comentarios que aminoren su dureza. Parecen ser insinceros pero en realidad no lo son; sólo desean complacer a todo el mundo.

El ojo insincero, (figura 5). Aun más inclinado hacia abajo que el anterior, el párpado presenta la "curvatura imperfecta" e indica una inclinación al engaño deliberado, a objeto de



7. — El párpado observador.

favorecer un plan egoísta o medrar en los negocios y en la sociedad.

Oblicuidad doble, (figura 6). Se caracteriza por el sesgo hacia arriba del párpado superior. Si la elevación del ángulo externo del ojo es poca, indica un ligero grado de diplomacia o tacto, secreto y cautela. Si la inclinación hacia arriba es muy pronunciada, indica engaño, traición y aun crueldad. Muchos animales carnívoros poseen ojos de esta forma.

El párpado observador, (figura 7). Atención particular merece el pliegue de carne o piel que sobresale en el ángulo externo del ángulo superior. Se le observa comúnmente en los ojos de los que se dedican a trabajos de observación muy minuciosos, sobre todo en los investigadores de labora-



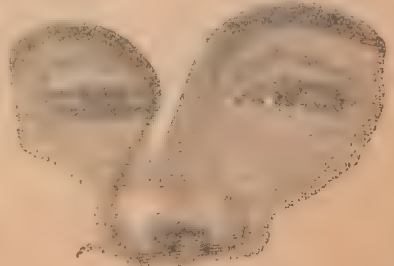
8. — El ojo sincero.

torio. Rara vez se encuentra en caras artísticas.

El ojo sincero, (figura 8). Los ángulos son muy pronunciados; forman casi los lados de un cuadrado y expresan el mayor grado de capacidad para decir la verdad y el mayor grado de emoción normal, tal como el amor.

El ojo anormal, (figura 9). Una forma anormal de párpado inferior es la que tiende casi una línea recta sobre el globo del ojo, y forma, con el párpado superior una abertura angosta casi como un tajo. Esta forma se encuentra a menudo en los ojos de criminales natos, y en su caso, la curvatura de ambos párpados es imperfecta. En muchos individuos de esta naturaleza, el globo del ojo está colocado oblicuamente en la órbita, a la manera de los gatos.

El ojo polígamo, (figura 10). Estrecho y oblicuo, prevalece en los chinos y japoneses que han practicado la poligamia durante muchos siglos. Denota falta de ética sexual. Se le encuentra en todos los pueblos y es más frecuente en los hombres que en las mujeres.



9. — El ojo anormal.

El ojo conyugal, (figura 11). Es el opuesto al anterior con el borde de los párpados que baja y sube a ambos lados muy pronunciadamente, aproximándose a la vertical. Se le encuentra principalmente en hombres y mujeres que han amado sólo una vez en su vida. En general, los ojos grandes, convexos y de color muy obscuro denotan fuerte propensión al amor, mientras que este sentimiento es débil en los ojos pequeños y chatos.

En general, los ojos vivaces, bien coloreados,—negros, azules o pardos,— con cejas de arco suave situadas no muy cerca de los ojos, indican inteligencia pronta, si no profunda, y temperamento artístico.



11. — El ojo polígamo.

Si hay mucho blanco en torno de la pupila, el carácter es apasionado, y la mente carece de profundidad y equilibrio. El brillo húmedo indica generalmente salud mental y física.

Las pestañas largas, combadas regulares y sedosas, indican delicadeza de pensamiento y sentimiento. Las pestañas rectas, gruesas y abundantes, corresponden a un carácter que posee más brusquedad y vigor que refinamiento. Las delgadas, ralas y sin brillo indican debilidad física. Las pestañas ralas pero de color pardo bien definido, pueden indicar cierto grado de vigor físico, y al mismo tiempo un sistema nervioso demasiado sensible.



11. — El ojo conyugal

Las mujeres de la literatura.—Dido (de Virgilio)

Histórico, ¡rigurosamente histórico!, es este personaje. La hija de Matgenos, hermana de Pigomalión y esposa de Siqueo—ya veis que se conoce a toda la familia—existió realmente, y en prueba de su existencia, ahí están en Africa, conforme se entra a mano izquierda—las pintorescas ruinas de Cartago, ciudad fundada por la referida señora. Sin embargo, puede considerarse a Dido como una creación literaria.

Publio Virgilio Marón la introdujo en "La Eneida", dándola uno de los más importantes papeles de la obra, y la introdujo variada, hasta el punto de suponerla nacida casi cuatro siglos antes de la verdadera fecha de su nacimiento y de presentarla muriendo por causa, no ya algo distinta, sino contraria del todo al motivo verdadero de su muerte.

Por eso, Dido, gracias a la inspiración del Homero romano, tiene, independientemente de su personalidad histórica, una gran personalidad en la literatura. Personalidad esta última que debe dominar sobre la primera, pues la Dido, de Virgilio, es mucho más humana que la Dido de la historia.

Exactamente como os lo digo, lectores. Aunque parezca mentira. A veces hay verdades que parecen mentiras, y mentiras que parecen verdades. Y en uno de esos casos estamos. La falsa Dido tiene mayores apariencias de verdad que la verdadera.

Cuando su hermano Pigomalión, rey de Tiro—con mayúscula, ¿eh?,—asesina a Siqueo para apoderarse de las grandes riquezas que éste poseía, vemos a Dido, llena de inverosímil prudencia, ocultar el dolor de su viudez y preparar la salvación de sus tesoros. Después seguimos viéndola, siempre sublime hasta la inverosimilitud, marchar, con valor heroico, por los inexplorados mares; llevarse de Chipre, con política suma, el venerado culto de Jove; dividir, con astucia enorme, en finas hebras la piel de toro que había de limitar el terreno cedido por los africanos; negarse, con previsión de adivino, a aceptar los ofrecimientos peligrosos de Utica, y gobernar la naciente Cartago con sabiduría tan extremada, que trueca pronto en campamento de fugitivos en la mayor y más poderosa viudad del mundo. Y así llegamos al final de su vida, menos verosímil aún—¡pero que mucho menos!—que su vida toda.

Jarbas, monarca númida, se prenda de la grandeza, del talento y de la hermosura de Dido, y va y—¿qué hace?—manda un atento recado a los habitantes de la nueva ciudad tiria diciéndoles que o la reina se casa con él o él les declara la guerra. Ante este ultimátum matrimonial, los súbditos de Dido no se alarmaron mucho, pues considerando que no hay viuda que no ansíe reincidir, supusieron que su soberana accedería a la petición de Jarbas con sumo gusto y fina voluntad. Pero, sí, sí; lo que hizo Dido fué acordarse de que años atrás estuvo casada, sentir que se la recrudecía el amor póstumo y degollarse sobre una pira funeraria, exclamando: "Puesto que deseáis que tenga esposo, voy a reunirme con él."

Con tal carácter, más fabuloso que real, retratan a esta mujer los veraces períodos de Clío. Y, en cambio, cuanto más humano es el carácter con que la pintan las poéticas estrofas virgilianas.

Dido en "La Eneida" se alegra al ver llegar las tropas arrojadas de Troya, con el regocijo pueril que a las muchachas producen los desfiles militares. En seguida, generosa como quien desconoce el valor de las riquezas, se apresura a socorrer con toda clase de víveres y de vestidos y ornamentos a los recién llegados. Y luego, imprudentemente, sin pensar en los peligros que para su joven país puede traer la incorporación de tantos y tan fuertos extranjeros, les ofrece su ciudad y sus pintorescos alrededores.

Así, alegre, generosa e imprudente, con todas las determinantes de una buena chica, nos ofrece Virgilio a la respetable y casi venerable fundadora de Cartago, que, además, hace pronto tierna y enamorada.

Dido, con la relación que Eneas le coloca de sus dolores y trabajos, se conmueve tanto, que se suspende y aterra—¡ella que ni se suspendió ni se aterró con la muerte de su marido y la pérdida de su patria!—aunque el relato tal, consistente en dos cantos—y de los más pesados—de "La Eneida", tiene mucho menos de conmovedor que de aburrido.

Y de resultas de tan poco justificada conmoción, queda la absurdamente conmovida sin poder dormir, por lo que interroga a su hermana: "Ana, hermana mía, ¿qué desvelos son estos que me atormentan?" Pregunta a la cual la hermana Ana responde, enterada de que en sus vigilias no hace Dido otra cosa que recordar a Eneas: "¡Amor es!"

En efecto: Dido, por amor a Eneas se olvida de Siqueo en absoluto, y no ya—como cuenta la historia que hubo de proponerla Jarbas con tan mal resultado—para casarse otra vez, sino para—con rubor lo digo, pero lo tengo que decir,—llegar hasta el concubinato.

Hasta ese punto llega el enamoramiento de Dido, y, todavía, pasa. Dido pasa, pues alcanza el límite con el suicidio. En el poema, como en la relación histórica, se suicida también la fundadora de Cartago, degollándose sobre la pira funeraria. Aunque por causa mucho más humana. Dido, en "La Eneida", se mata porque Eneas la abandona.

Como veis, se confirma lo que indiqué. Desde el principio al fin, la Dido de Virgilio tiene mucho más carácter de realidad que la Dido de la historia. En el fin, principalmente. Eso de suicidarse sobre la pira está indicadísimo por el abandono de Eneas. ¡La pira se impone cuando el amante "se pira"!

¿Qué pasa?... ¡Caramba, no hay que enfadarse! ¿Que es fúnebre este chiste de la pira?... Naturalmente. ¡Cómo tiene que ser! Fijaos, lectores, en que la tal pira es una pira funeraria...

Luis de OTEYZA.

Nuevo invento

En el Japón se ha inventado un papel que se puede lavar, justamente como se lava la ropa. Se emplea algunas veces en la fabricación de paraguas. Se parece al género.





La fiesta de la guitarra

"La noche se despedía, trayendo la aurora en l'anca."



Don Julio Díaz Usandivaras, poeta que canta las tradiciones criollas tan fielmente, que cuando habla del "asado", "se hace agua la boca".



Un "cantor". ¡Arza chico, y atiza! ¡Duro con la malagueña! Alfredo Olivero, que intervino en los innumerables contrapuntos de la fiesta.



Hector L. Gaddi, un cantor como Dios manda. No tiene cartel, todavía, pero es de los que valen, y mucho.

Julio Díaz Usandivaras fué el de la idea; a él correspondió la iniciativa:

—*¿Qué le parece compañero —nos dijo, en la redacción, una linda mañana de sol pleno,— que realicemos "la fiesta de la guitarra?"... Hay que hacer algo, amigo, por la tradición y por el criollismo... Secundemos la obra del "Viejo Pancho"... ¿Qué le parece?...*

—*Pues magnífico, compañero. Organícela, nomás, y en el momento oportuno, denos sin vacilar, "la voz de aura".*

Y "la voz de aura", vino acompañada de su correspondiente: "y se fué"...

. . . .

Cuando llegamos al Tigre, aquel domingo, en la numerosa caravana corrió la pregunta de rigor:

—*¿Y don Julio?...*

No aparecía por ninguna parte. Sin embargo, se le había visto antes en el Retiro, bien destacada su amplia y larga silueta coronada por el sombrero bajo cuyas alas, las golondrinas tendrían seguro abrigo.

—*Ya vendrá. El poeta no puede faltar...*

Minutos después, en tanto la lancha surcaba las aguas del Luján, a la hora en que todos los programas domingueros se inician y los trenes se suceden sin interrupción para llevar al cercano pueblo el contingente apreciable que la gran ciudad le envía en sus ansias enormes de alejarlo por unos instantes de su seno, aquel pronóstico tuvo su confirmación. Don Julio estaba en el murallón, de pie, sonriente, acompañado por su inseparable "secretario" y rival temible en las payadas, y que esta vez, traía en el característico estuche negro, la bihuela legendaria.

—*Pise con cuidado, secretario; ponga atención al subir a la lancha, porque usted no sabe nadar y sería una lástima que se ahogase... ¿No lo conocen? Mi secretario: cantor criollo y payador de nota. Improvisa con la misma facilidad con que se zambulle de cabeza en el río, en cuanto se descuida. ¡Ya lo verán! ¡Es un tapado!... No se asuste, secretario, y vaya tranquilo durante el viaje, porque aquí la profundidad es sólo de 35 metros...*

. . . .

La isla de los hermanos Gaddi (Lorenzo y José), semioculta entre los árboles, estaba lista para la fiesta. No había sol, a esa hora. Ni hacía falta, tampoco. Con sus propias galas era suficiente y bastaba.



La hora solemne del almuerzo. Para mantener la tradición criolla, es necesario, ante todo, reponer las fuerzas perdidas. — Una pose para la inmortalidad.



Félix B. Visillac, que para despertar los celos de algunos rivales, cantó aquello de: "Por feliz en amores, se me apoda el cabuñé. Paso el tiempo echando flores y siempre me han dado amores, esas flores que arrojé."



Cipriano Medecina, secretario de Díaz Usandivaras, y payador, casi náufrago. (Luchó tres horas contra las musas y los ripios, consiguiendo salir a flote.)

Un explicable asalto al churrasco, apetitosamente presentado, como el mejor "desayuno"; una prolija inspección de algunos de los visitantes, para buscar entre el jardín un banco que con el auxilio de la lluvia, el sol y la intemperie, "pudiese pasar" después, por un "diván de la épuque colunial"; un cambio rápido y colectivo de indumentarias para ponerse todos en situación y tener, así, oportunidad de hacer partícipes de la fiesta a las más exóticas prendas: desde un pijama nipón con ligeras insinuaciones de arco iris, hasta un saco de sport de inconfundible tinte vino Jerez, más apropiado para influir en una conquista en colaboración que para determinar la victoria en una regata de singles; un breve cambio de ideas, con el objeto de preparar el programa lírico, y después de todo esto y algo más, al grano, "a la parte musical".

Tuvo el bordoneo preliminar algo de



reminiscencia de fogón, como que hasta allí llegaban también, el chirrido del asado y el humo de la leña.

—Comience, usted primero; después el secretario—dijo Usandivaras.

Y Héctor L. Gaddi, desconocido casi, para la mayoría de los presentes, cantó una décima patriótica. Lo hizo con magnífica voz, clara, potente, armoniosa y plena, no obstante hallarnos en ese momento poco menos que a la intemperie.

Cuando terminó, los aplausos fueron unánimes y en todos los espíritus quedó arraigada una convicción, bien robustecida más tarde: los cantores de cartel tienen un rival de primera fila.

—Secretario, me parece que hizo bien en afeitarse, de lo contrario habría tenido que poner las barbas en remojo; pero no se asuste, no importa; préndase a la guitarra y hágala llorar. ¡Usted sabe hacerla llorar!...

Justificadas resistencias, al principio, hasta que el secretario se animó emprendiéndola contra un autor desconocido que salió del anónimo para quedar inmortalizado...

También hubo aplausos.

—Me parece, secretario, que tendrá que marcar usted un tiempo bueno, pero muy bueno, para no quedar cola ..; pero ya sabe, no se acobarde... ¡Qué bien hizo en afeitarse!... Sin embargo, señores, ya lo verán al final, en las payadas, su especialidad. Le tengo fe en la última atropellada...

. . . .

Después del almuerzo, a cuyos postres, en el momento de las poses fotográficas, quedó comprobado "que es gran Barcelona", se realizó la sesión payadas.

Intervinieron en este número, Díaz Usandivaras y su secretario. El contrapunto duró más de dos horas.

Fué un match que tuvo mucho de aquellos viejos duelos criollos, sin poncho ni facón, si bien casi hubo un muerto.

Las amenazas del tiempo se tradujeron a poco en un recio aguacero, que cambió de pronto todo el cuadro. Y en esas circunstancias Don Julio recordaba a su rival, en versos de metro y estilo completamente libres, las desventajas de no saber nadar y los peligros del río, con tanta insistencia, que para el secretario el estuche de la guitarra debió adquirir lúgubres contornos.

La fiesta debía tener una digna terminación. Por eso Gaddi repitió por tercera vez, la mejor canción de su repertorio: "La carreta".

Y cuando la lancha iniciaba el regreso, reflejando los ligeros destellos de sus pequeñas linternas entre la cortina de agua de la lluvia, los primeros versos de aquella canción, parecían aún resonar en el espacio:

"La noche se despedía, trayendo
la aurora en l'anca."

L. THORNE.

VIDA PERIODÍSTICA



Aspecto del banquete que nuestro colega "La Razón" ofreció en honor de sus redactores, señores Arturo Vázquez Cey y Ricardo Gutiérrez, con motivo de habérseles discernido los premios de poesía, en el certámen literario municipal correspondiente al presente año.



El director de "La Razón", doctor Angel L. Sojo, pronunciando su discurso, en el cual anticipó las importantes mejoras que han de introducirse en el citado colega.

FIRPO EN NUEVA YORK



Banquete "seco", de carácter íntimo, con que fué obsequiado en Nueva York nuestro compatriota Luis Angel Firpo, por un grupo de amigos que se propuso festejar en dicha forma los últimos triunfos pugilísticos del campeón sudamericano.



INAUGURACIÓN DEL SERVICIO ELÉCTRICO DEL FERROCARRIL OESTE



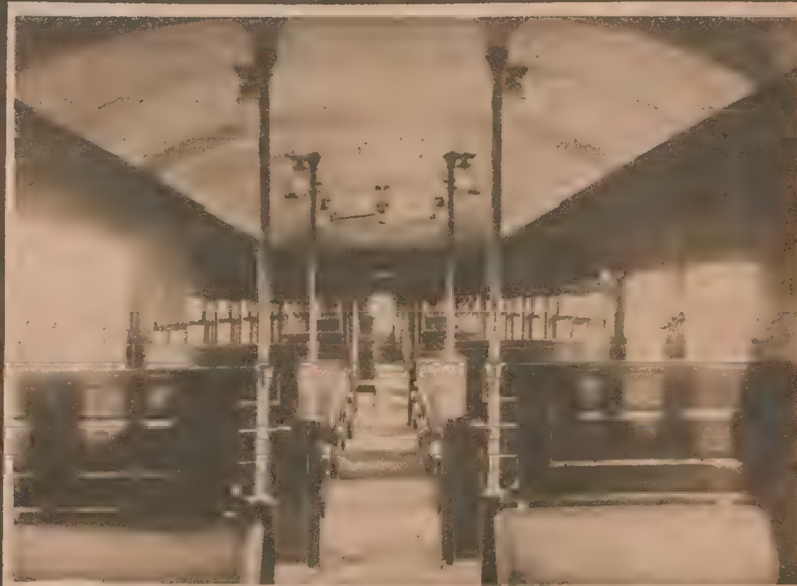
El presidente de la República, doctor Alvear, acompañado por los directores de la empresa del ferrocarril Oeste, recorriendo las instalaciones de la usina, en Villa Luro.



El doctor Guillermo E. Leguizamón, representante de la mencionada compañía ferroviaria, pronunciando su discurso en el acto inaugural del servicio eléctrico.



La estación de intercambio de pasajeros, entre el tranvía Anglo-Argentino y el ferrocarril Oeste, situada en la estación subterránea de la plaza Once.



Interior de un coche motor de primera clase, del ferrocarril Oeste, perteneciente a la línea electrificada.



Un tren eléctrico suburbano, en marcha, de los que hacen el recorrido entre la estación Once y Moreno.



Una vista de la estación ferroviaria de Morón, tomada desde el lado Este.



"Corazones ciegos"

Cómo fué filmada esta película.

Numerosas escenas de la película "Corazones Ciegos", recientemente estrenada por el programa Arte (Especial) de la "Corporación Argentino Americana de Films" fueron filmadas en el Océano Artico, a costa de innumerables peligros para los actores que tomaron parte en ella.

Para filmar escenas que tienen lugar en medio de los hielos debieron costearse hasta las costas del norte de la Siberia, en las islas Alutean.

Los resultados fotográficos del viaje de la compañía a aquellas desiertas regiones, se consideran como los más sorprendentes obtenidos hasta la fecha en el cinematógrafo.

El público que asista a las exhibiciones de "Corazones Ciegos" tendrá ocasión de ver la inmensa llanura completamente cubierta de hielo, rompiendo únicamente la monotonía de ese espectáculo la visión de gigantescos témpanos.

Una de las escenas más interesantes del film, nos muestra a un pequeño velero completamente cubierto por la nieve y a punto de ser destrozado por los témpanos arrastrados por las corrientes de agua, pero quizás la escena más culminante es aquella durante la cual Wade Boteler se desliza sobre un ice-berg y cae en un hueco formado por dos inmensos témpanos. El público que admira el realismo y verdad de esta escena, no sabe seguramente que la caída fué real y no simulada y que el actor Wade Boteler fué sacado de ese pozo con algunas contusiones y a costa de infinitos esfuerzos.



"Corazones Ciegos" es un film interpretado por Hobart Bosworth, secundado por un conjunto verdaderamente notable de intérpretes entre los que se destacan Madge Bellamy y Wade Boteler.



Dos interesantes escenas de "Corazones ciegos", obra de intensa emoción, en la cual toma parte el notable actor Hobart Bosworth, inteligentemente secundado por otros artistas de innegable valía como Madge Bellamy y Wade Boteler.



EL FESTIVAL DE LA SOCIEDAD EUSKAL ECHEA



El gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor José Luis Cantilo, acompañado de su secretario, señor Rodríguez Irigoyen, y de varias damas de la comisión perteneciente a dicha institución, durante el acto inaugural de la cancha de tennis, que la Euskal Echea posee en Llavallol (F. C. S.)



Señoritas Zulema Perea, Irene Soto, Marta Barbé y Carmen Carrafé, jugadoras que intervinieron en el primer partido disputado.



Vista parcial de la cancha de tennis inaugurada, mientras se efectuaba el partido inicial.



Un aspecto del público que asistió al acto, el cual asumió las proporciones de una lucida reunión.



EN EL PANTEÓN DEL MAGISTERIO





El señor F. Julio Picarel, orador designado para hacer entrega de la obra, pronunciando su discurso.

Durante el acto de la entrega de una nueva reproducción del Ecce Homo, de Donatello, al Panteón del Magisterio, situado en el cementerio del Oeste. Asistió a la ceremonia el ministro de instrucción pública, doctor Celestino I. Marcó, el presidente del Consejo Nacional de Educación, profesor Jorge A. Boero, el director general de instrucción pública, don Carlos H. Pizzurno, el obispo de Tenmos, monseñor De Andrea, y otras personalidades y funcionarios docentes.



El presidente de la asociación El Magisterio, profesor Nicolás Rossi, haciendo uso de la palabra.

EL MITIN DE LOS ESTUDIANTES



La cabeza de la manifestación estudiantil organizada como acto de protesta contra el decreto dictado por el Poder Ejecutivo, sobre exámenes de los alumnos de los colegios nacionales y escuelas normales y comerciales. Vista tomada al llegar la columna a la plaza del Congreso. Durante el desfile hubo discursos, pedreas y otros números de contundencia.



LA CELEBRACIÓN DEL 1.º DE MAYO EN BUENOS AIRES



La cabeza de la manifestación organizada por el partido Socialista, en conmemoración del 1.º de mayo, a su paso por la calle Callao.



La columna de afiliados estacionada frente al edificio que el Comité del Partido Socialista ocupa en la calle Rivadavia, escuchando los discursos pronunciados por varios correligionarios de dicha agrupación política.

NOTAS GRÁFICAS CHILENAS, obtenidas por nuestro corresponsal viajero, señor J. C. Dantiacq.



Estación Juncal, en la línea del Trasandino.



Santiago panorámico. — Vista tomada desde el cerro San Cristóbal.



Valle del Juncal.



El observatorio astronómico de Santiago de Chile, establecido en la cumbre del cerro San Felipe.



La "Milagrosa", en la cima del cerro San Cristóbal, a 1.600 metros de altura sobre el nivel del mar.



Ferrocarriles del Estado. — Estación Bella Vista.



Vista parcial de la bahía de Valparaíso.



Una calle del puerto de Valparaíso.



La estación Río Blanco, del Ferrocarril Trasandino.



ENLACES DE LA SEMANA



El señor Higinio Fernández y la señorita María Luisa Zerbi, después de la ceremonia de su enlace matrimonial.



Señorita María Sara Villafañe y señor Domingo Galati, recientemente desposados.



Señorita Elvira Preste, que en breve contraerá enlace con el señor Ernesto Vernavá.



Los contrayentes, señorita Juana María Ardohain y señor Alfredo Etchébèhere, después de la ceremonia nupcial.



DEPORTES. —Yachting - Golf - Natación - Tennis - Football - Pedestrismo - Gimnasia



"Hussar", un magnífico yate de tres palos que acaba de ser incorporado a la flota del New York Yacht Club. Fué construído en los astilleros de Copenhague, para el señor Eduardo F. Hutton, de Nueva York.



El salto notable de un notable caballo, "Tipperary", de propiedad del señor Jack Prestage, vecino de Calgary (Alberta).



La primera jugadora de tennis del mundo, la señorita Lenglen, francesa, que derrotó últimamente, en Niza, a la señora Mallory, campeón norteamericana.



Una nueva forma de jugar al golf es la que se practica en el balneario de Ormond. Todo el juego se realiza en la superficie del agua, desde botes y mediante pelotas flotantes y tazas, que representan los hoyos, también flotantes.





El football en el interior. — El team del "Club Atlético Newbery", de Rufino, que jugó con "Amenábar", empatando el partido.



J. M. Abad y Héctor Abad, del "Club Pedestre", de Rufino, ganadores del primero y segundo premio, respectivamente, en la carrera de 3.000 metros.



Equipo de "Amenábar" que sostuvo el encuentro con el "Club Atlético Newbery", de Rufino.





A la izquierda: team del "Club Atlético Sarmiento", de Rufino. A la derecha: equipo del "Club Atlético Sarmiento", de Vedia. Estos jugadores disputaron recientemente un partido, en el cual resultó triunfante el primero de los nombrados, marcando cuatro a cero goals.

Fots. Della Mattia.



Para conservar la esbeltez los bañistas de la playa de Miami (E. U.) realizan todas las tardes una serie de ejercicios gimnásticos colectivos, bajo la dirección de un profesor de ejercicios físicos.



Los animosos concurrentes a las termas de Cacheuta, todavía no sienten frío



El ingeniero Avellaneda Huergo y su esposa, y la señorita Zulema Amaya.



Señorita Zulema Amaya.



Señoritas de Araujo, Vivot, Rocha, Aizola, Zabaleta y Meyer.



Una interesante partida de pocker.



Cuatro parejas en pose.



Alegres y frescos



En línea de batalla, desafiando... al fotógrafo.



Plana mayor en pose.



El señor Sitja Nin y su esposa.



Después de un reñido encuentro.



Niñito Anchorena Salas.

Fots. Bejarano.



VIDA TEATRAL.—DEL BA-TA-CLAN



Fernanda D'Ainaut, una de las artistas más chic.



Mlle. Elaine.



Suzanne Mainosille, fantasista.



Dorgeval, belleza parisina.



Mlle. Maud Noel.



Regina Dalthy, bailarina excéntrica



Mirka, joven estrella, la de "líneas perfectas".



Suzy Baur, cómica.



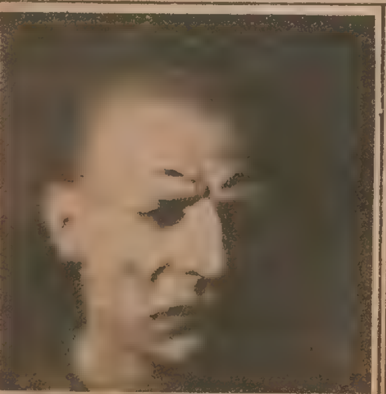
Germaine Guyse.



Mlle. Bird, bailarina.



Mlle. Parisys.



Ricaux, de la Opera Cómica, de París, bailarín de Mistinguett.



Sacha Gudin, famoso bailarín ruso.



Zidner, cómico.



Robert Daithey, compère.



Clausura de la temporada balnearia en el Lago Melincué



Señoras y señoritas de Sarbach, de Venado Tuerto, paseando por la playa.



En reposo, después del baño.



Familia de la ciudad de San Nicolás (Buenos Aires).



Al dulce vaivén del oleaje.



Señora Faustina García Reynoso de Navarro, con sus hijas Lía Rosa e Irene Esther, de la sociedad rosarina.



Señoras de Gigena, disponiéndose a pasear en bote.



GENTE MENUDA



Un aspecto de las barrancas de la isla, del Lago Melincué, lugar elegido para numerosas excursiones.



María Luisa Picciafuocco.



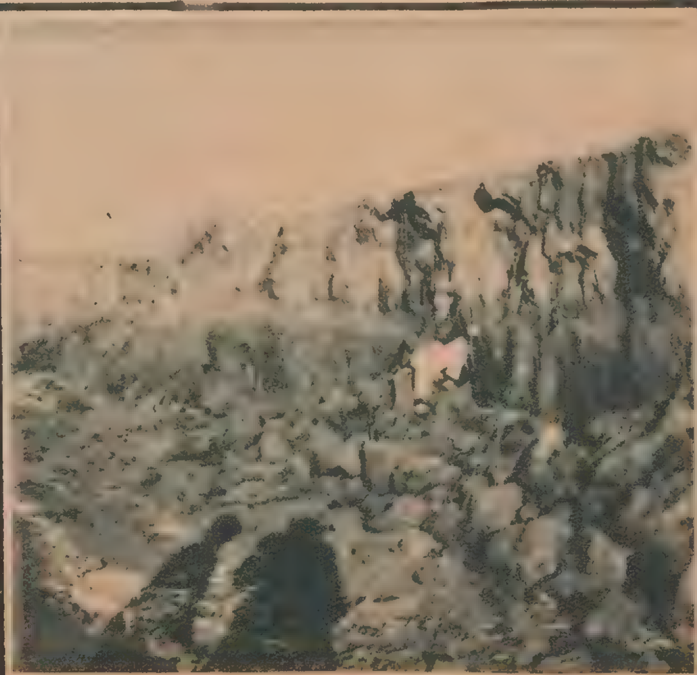
Grupo de excursionistas, en la encarnizada persecución de un colega.



Participando de un suculento asado, con abundante caldo mendocino.



Vista general de la playa del balneario.



Otro detalle de las barrancas de la isla, situada a 3 kilómetros de la playa.

Fots. Corti.



HALIDJE, por Adrián GUILLERÓN

—Las mujeres son gatas y hieren sin piedad a los desgraciados que turben con sus ojos.

Poncenaille acentuó su afirmación dando un puñetazo sobre la mesa.

—No—dijo Couricol.—Creo que conservan el culto de sus recuerdos mucho más que nosotros. Hace diez años, los azares de una travesía me llevaron a Salónica. Conseguimos arribar con grandes esfuerzos, después de salir con bien de una formidable tempestad. Mi pobre buque necesitaba un mes de reparaciones, que pasé cortejando a una turca llamada Halidjé.

Distinguida, sensible, estaba contentísima del respeto con que la trataba.

No se juega impunemente con el fuego. Mis cuarenta años descubrieron pronto que se enamoraban de aquella niña, cuyos encantos eran su única dote.

Me puse celoso, la espiaba, la cansaba con escenas ridículas, y para guardarla le propuse que viniera conmigo.

Como respuesta, me despidió.

Para reconquistarla, intenté, sin éxito, todas las tonterías acostumbradas: me prometí, sin llevarlas a cabo, venganzas horribles, que repugnan a todo hombre honrado, y acabé por donde debí comenzar: enviándole un medallón. Los rubíes casaban agradablemente con el oro y los diamantes; la joya era fina y debía resaltar en su hermoso cuello.

No tuve ocasión de contemplarlo, porque volví al mar antes de haberla visto de nuevo, y poco a poco aquella aventura se juntó en el cementerio del corazón con otras aventuras muertas.

—

Tres años después, al principio de la guerra, saludé a Pelión, Osa, al Olimpo y entré de nuevo en Salónica. Inmediatamente me puse en busca de Halidjé. Fué en vano. La única certeza que saqué de mis pesquisas fué que había sufrido mucho y que, de caída en caída, estaba en el arroyo.

—

Una noche de invierno, en el cementerio turco, tropecé con una forma negra que yacía entre dos tumbas.

Me incliné, y, hundido en las hierbas, descubrí un cuerpo y distinguí una cabeza.

La luna bañaba las flores y los feces de los mausoleos, cuyas doradas puntas brillaban.

¡Oh! ¡Qué sorpresa me llevé al reconocer en aquella figura macilenta, en aquellos ojos de bestia hambrienta y temerosa, a Halidjé!

Me miró, y, reconociéndome, me sonrió. Luego, sus ojos se agrandaron, tembláronle los labios, se crisparon sus manos, y, segura de haberme hallado de nuevo y de estar salvada, exclamó:

—¡René, René!

Los sollozos la ahogaban, un temblor la sacudía, lloraba.

—¡Halidjé, mi pobre Halidjé!

—¡Tengo hambre!

—¡Encontrarte así, en esta miseria!

—¡Tengo frío!

....

Resucitó el pasado.

Me contó su historia, la historia de siempre.

—¿No me habías olvidado?

—Mira.

El medallón salió de su pecho.

—¡Cómo!, ¿lo guardaste?

—Cuando sufría mucho, lo besaba; antes de dormirme, por la noche, lo besaba.

Y añadió, poniendo en su mirada todo su reconocimiento:

—Y cuando alguien me insultaba, René, lo besaba.

Entonces, Poncenaille, aquella noche, comprendí la inmensa piedad del corazón de las mujeres, y lloré.

PUCHITOS

Uno de los misterios de la historia natural es donde mueren los elefantes. Nunca se ha descubierto el cuerpo de un elefante muerto de muerte natural, en la India ni en Africa. Los indígenas creen, y su creencia es la más aceptable, que los elefantes poseen cierto instinto que les advierte la proximidad de su fin, y entonces se retiran a las partes más secretas de las selvas vírgenes. En efecto, hay otros animales, como los guanacos, que poco antes de morir se apartan de sus manadas y se ocultan en cavernas bastante lejanas o en lugares desiertos, donde mueren solitarios.

También creen los indígenas que todos los elefantes de una comarca van a morir al mismo sitio.

* * *

En una reciente reunión del Kiwanis Club, de Minesota, uno de los socios, deseoso de demostrar las nuevas aplicaciones del papel, se presentó con un traje negro hecho de papel. De este material era también su corbata y las suelas de sus botines. También se ha utilizado el papel, prensado a gran presión, para fabricar ruedas de carros, aisladores eléctricos, valijas y cochecitos para niños. Se ha conseguido producir un material, constituído de papel, que resiste al agua, a las substancias grasas y aun al fuego, y con el cual se puede fabricar todos los artículos para una mesa, desde las servilletas y el mantel hasta las cucharas y los platos.

* * *

El agua proyectada a gran presión es tan dura como el hierro. En la nueva estación de turbinas de Fully (Suiza), funcionan unos picos que proyectan chorros de agua de media pulgada de diámetro, con una presión de dos toneladas por pulgada cuadrada. El chorro es tan rígido, que si se le da un gran golpe con una barra de hierro, la barra rebota sin lograr partir el agua.

* * *

El pez más pequeño del mundo pertenece a una especie que vive en el lago montañoso de Buhl, en la isla de Luzon (Filipinas). Los indígenas le llaman "smarapan". Su largo máximo es de media pulgada y su peso menor de un gramo.

* * *

El Japón dedica el 32 por ciento de su presupuesto total a los gastos de la marina de guerra, y de ese importe el 17 por ciento a construcciones de unidades nuevas.

* * *

La población de París—según el censo realizado en marzo de 1921, cuyos resultados provisorios acaban de ser dados a conocer,—es de 2.906.472 habitantes, de los cuales 169.527 son extranjeros. El crecimiento de su población es muy inferior al de la mayoría de las grandes ciudades.

* * *

En Texas existe una clase de cucaracha, cuyos individuos viven en gran número entre las deyecciones de los murciélagos, y tienen la propiedad de segregar una especie de humo. Si el número de insectos es crecido, ese número es tan denso, que se confunde con el de un principio de incendio.

* * *

El cerdo común persigue y devora a la víbora de cascabel, terriblemente venenosa. El cerdo come el cuerpo de la víbora, menos la cabeza, que deja intacta.

* * *

En los Estados Unidos el emblema del partido republicano es un águila; el emblema del partido demócrata es una estrella; el del socialista un brazo y una antorcha; el del prohibicionalista, una fuente.

* * *

La catedral de la ciudad de México, uno de los templos más grandiosos de la cristiandad, fué inaugurada en 1667, 94 años después de iniciada su construcción. Calcúlase que si esta se llevara a cabo actualmente, costaría cerca de cincuenta millones de pesos. El costo hace tres siglos fué de dos millones, sin contar la ornamentación.

* * *

En tiempos de Moliére, numerosos espectadores tomaban asiento en el escenario del teatro, es decir, entre los actores que representaban. Era el lugar de preferencia, y quienes lo ocupaban pagaban una suma muy superior a la de cualquier otra localidad, por lo cual los empresarios conservaron mucho tiempo la costumbre, a pesar de las protestas de los actores y del resto del público.

* * *

Admirable ejemplo de bondad y de cortesía es el de Boileau, que escribió su libro "Diálogos de los héroes de novela" en el año 1665, y temiendo que alguna parte de su libro molestara a su amiga la señorita de Scudery, lo publicó sólo después de la muerte de ésta, en 1710, es decir, cuarenta y cinco después de haberlo escrito.

ENTRENAMIENTO



Vísperas domésticas de la compra de un auto.

CREO..., Poema en prosa

por R. CÁRDENAS BEHETY

I

Hoy es un día gris y de tinieblas. Una fina garúa cae sobre el arenoso camino convirtiéndolo en lodo.

Hoy... yo, el escéptico y decepcionado, camino sin rumbo, sin horizontes, sin brújulas; cual frágil esquife que azotado en medio del océano por furioso vendaval, se deja llevar por el capricho de la corriente...; yo me dejo llevar por todo el lirismo que hay dentro de mi alma, a la búsqueda del jardín de los encantos y los sueños, donde una princesita de ojos glaucos ha prometido dar sosiego a mi proceloso espíritu...

Voy en busca de la dulce princesita, y de las bellezas infinitas que guardan sus jardines para mí, vedados hasta ahora, y donde dicen que lloran las almas con la naturaleza a la caída de un crepúsculo augusto...

Voy en pos de lo divino; de lo ignoto.

Ya he detenido mi marchha vacilante, y aún no he distinguido a la princesita de ensueño y de emoción.

Sólo contemplo en la "piscina" a dos cisnes ebúrneos que nadan acompasadamente; y he oído el eco rumoroso y lejano que hacen las aguas al estrellarse contra las rocas de la costa; y he oído el piar alegre de dos gorriones a la difusa insinuación del arco-iris...

Ya ha cesado la lluvia; las nubes pletóricas de agua van despejando poco a poco el azul inmaculado de los cielos... Y he contemplado al astro rey que ha dado un tenue beso al alma de las cosas, antes de ocultarse en occidente; y la naturaleza misma, despierta de ese letargo momentáneo, aceleradamente, y vive de nuevo, más hermosa, más ubérrima, al contacto de ese último ósculo del sol...

He vislumbrado una última esperanza de poder verla.

Empero, todo se ha esfumado en mi espíritu al ver que el sol se ha ocultado por completo.

He contemplado el infinito muy azul, y sentí vibrar mi lira interior, al contemplar el ocaso melancólico cuajado de sangre.

Hoy he regresado tan escéptico como siempre; sólo creo en la naturaleza y sus crepúsculos...

II

Tarde de sol.

Hoy es otro mi espíritu; la tarde somnolienta tiene perfumes de madreselvas y glicinas; acordes de arpas y sollozar de versos...

Hoy he visto a la princesita de ojos glaucos y cabellera blonda. Hoy he contemplado su insólita belleza y le he confesado todas mis angustias.

Me ha escuchado con un recogimiento religioso, con algo de pitonisa, de diosa crédula y buena; hoy creo en la mujer; ella me ha jurado que me amaría sobre todas las cosas.

Hemos sellado nuestro pacto de amarnos con el alma purísima de un beso en la frente.

Hoy he regresado alegre; por el camino he entonado una égloga de dichas infinitas; he creído en la mujer, en la naturaleza y sus crepúsculos...

III

Hoy he estado nuevamente con la princesita de ojos glaucos y cabellera blonda.

Hoy he aprendido a quererla más profundamente, más a mi modo; y he aprendido también a celar; porque mi amor está acompañado de indomables celos.

Ella también ama a otro; ama a un ruiseñor, y le ha puesto por alcoba una jaula de oro, y por albergue contra los días de frío, su seno de palpitaciones rítmicas y armónicas.

Creo que pueda amar a él más que a mí, vulgar caballero de ensueño; por eso tengo celos; por eso siento la fuerza punzante de la duda y la conjetura que, en una jeringuilla me penetra en el corazón gota a gota...

Empero, hoy hemos recorrido sus jardines; hemos contemplado extasiados todas las bellezas que se presentaban ante nuestros ojos, y luego... Ella ha inclinado su cabeza sobre mi ardiente pecho, y me ha ofrecido su boca que, a la fusión de la mía, ávida, nos confundieron en un solo ser, en una misma imágen de felicidad y de paroxismo...

Hoy he regresado más alegre que nunca; me he creído un dios; un Héroe de leyenda lírica. Hoy he creído en el amor, en la mujer, en la naturaleza y sus crepúsculos...

IV

Hoy he vuelto a posar mi empolvada sandalia peregrina, en el aterciopelado césped del jardín de los encantos y los sueños.

He aspirado el suavísimo perfume de las flores y me he inspirado en su belleza; y he sentido llegar a mis oídos el himno jorgeador de los pájaros.

He visto a la mujer amada allá a lo lejos, y he oído el eco de su carcajada, que pobló el follaje de sonoridades argentinas.

Me he dirigido hacia ella, y la he visto besar al ruiseñor; ha hecho un mohín de disgusto al verme. Parece que le hubiera molestado mi presencia. Me he alejado triste, sin articular palabra alguna, creyendo que vendría hacia mí. Pero no. Al salir del jardín de los encantos y los sueños, aún repercutía en mí el eco, el murmullo de los besos al "otro", desgarrándome el corazón...

Por el camino, un cúmulo de ideas, como una lluvia de estrellas, chisporroteaban zarabándicamente en mi cerebro.

Hoy, por primera vez en mi vida, he llorado hondamente al amor y a la mujer. Sólo creo en la naturaleza y sus crepúsculos...

V

La princesita se muere.

Yo, el celoso, en el súmum de los celos y el dolor, he dado muerte al ruiseñor, a su bien amado.

Hoy la he visto tendida sobre su lecho de flores; sostenía en sus manos pequeñas y nerviosas, un ramo de hermosas y fragantes rosas-te; y he visto en sus grandes ojos glaucos una mirada de recriminación y de desprecio.

La muerte del ruiseñor le cuesta la vida a la princesa, porque era la llave del tesoro de su vida y sus ilusiones...

Ella me ha confesado que me odia, y me ha ordenado con el gesto a que me retire.

Al cruzar el jardín de los encantos y los sueños, éste parecía ensimismado en la leyenda, y en el recuerdo de días de ventura.

Los pájaros de la fronda entonaban contritos sus trinos, como si comprendiesen que estaba debatiéndose en la agonía la dulce amada de todos...

La naturaleza parecía muerta; las flores estaban sin perfumes; y me pareció oir en lo más íntimo de mis profundas meditaciones, el canto melancólico del ruiseñor, que clamaba venganza.

También oí de allá, de lejos, de entre la espesura del boscaje secular, la carcajada de cristales, de la princesita de los ojos glaucos y cabellera blonda...

....

Hoy he regresado decepcionado hasta el paroxismo; hoy soy más escéptico que nunca; ya no creo en promesas ardientes de mujer; y llevo sobre mis hombros el peso de mi fracaso y de mi "crimen"...

Delante de mis ojos humedecidos por las lágrimas, contemplo el agonizar paulatino de la tarde; el sol se oculta más ígneo que nunca; allá en el fondo el Cielo parece cubierto de manchas de sangre...

Hoy sólo creo y creeré siempre mientras dure el lirismo que hay dentro de mi alma, en la majestuosa y solemne naturaleza y en todos sus crepúsculos...

POEMAS DE LA VIDA DIARIA

Consuelo

Ven mi buena y dulce amada,
ponte sobre el corazón,
que aunque tu ilusión se vaya
siempre queda la Ilusión...

Dame tu boca fragante
como fresca rosa en flor,
que así calmarás tus males
con el néctar del amor.

Reclina tu cabecita
sobre mi enorme cabeza
mientras consuela la noche
con su paz nuestra tristeza.

Soy débil

La gente me dice que yo soy muy débil.
Verdaderamente
reconozco todo
lo que a ese respecto me dice la gente.

Y a mi vez respondo lo que a ese respecto
me dice la gente:
—La bondad es débil
porque es toda pura y es toda indulgente.

Mañanitas de lluvia

Mañanas campesinas,
bellas allá en los ranchos de la pampa,
todo el fresco perfume que os anima
penetra en mi alma triste y la dilata...

Mañanitas de lluvia,
amables siempre en vuestra paz serrana,
dejad un verso más en mis recuerdos
y una nueva canción en mi esperanza.

Pedro Aristóbulo Liebbe

Buenos Aires, abril 1923.

El reloj más fijo

El reloj del Observatorio de Cincinnati (Estados Unidos), tiene fama de ser el más fijo que existe. Sólo discrepa medio segundo al mes, o sean seis segundos al año; pero hay que tener en cuenta que la maquinaria está dentro de una campana de cristal, y para evitar sacudidas se le da cuerda automáticamente por medio de la electricidad. Sobre todas estas precauciones, el local donde se halla está dispuesto de modo que dentro de él son siempre iguales la temperatura y la presión barométrica.

Conocimientos útiles

Para cocer la leche sin que se pegue se echan dos o tres cucharadas de agua en el perol, se la deja hervir rápidamente dos o tres minutos, y después se echa la leche, que no se pegará por fuerte que esté la lumbre.

Los espárragos se pueden conservar durante un año, próximamente, procediendo de la siguiente forma. Apenas cogidos, se secan con cuidado, especialmente por la parte del corte. Se colocan después en un recipiente de madera en cuyo fondo se habrá dispuesto previamente una capa de 10 centímetros de espesor, de salvado mezclado con sal de cocina. El recipiente se llena con capas alternadas de espárragos y salvado mezclado con sal. Se tapa después el envase, poniendo sobre la capa superior de salvado otra capa de sebo fundido y a medio enfriar. Se guarda en lugar seco.

Cuando se cuecen verduras conviene añadir al agua un poco de azúcar para que no pierdan el color.

Este procedimiento puede emplearse cuando no se tenga a mano un poco de sosa, según recomendamos en otra receta recientemente publicada.

El modo más rápido de descamar pescados y pelar aves, es sumergirlos un momento en agua hirviendo antes de proceder a dichas operaciones.

Cuando se cuecen chauchas no se las debe echar la sal hasta que estén tiernas, porque si no adquieren tendencia a endurecerse.

Para que los alcauciles no se pongan negros al cocerlos, se echa un poco de vinagre al agua.

Para conservar las castañas frescas se recomienda un sencillo procedimiento. En el fondo de un barril pequeño se pone una capa de castañas y se cubre con arena seca. Encima se pone otra capa de castañas y otra de arena y así sucesivamente, hasta llenar el barril.

Si las castañas llegaran a secarse, basta tenerlas durante unos cuantos días entre arena mojada, cuya humedad absorben y recobran su natural frescura.

Para cocer huevos cascados basta echar en el agua una cucharada pequeña de vinagre; por abierta que esté la cáscara, no se saldrá el contenido.

Las habas deben cocerse con la menor cantidad de agua posible, porque así salen más sabrosas.

La cocina

SOPA DE CEBOLLA

Para seis personas, se fríen en una sartén media libra de cebollas muy picadas en dos onzas de manteca de vaca.

Se sazona y especia a gusto del que ha de comer el manjar, y cuando la cebolla ha tomado mucho color y antes de tostarse por los bordes, se añade una cucharada de harina, y cuando está rusiente, un litro de agua fría, vertida poco a poco y dejando que hierva cada vez.

Se deja cocer lentamente unos minutos y fuera del fuego se liga con yema de huevo. En la sopera se ponen de antemano unas rebanadas de pan frito o tostado, espolvoreadas con queso de Gruyere rallado, y para que no se empaste ni forme grumos, al echar el caldo en la sopera se remueve bien con la cuchara de palo.

Esta sopa es muy sabrosa y muy suculenta cuando se hace con leche en vez de agua; pero en este caso, aunque procediendo del mismo modo, no se echa más que la mitad de agua para refrescar, y ya, cuando está el caldo en la sopera, se añade un cuartillo de leche cocida, hirviente.

ENSEÑANZA LIBRE



—¿Qué le estás enseñando al loro?
—Nada, mamá. Le estoy diciendo las palabras feas que no debe repetir.

MACARRONES AL JUGO

Se cuecen los macarrones en mucha agua y a fuego vivo, sazonándolos con sal. A los pocos minutos de cocción y cuidando que no se deshagan y que estén algo firmes, se sacan y se dejan escurrir. Luego se colocan en una fuente honda por lechos que se intermedian con queso de Parma, rallado muy fino, y se vierte sobre él todo en el momento de servir el jugo de carne que se habrá preparado de este modo:

Para dos libras de macarrones, dos libras de solomillo, que se saltean, escaldan y doran en una cacerola con dos onzas de manteca de vaca.

Se añade una cebolla grande como un puño, perejil, dos onzas de tocino y especias, picándolo todo muy menudo y cuando la cebolla se consume, sin ennegrecerse, se moja con un vaso de agua y se aviva el fuego, echando entonces tres libras de tomates bien limpios y desmenuzados.

El tomate se consume pronto y moviendo con la espátula para que no se pegue, se echa el agua que se calcula para la cantidad de jugo que se necesita y se deja cocer todo ello a fuego lento durante dos horas. Se saca la carne la cual puede comerse fiambre en otra comida, y el caldo o jugo se vierte sobre los macarrones.

DELICADEZA



—¡Es decir que no quieres llevarme al Zoológico a ver las fieras! ¡Me dirás por qué!
—Ya sabes, querida, que las comparaciones siempre resultan odiosas.

ENCEBOLLADO DE CARNE

La costilla de vaca es el mejor pedazo de la res para preparar este guiso.

Se reboza la carne en manteca de cerdo y se añade el doble de su volumen de cebolla recortada, con la sazón correspondiente.

Se moja cono vino y mitad de vinagre, y a fuego muy lento se cuece todo durante dos horas.

Cebolla y jugo han de apurarse mucho y presentarse en la mesa la carne limpia de toda salsa, con una guarnición de berros.

ESPARRAGOS A LA FLAMENCA

Para seis personas se necesitan los siguientes ingredientes: 125 gramos de manteca, 3 yemas de huevos duros calientes y 2 cucharadas de perejil picado.

Según la costumbre flamenca, cada comensal hace la salsa en su plato aplastando con el tenedor media yema de huevo duro y añadiendo sal, pimienta, perejil picado y dos o tres cucharadas de manteca derretida. La manteca ha de estar derretida, (nada más que derretida, no hervida) y sobre todo, ha de ser de excelente calidad. Las yemas de huevo se sirven, partidas por la mitad, sobre una servilleta.

Lo expuesto es la costumbre del país, pero resulta más práctico obrar de este otro modo: Las yemas de huevo se machacan y se les echa un poco de sal molida y otro poco de pimienta; luego se mezcla todo con la manteca derretida vertiéndola poco a poco, y se sirve en una salsera caliente. El perejil se sirve siempre aparte, por si no le gusta a algún convidado. Los espárragos se hierven como de ordinario.



SECCION VERMOUTH

EL FRUTO DE LA EXPERIENCIA

Cuando el negro consiguió vencer las serias objeciones que tenía contra el trabajo, entró de peón albañil en una gran obra.

—¿Cómo se llama usted?

—Zapata.

—Muy bien.

Llegó el sábado de gloria, vale decir el día en que se debía pagar los jornales. Tocó el silbato y los obreros fueron presentándose a la ventanilla, donde los llamaban por sus nombres en orden alfabético.

Pero al llegar a la W se cerró la ventanilla. Se había acabado la plata y a los que faltaba pagar no se les abonaría hasta el lunes.

El negro se rascó la cabeza. Y buscó trabajo en otra obra.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntaron.

Y repuso con firmeza:

—¡Aarón!

INCIDENTE DEL TRÁFICO

El servicio de coches que efectúa el recorrido entre la terminación de la línea de tranvía y el límite del municipio es de una lentitud torturadora. La edad del matungo y el volumen de la carga constituyen la "rémora del progreso". Y he aquí que un día un hombre que iba a llegar tarde a su oficina, exasperado y desesperado, le dijo al cochero:

—¿No puede ir más ligero?

—Sí, señor.

—¿Y entonces?

—Pero no puedo dejar el coche.

DE MAL EN PEOR

Un caballero que recorrió la vía crucis de una oficina del Banco Hipotecario hasta la subgerencia, nos refiere, endosándola a título de perfecta similitud, la anécdota siguiente:

Era una compañía teatral que vagabundeaba por pueblitos de la campaña, admirablemente desorganizada.

Durante el punto culminante de una representación, el primer actor que, evidentemente, no sabía su papel, se "cortó" y en voz harto perceptible preguntó al apuntador:

—¿Cuál es la línea?

Se oyó ruido de papeles revueltos y luego esta pregunta del apuntador:

—¿Cuál es la obra?

LAS MAÑAS PERO NO EL PELO

Sabía que la vecina murmuradora había dicho que él era un pobrete muerto de hambre. Calumnia, por supuesto, pero calumnia que le dolía, pues su familia figuraba en Villa Crespo por su plata. Fué, pues, para él una gratísima sorpresa cuando se enteró que la vecina malalengua había dicho que era más rico de lo que suponían, que la casa en que vivían valía por lo menos cien mil pesos (en realidad valía cuarenta mil), etc. Después de paladear un rato la satisfacción que le producía el cambio de la vecina, preguntó a su informante:

—¿Y a quién le dijo eso?

—A la comisión de valuadores.



DIFERENCIA

Pancho Hacetelrrengo recorría la vereda de una esquina a otra, con paso lento pero espíritu exasperado, a la espera de un conocido accesible a un préstamo. Pasaban los cuartos de hora, pero los conocidos, no. Y los bolsillos de Hacetelrrengo eran un desierto sin oasis.

De pronto resonó el silbato de una fábrica. Era mediodía. De los amplios portones empezó a salir una multitud de obreros.

—¿Qué hora es, señor?—preguntó a Pancho una viejecita.

—Vea—repuso—para esos que salen es la hora del almuerzo, pero para mí no son más que las doce.

PIEL DE CANDIDATO

El concejal, candidato a la reelección se puso en campaña una mañana para "trabajar" al electorado consciente.

Llevaba en una libreta apuntados los nombres de los votantes más o menos seguros. El primero de la lista era don Bautista, el del almacén. El candidato entró al almacén, convidó con una copa a don Bautista, y al cabo de un rato de charla, le dijo:

—Y... Don Bautista, ¿cuento con usted?

El almacenero contestó furibundo:

—¡Todos los concejales de este año han sido una cáfila de sinvergüenzas, de pillos, de ladrones. ¡Y el más sinvergüenza, el más pillo, el más ladrón de todos, fué usted! ¡Ecco!

El candidato sacó su libreta y su lápiz, y, tranquilamente, escribió al lado del nombre de don Bautista: "Dudoso".

CONSULTA MÉDICA

El cliente.—La gota me mata, doctor. Creo que he hecho muy mal en tomar baños de mar este verano.

El doctor.—No lo crea usted. ¿Qué le importa al océano una gota más o menos!

ENTRE BASTIDORES

—¡Cada día está usted más guapa!

—¿Cada día? ¡Usted exagera!

—Bueno; pues pongamos cada dos días.

NO HAY INCONVENIENTE



—Ahora tengo mil pesos de sueldo. ¿Crees que podremos vivir con eso?
—Yo procuraré arreglarme, Manolo; pero ¿y qué vas a hacer tú?

EN CABEZA AJENA

No hay espectáculo más peligroso que ver afligida a una mujer hermosa.—Madame de SARTORY.

* * *

La desgracia de los corazones que amaron consiste en no encontrar nada que reemplace al amor.—DUCLOS.

* * *

Hay una mujer en el origen de todas las grandes cosas. — LAMARTINE.

* * *

Cuando estamos cansados de amar, preferimos que nos sean infieles a fin de librarnos del compromiso de nuestra fidelidad. —LA ROCHEFOUCAULD

* * *

Son más los que quieren ser amados que los que quieren amar. —CHAMFORT.

* * *

De todas las maneras de hacer cesar el amor, la más segura consiste en satisfacerlo. — MARIVAUX.

* * *

Una joven que detesta el amor antes de conocerlo, corre el riesgo de no detestarlo mucho tiempo.—DESMAHIS.

* * *

Ante las mujeres, los que aparentan estar enamorados tienen más suerte que los que lo están realmente.—Ninón de LENCLOS.

* * *

Hay muchas mujeres que serían muy amables, si olvidaran un poco que lo son.—MARIVAUX.

* * *

Las almas son casi impenetrables entre sí, y esto demuestra la vanidad cruel del amor.—Anatole FRANCE.

* * *

El hombre habla de su amor antes de haberlo sentido; la mujer no confiesa el suyo sino después de haberlo experimentado. — LATENA.

* * *

Una mujer bella es el paraíso de los ojos, el infierno del alma y el purgatorio de la bolsa.—Proverbio español.

* * *

Un amante seguro de ser amado, cesa de ser amable. — Madame DESHOULIERES.

MAYORINO FERRARIA.— A PROPÓSITO DE SU PRIMER LIBRO "MÚSICA EN VERSO"

Mis relaciones literarias con este joven poeta cuasi han adquirido el color ámbar pálido de las cosas antiguas. Le conozco desde hace muchos años; datan éstos de los primeros tiempos de nuestra adolescencia. En aquel entonces, éramos condiscípulos del colegio nacional "Mariano Moreno", del turno de la tarde, y desde la cátedra de idioma castellano orientaba nuestros incipientes balbuceos y nuestras primicias literarias este armonioso poeta de la serenidad, delicado autor de "La Cruz del Sur" y de varios nobles libros de versos, el doctor Gustavo Caraballo.

Este recuerdo siempre me supo a un despertar de rimas primaverales. La presencia del autor de "Las sendas del Arquero", presencia soñadora, donaire meditabundo, alto, rubio, de mirar perdido, como opreso en astrales cosmogonias, trajo a nuestra aula un contagioso fuego de ritmos extraños, versos urdidos en la fuga de las horas de clase, un derroche desatentado de composiciones literarias, sonetos, quintillas, rivalidades entre los mismos condiscípulos, cosas inefables que, desde lo alto de su cátedra, hacían sonreir al doctor Caraballo con aire de éxtasis, algo ingenuo, como todo buen poeta que sabe hacer abstracción de las cosas terrestres para ascender a las nubes.

De esta manera poética y lírico nos conocimos con Ferraria. Desde entonces han transcurrido muchos años; la faz del mundo y de las cosas harto han cambiado y el planeta ha envejecido siglos.

Ultimamente Ferraria ha subrayado un gesto decisivo. Acaba de dar a la publicidad su primer volumen de versos: "Música en verso". La señorita Romilda Ferraria, artista apasionada del pincel, cultora del colorido y hermana del poeta, tuvo bajo su dirección la tarea de "ilustrar" los principales motivos del libro.

Con esta primicia literaria, Ferraria ha iniciado su flamante estreno en el mundo de las letras porteñas. Es su obra inicial. Desde luego, más que un libro de consagración definitiva, significa una advertencia que su joven progenitor lanza a nuestro público, a la crítica en general y a los "amateurs" de esta clase de publicaciones para hacerles presente sus deseos de tomar parte en la producción literaria del momento. Desde luego, no podemos ni debemos exigir de este libro los valores absolutos, propios de las obras definitivas.

Como todo libro de juventud, frisado en la edad que abarca ún cuarto siglo de existencia, su característica es fácilmente desentrañable: la espontaneidad. Se me objetará aquí que, en los actos de nuestra vida todos somos más o menos espontáneos, hasta para faltar a la verdad e imaginarnos espíritus superiores y talentosos; pero, esta espontaneidad de nuestra vida psicofisiológica no siempre puede constituir una característica como la de Ferraria. La espontaneidad de Ferraria es vibrante, vibrante como una varilla rígida, una cuerda de acero, el sonido de cristal de un resonador de acústica. Advertimos que a Ferraria le gusta ser vibrante, frenéticamente vibrante, lo que a su vez es otra característica.

Ahora bien: la índole de esta espontaneidad es interpretada por Ferraria como la generalidad de nuestros jóvenes poetas.

Se manifiesta exenta de las desnudeces del naturalismo literario que en esta parte de América encarnó Almafuerte.

Como nuestros jóvenes poetas, Ferraria no hace ninguna intención para inclinarse al naturalismo "almafuertista". No hace número en el romanticismo extinto, tampoco en el idealismo intelectual ni en el misticismo literario que aquí en América tiene más esclarecida representación en el azteca Amado Nervo.

Esto acontece en Ferraria como en todos nuestros poetas jóvenes, debido a un fenómeno explicable. Estos conflictos intelectuales recién comienzan a definirse, cuando el poeta llega a la segunda faz de su evolución intelectual: los treinta años. A cada edad, la inquietud del poeta se va concretando en una orientación más vasta, más seria, más filosófica en todo lo que se relaciona con la vida humana, el universo y la naturaleza. El lirismo optimista, incierto y exuberante de la primera faz del poeta, los veinte años, palidece, se transfigura y pasa a poblar los grandes reinos de los recuerdos silentes.

Ferraria se halla colocado en el punto equidistante de estas dos faces evolutivas. Con ello, ya podrá darse cuenta exacta de lo que esta situación significa para lo porvenir. En su libro, desde lüego, sus rimas pintorescas nos la ofrece envueltas en la urdimbre sensible de su manera de ser. Ferraria no se desespera en este libro por hacer alarde de culteranismo poético. No es un complicado ni un nebuloso. Lo cosmogónico no conturba su ánimo. A través de sus rimas deja escapar el soplo intenso de su entusiasmo, que es algo sensualista para las expresiones pasionales. En su lenguaje predominan las figuras que hablan a los sentidos. Esta característica hace que su entusiasmo resalte entre sus versos y parezca encabritarse en formas impetuosas que suelen hacerse extrañas. Con esta impetuosidad Ferraria se manifiesta un gran optimista de la vida. Casi nos da la impresión de un exceso de optimismo. Es optimista para resolver los arduos problemas de su dolor, de sus tristezas y nostalgias. Cree en sí mismo porque cree en la juventud. Desde este punto de vista no comulga con aquello que, según su criterio, está en pugna con las manifestaciones más bellas, puras y armoniosas de la vida humana. Por ejemplo, la vida monacal, el claustro y los tormentos ideológicos y las aberraciones espirituales derivadas del advenimiento del ideal cristiano sobre el mundo del paganismo en decadencia.

A estar al alcance de mi criterio, yo no hubiera involucrado en el volumen, poesías como "¿Sonrisas?" y "Canción sencilla", cuyo humorismo y estilo disuenan completamente con poesías como "Crepúsculo estival", "Luna", "Sonatina de la primavera", "El beso" y otras de un lirismo serio y florido.

Después de la publicación de este libro, he podido observar, como era lógico en un temperamento como Ferraria, una paulatina orientación del poeta hacia la segunda faz de su evolución literaria.

Ferraria parece tener dilección por el verso disonante y asonante, cuyo cultivo lo hace con felicísimos resultados, tanto que yo, siendo un declarado adversario del verso asonante y disonante, he quedado seducido por ellos. Es decir, por los de Ferraria. Mi aversión a semejante ritmo y consonancia la mantengo siempre. No lo puedo pasar ni tolerar en vano, menos aun en la tendencia innovadora del presente y en la forma exterior del verso castellano, cuando en molde sirve de contenido al significado espiritual de esa poesía calificada de subjetiva y lírica. En esta clase de poesía, me es realmente antiartístico el verso disonante o asonante. Eso está bien en los trovadores del suburbio que riman a la buena de Dios. Esta métrica me ha hecho siempre el mismo efecto que los pensamientos, imágenes y figuras literarias puestos en pequeñas prosas, cuyos renglones han sido sometidos a un número determinado de sílabas, por el metro de cualquier audaz versificador.

Volvamos a Ferraria. Para el armonioso manejo de su órgano lírico—el verso—cuenta nuestro poeta con una cualidad de las más óptimas: es un painista ductil y hondo. Tiene, pues, a su favor, la influencia morigeradora y luminosa de la educación musical, cuya sugestión para los espíritus sensibles a las creaciones del arte, siempre ha sido tan ponderable. Sobre todo, para el buen gusto literario.

Actualmente, Ferraria sigue depurando su labor y su lema, auscultando su arte poética con diligencia y curiosidad. En cuanto a su consagración o ascensión a la gloria, eso es incumbencia del poeta, según como oriente sus aptitudes intelectuales, dentro del movimiento intelectual contempbráneo, ya sea determinándose por el intelectualismo cultivado por Rodó, o por el modernismo encabezado por Darío, o bien, por el eclecticismo literario que actualmente está representado por la mayoría de nuestros mejores poetas argentinos.

César Garrigós f.



Señor Mayorino Ferraria.

EL ÚLTIMO IDILIO

Una noche de rítmica verbena
teniendo por testigo el plenilunio,
olvidé por completo mi infortunio
¡porque sólo tu amor mató mi pena!

Jamás te vi más linda ni más buena,
semejando, esa noche en pleno junio,
tus ojos, un negrísimo interlunio;
tu alma, la virtud de la azucena.

En tu cuerpo anhelante de cariño,
fluctuaban en gracioso desaliño
las gasas y las cintas de moharé.

...Y pensando que acaso me brindabas
unos labios de fresa que llevabas,
¡con los míos febriles, los besé!

Ricardo H. Arámburu

DAFNIS Y CLOE, por José NOGALES

Se juntaron en un valle encantador: en las márgenes del arroyo que fluye de un manantial inagotable y frío, se asientan los huertos, breves, umbrosos, con sus naranjos verdinegros, a poca costa regados. Más allá se extienden las viñas, ubérrimas en otoño, llorosas en invierno, como una gran sábana rumorosa y oscilante; y cerrando el ancho círculo, pinares aromosos, colinas llenas de "monte", de plantas que huelen, de arbustos que llevan en su savia bálsamos desconocidos, virtudes misteriosas.

Dirigían su exiguo rebaño, de arriscadas cabras, Jacintillo; de ovejas mansas y dóciles, María del Reposo; entrambos en el alborear de la juventud, en los primeros vuelos ardientes del espíritu.

Y entráronse los dos rebaños en el mismo monte: las cabras regalándose con la flor de los arbustos, llenas de miel, henchidas de polen; las humildes ovejas paciendo la hierba olorosa, pegada al suelo, que perfumaban con el olor de las semillas, con el áureo polvo de sus pétalos.

—A ver tú, so trapajo, si dalcas la piara y echas pa allá tus cochinas ovejas. ¿No estás viendo que estoy yo aquí con lo mío?

—Es que dan en juntarse...; ayúdame tú, peazo de carne bautizá; y después de todo, todos comen: unos la flor que da el monte, otros la hierba que da el suelo... Naide se estorba; así debíamos ser el ganao que va por el mundo.

—¡Qué sabes tú lo que es el ganao del mundo, muñeca estripá! A recoger la piara sarnosa, o...

Y Jacintillo, con la cayada en alto, se fué hacia la zagala con ánimos revueltos y sanguinarios.

—¡Contra! que todos los días habemos de tener la misma fiesta... ¿No quieres largarte? Pues yo te echaré pa siempre, así...

Y se quedó con el palo levantado, sin saber porque no lo descargaba sobre aquella carne débil, rosada, resplandeciente como la pared de la ermita, y como ella, indefensa y humilde.

—¡Pégame, bruto; pégame, bruto!

Y no decía más la angustiada Mariquilla; y lo decía llorando, con una aflicción convulsa, como si ya tuviera en su piel rosácea la huella cárdena de los palos.

—¡Qué te había de pegar, so tonta! Fueras tú un zagal, ¡y ya verías! Pero a ti, muñeca blanda, flor de jara, amarga y dulce; cogollo de romero, que sueltas miel y eres áspera como la madroñera, ¡qué te había de pegar! ¡Paece mentira!

Y súbito, en un arranque de amor juvenil, de amor primitivo que palpita en la especie, Jacintillo tiró la cayada, fuese al barranco, cortó una rama de adelfa florida, y con el cuchillo de partir pan hizo una flauta maravillosa, de encantadora armonía, que despertó a la vida el valle pacífico y estimuló en sus nidos a los pájaros amantes.

—¡Toca tú, so tonta! Así, por este bujero.—Y ella ponía sus labios en el pedazo tibio, humedecido, de la flauta de adelfa, amarga y dulce a un mismo tiempo... ¡No sabía! Y el pícaro Jacintillo, anheloso de oir el estallido seco y ardiente de una melodía que entonces deseaba, puso sus labios en el mismo trozo de la flauta... y—¡Así, así!—decía a punto en que el ansiado aleteo de algo amoroso que llenaba el ambiente, restallaba en los labios a través del palo de adelfa, sonoro y admirable.

....

Las cabras y las ovejas pacían juntas, confundidas, en una fraternidad de mundo primitivo; los altos pinos parecían gemir en el crepúsculo dorado y apacible; vagas columnas de humo azul se elevaban de las chozas grises, de las casitas blancas, y el gemido religioso, balbuciente, de la campana de la ermita, llamaba al espíritu a lo alto, a los horizontees crepusculares teñidos de oro, ensangrentados de púrpura.

En tanto, Dafnis y Cloe, inocentes, amorosos, felices en medio de la Naturaleza infinita, seguían tañendo con sus labios juveniles en la flauta amarga, ideal y sonora...

Los secretos de América se guardan mejor que los de las tumbas egipcias

La arqueología tiene sus puertas más firmemente cerradas y selladas en América que en Egipto. A pesar de que la cámara interior de la tumba del rey Tutankhamon, cerca del pueblo de Luxor, Egipto, ya está revelando sus secretos, se activan mucho los planes para descubrir los más desconcertantes misterios que ofrecen las ruinas prehistóricas del continente americano.

El señor Neil M. Judd, curador de la Arqueología Americana del Museo Nacional de los Estados Unidos, quien, además, está encargado de las exploraciones de la Sociedad Geográfica Nacional en el Estado de Nuevo Méjico, ha tenido la bondad de avisarle a la Unión Panamericana que una expedicón se ha situado sobre el terreno correspondiente a fin de desenterrar vestigios que puedan contribuir a fijar la fecha de la erección de las casas indígenas construídas de piedra tosca (cliffhouses), al costado de riscos.

Dicha expedición seguirá la pista por las señas anulares, que se ven en el corte transversal del tronco de un árbol, y se esforzará por encontrar los troncos enterrados de árboles que ya eran viejos cuando los árboles más antiguos cercanos a ellos, ahora existentes, eran nuevos, y que acaso eran jóvenes cuando se cortaron las maderas que se usaron en la arquitectura indígena prehistórica. Millares de muestras de estas maderas se encuentran en los techos, cielorrasos y pisos de los restos de los grandes edificios donde, un tiempo, vivieron comunidades indígenas, en los territorios que hoy ocupan los Estados de Arizona, Nuevo Méjico, Utah y Colorado.

Ahora bien, la humedad absorbida por los árboles determina el espesor de los anillos anuales de aquéllos. Por ejemplo, una serie de anillos en cualquier árbol indica proporciones idénticas en otros árboles que crecían al mismo tiempo en condiciones análogas, con tal que tengan el mismo número de anillos. Por lo tanto, los peritos compararán los anillos de cualesquiera árboles enterrados que se encuentren con aquellos de los árboles vivos y de maderas antiguas con la esperanza de establecer una relación que sirva para determinar el espacio de tiempo entre ambos, es decir, entre los árboles antiguos y los modernos. Entonces, el problema quedará reducido a contar los anillos para determinar el número de años transcurridos desde que estas misteriosas moradas precolombinas fueron construídas.

El doctor Manuel Gamio, director de la Arqueología de Méjico utilizará las iglesias en vez de los árboles para descubrir la edad de la arquitectura de los aztecas y la anterior en el Valle de Teotihuacán, en Méjico. Se sabe la fecha de la construcción de las iglesias mejicanas del siglo XVI. El doctor Gamio espera cavar cerca de las paredes de estas iglesias, hasta su base, y medir la profundidad de la tierra depositada por la sedimentación natural en los 400 últimos años. Dividiendo simplemente la distancia que hay entre el nivel actual y la base de los monumentos prehistóricos por este espesor de 400 años, podrá calcularse la fecha aproximada de los antiguos edificios.

De esta manera, y merced al método de los anillos en los árboles, puede obtenerse un medio de comprobar los cálculos de las edades alcanzadas, estableciendo una conexión entre la alfarería y otros materiales culturales del Oeste de los Estados Unidos y Méjico con el calendario de los mayas de la América Central. Algunas veces se encuentran piezas de loza de barro típicas de ciertos indios entre la alfarería o loza de barro de las tribus más distantes, y se espera que dichos hallazgos conecten las razas menos adelantadas con las que había avanzado más en el desarrollo de la civilización en el continente americano, antes de la llegada de los blancos.

A pesar de la falta de herramientas de metal y de animales domésticos, la raza maya logró desarrollar en el continente occidental una civilización que, en algunos conceptos, era superior a la de los antiguos egipcios. Por ejemplo, tenían un sistema exacto de registrar el tiempo, y sus cálculos astronómicos eran mucho más exactos que todo lo que en el antiguo egipto se conocía.

El Instituto Carnegie, establecido en Wáshington, D. C., donde el calendario maya fué descifrado, envió una expedición a Yucatán y Guatemala para que adquiriese más datos acerca de estos primitivos americanos.

Todos los arqueólogos que trabajan en esta esfera de acción, abrigan la gran esperanza de encontrar manuscritos históricos en la escritura ideográfica de los mayas. Los únicos libros que hasta ahora se han encontrado son meramente horóscopos hechos por los sacerdotes astrónomos.

Los libros que contienen los horóscopos fueron descubiertos en los museos europeos, y tal vez se hayan conservado también por casualidad algunos documentos históricos.

Más hacia el interior de los vírgenes bosques tropicales de la región septentrional de Guatemala y la meridional de Yucatán, se cree que existen restos de otras ciudades más grandes, tales como las que se han descubierto en estos últimos años.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

PABLO PODESTÁ

Un deplorable suceso acaba de conmover a la familia teatral y el público argentinos: la muerte de Pablo Podestá, una de las figuras más prestigiosas y populares de la escena autóctona, alejado de ella desde 1918 para atender su salud afectada por la grave dolencia que acaba de hacer crisis.

Actor casi puramente instintivo, Pablo Podestá saltó un día de la escena circense al tablado de la farsa, destacando casi de inmediato. Aunque cultivó a veces el género cómico, bufo casi, con buena fortuna, su temperamento estaba sin duda por el dramático, para el que tenía grandes condiciones. Por haber sido el primero entre los nuestros y por sus sobradas aptitudes, triunfó fácilmente ante el público porteño, que no había conocido todavía un actor criollo de su fuerza dramática, de su temperamento vigoroso, que estallaba en rugidos de fiera y le impresionaba vivamente.

Sus primeros triunfos coincidieron con el surgimiento de un gran autor, Florencio Sánchez, quien teniendo en vista seguramente al intérprete, escribió dos de sus más bellas obras: "Barranca abajo" y "Los muertos", en las que Pablo Podestá realizó creaciones inolvidables, hasta hoy insuperadas.

No era en verdad la gran figura que desaparece, un artista que educó y refinó su temperamento en el estudio sistemático que conduce al perfeccionamiento artístico. Y acaso no fué Pablo un estudioso, porque lo que ignoraba lo intuía, lo adivinaba. Sólo así se explican sus grandes interpretaciones dramáticas, propias algunas de un verdadero talento.

Pablo Podestá no tiene reemplazante. Con él muere un actor único en el escenario rioplatense. Y esto es doblemente sensible en nuestros tiempos, cuando la escena nacional acusa un visible descenso en su nivel artístico y tiende a degenerar cada vez más.

EL NEGRO DEL PORTEÑO

El nombre del famoso "Falucho" que evoca a un héroe de nuestra historia, ha servido al señor Botta (?) para poner los pies en el escenario del Porteño, donde actúa la pareja artística Arata-Mancini. El heroísmo del célebre renegrido, nada tiene que ver esta vez con el obscuro personaje que encarna Arata, ni nada tienen que ver con el arte de Talía las cosas que hace el locuaz tipo del Porteño. Esto no deja de ser una satisfacción, medio parecida a la que se experimenta cuando uno lee en un diario que el señor Fulano de Tal, domiciliado en la calle X X, no es la misma persona que acaba de asesinar a un chauffeur en el camino del Tigre.

"Faluchó" fué bien interpretado y gustó al público.

COSAS DE LA GENTE CHIC

Decididamente, Camila Quiroga ha conquistado como nadie nuestro público. Eso de llenar el teatro todas las noches con una obra bien escrita, es un fenómeno de lo más extraño que puede registrar la crónica. Sólo las grandes simpatías y la excelente labor de la ilustre actriz, pueden explicarlo todo. No sería extraño que hubiese trabajado con ocho o diez filas de plateas, pero ¡con el teatro atestado! Y nada menos que con una obra, "La ternura", de Bataille, de las que la gente chic llama escabrosas, como podría llamarlas acantopterigias o sinalagmáticas. La gente chic es tremenda. Después de reprisar algunas piezas argentinas de éxito, se estrenará "Las estatuas", de Roberto Gache. Esperamos algo bueno.

POR NO VARIAR

¿A que no sabes, lector, qué obra está dando Casaux en el Victoria? ¡Qué gracia, también! Eso cualquiera lo sabe. Hay que tener en cuenta que generalmente la obra con que debuta Casaux suele ser la obra de la temporada. Nosotros también lo sabemos: "En un burro, tres baturros".

"EL ALEMANCITO"

Don Alberto Weisbach, como todos los autores veteranos, conoce qué debe contener una pieza para que guste al público. Por eso, y sin otra finalidad que la de lograr mucho cartel, él, como otros autores, usa y abusa del cabaret, de los personajes extranjeros de suyo pintorescos y de los argumentos gratos al público, por lo menos de epílogo agradable, satisfactorio para la masa anónima. Nadie ignora que cada persona del público se siente juez en todo asunto y que con la misma facilidad e ignorancia, encara y juzga la actitud, por ejemplo, de un rey en un conflicto internacional, como la situación de una pecadora de género chico, esto es, de casa de vecindad.

Los autores que persiguen deliberadamente éxitos largos de cartel, no piensan en nada más que en halagar al público. No se preocupan de nada que tenga algo que ver con el arte de las candilejas. ¿Que la obra debe tener lógica humana?... ¡Para qué!... ¿Que una muchacha engañada por un pillastre, en trance ahora de casarse con un hombre bueno y honrado, un alemán, verbigracia, le cuente su desliz movida por una lealtad e hidalguía que es un "rara avis" en una mujer y no quiere casarse de yapa? Eso es poco común, pero conviene ponerlo para dar una nota de extraordinaria nobleza femenina y arrancar el aplauso. ¿Que la pecadora, en lugar de purgar su pecado en un convento o en el retiro del hogar, se hace milonguera y morfinómana? Eso viene de perlas con el gusto actual del público y motiva la presentación de un cabaret criollo o alemán, con orquesta típica criolla o alemana y su secuela de bailes, música (el menos desagradable de los ruidos, según Napoleón) y demás bellezas... ¿Que al final el enamorado le perdona todo y la hace su esposa?... ¡Magnífico! Ese romanticismo que apenas existe en nuestros tiempos, cierra con broche de plata la pieza y el público se destroza las manos aplaudiendo y se desgañita pidiendo el autor.

Lector, si estas líneas escritas a vuela pluma te resultan ininteligibles, tu inteligencia brillará con luz meridiana viendo en el Apolo "El alemancito o agua de charco", pieza de Alberto Weisbac, en la que los hermanos Ratti realizan una interesante labor interpretativa encarnando dos tipos de alemán. Para el cronista, nada habría perdido el teatro nacional si no se hubiese estrenado; para el empresario Traverso, es lo mejor que se ha dado en el año. ¡Palabra... de empresario!...

ANECDÓTICA

De regreso de su viaje a la madre patria, donde han cosechado tantas cosas, Muiño y Alippi hicieron su aparición en el Buenos Aires, recibiendo muchos aplausos. Como se comprende, después de tan pintoresca y accidentada jira, y mucho más tratándose de cómicos, gente alegre y dicharachera, lo que de su equipaje ocupa más espacio son los cuentos. Ya nos han colocado una infinidad de ellos, viejos y nuevos, mentiras y verdades. Ahí va un botón.

Cuenta Muiño que de las cosas más graciosas que le han ocurrido fué la siguiente. Se representaba no sabemos qué obra en la que el cuentista hace un papel descacharrante. El público se descostillaba de risa y al terminar el actor su papel, el público estalló en calurosos aplausos. Cuando cesaron los aplausos y se hizo el silencio, un espectador de la primera fila manco del brazo derecho, se dirige a su vecino de la izquierda y le dice, lo más fresco:

—Caballero, haga el favor de golpearme en esta mano, que ahora quiero aplaudir yo.

BATACLANERÍAS

Se anuncia como un gran acontecimiento artístico la presentación de la gran compañía española del Apolo de Madrid, que actuará en el San Martín próximamente. El debuto tendrá lugar con la revista "Arco Iris", puesta en escena con toda suntuosidad. Hemos oído aplicar a este conjunto los adjetivos siguientes: regio, estupendo, admirable, brutal y otros más de esos que se dicen pero no se escriben. Parece que el elenco femenino es de los que en España llaman "de no te muevas". Se nos asegura también que el vestuario es de órdago, no sabemos si a la chica o a la grande o a las dos. En fin, a todas nuestras preguntas se nos ha contestado con una exclamación más o menos pintoresca y ponderativa. Estamos realmente impacientes por ver todo eso, que nos manda la catedral del género chico español. Y va sin decir que de las catedrales lo que más nos gusta es el coro. El coro de vírgenes.

2.50

Como el título se presta a confusiones, porque parece un aviso de tienda, nos apresuramos a hacer la correspondiente aclaración. En realidad se trata de dos "cincuentas", es decir, de dos obras que han alcanzado la quincuagésima representación. Nos referimos a "La Virgen de la Pureza" y "Manuelita Rozas". Esto es un éxito, o, mejor, dos éxitos. La Pagano y la Podestá pueden apuntarse los correspondientes porotos. Veremos cuál de las dos hace lotería.

UNA POCHADE DIVERTIDA

Después del extraordinario éxito de "La Machona", de Isaac Morales (hijo), que sigue ocupando preferentemente el cartel del Maipo, la compañía Mary-Morganti-Gutiérrez ha presentado al público una pochade de Alejandro Berutti titulada "Klu-Klux-Klam". La cosa es rara, pero tiene de bueno que tanto como de rara tiene de divertida. El público la ríe de buena gana con las incidencias numerosas y complicadas de la obra, muy bien interpretada por la compañía.

VITA BUONA

"Las Corsarias" han raptado a "El Caballero de la Rosa" y juntos monopolizan el cartel de la Comedia. Son dos éxitos como para no pensar en estrenos. Ni falta que hace.

CASOS Y COSAS

Si no se ha producido ya al aparecer estas líneas, debe tener lugar de una noche a otra, el estreno de una nueva revista titulada "Así se pasa una hora". Lugar del suceso, el teatro Avenida. Protagonistas, Vitone-Pomar. Autor material del hecho, Rando. Creemos que no habrá víctimas.

"EL IMPERIO DE LA FUERZA"

Tal es el título de una obra que acaba de publicar don Eugenio Navas. Se trata de un drama social—así lo clasifica su autor—en tres actos, que ha sido representado según lo apunta el prologuista, señor José Jiménez.

De su lectura inferimos que el señor Navas tiene condiciones para cultivar la literatura escénica y que este ensayo es la promesa de obras de mayor enjundia que han de permitirle surgir entre los autores empeñados en hacer arte.

PARRA

Para reemplazar a "El stud misterioso", don Florencio Parravicini, volviendo sobre sus pasos, ha resuelto estrenar "Girando en descubierto", de don Ricardo Villarán, quien acaba de obtener un buen éxito con "Sangre gris", en el Buenos Aires. "El judío Aarón", de Eichelbaum, retirado del ensayo, se estrenará en el curso de la temporada.

MAYO

Prepara la compañía de Casas, que sigue trabajando con salas muy pobladas, el estreno de "La noche de los estudiantes", del maestro Roselló, en la que se tienen muchas esperanzas de éxito. Entre tanto, viene reprisando viejas y hermosas zarzuelas del repertorio español.

CHEZ CARCA

Sin novedad hasta el momento en que escribimos. Se mantienen en cartel "Mateo" y "La mala siembra".

BERTINI-GIOANA

La interesante compañía de operetas que actúa en el Politeama, ensaya las novedades que dará a conocer en breve al público. Ya dijimos que entre ellas cuenta, principalmente "Frasquita" última opereta de Lehar.

SMART

Mantiénese en el cartel, con firmeza, "El rey del cabaret". Acaban de estrenar Simari y Franco, "De tigre a tigre", sainete de Trongé y Cattaneo, del que haremos un comentario en otro número.

CASINO

La troupe de liliputienses rusos, que ha interesado al público, sigue actuando con aplauso y de vez en vez estrena algún número que gusta siempre. El último que vimos, "La rosa roja", es muy bonito. El cartel del Casino se matiza con otros números igualmente atractivos, como el de los chanchitos amaestrados y el famoso acorazado misterioso.

FLORIDA

Bien nutrido de atracciones, el bonito teatro del Pasaje Güemes funciona con bastante público. Gloria Gil Rey es por ahora el número más simpático.

GRAND SPLENDID

Hermosas películas se darán a conocer en esta semana en la grandiosa sala de la calle Santa Fe. La demanda de localidades aumenta, en razón directa de las películas que se anuncian en caracter de estreno. Los viernes, noches de moda, la sala es una reunión elegante de familias de nuestra mejor sociedad.

CAPITOL

Muy concurrido viene notándose este bonito cine, de sólidos prestigios entre las genes calificadas. Interesante siempre, el programa de películas demuestra la evidente preocupación de la empresa por aumentar el crédito de la sala.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

























Una leyenda del rey Don Pedro.--Doña María Coronel y su momia

Agarrado a la tupida reja de la clausura, esperaba impaciente. Por último, siento leves pisadas, alguien descorre silenciosamente la cortina, y ante mis ojos se presenta una visión fantástica.

Una monja, tapado el rostro por negro velo que la llega hasta la cintura, está inmóvil a tres pasos de mí, en medio de la penumbra; otra, no menos encubierta, y también con inmovilidad de estatua, alumbra con una vela el rostro de un cadáver encerrado dentro de una urna. No veo bien al principio; la urna está a seis o siete pasos de distancia, y la semioscuridad del recinto pone sombras y misterios en todas partes; pero los ojos no tardan en acostumbrarse a ella, y entonces la aparición adquiere rasgos de lo sobrenatural.

El cadáver es de una mujer, de una mujer joven, y tan bella, que harto comprendo, mirándola, que un rey cometiera por ella locuras y hasta crímenes. El perfil es perfecto; el rostro, blanquísimo; la luz oscilante de la vela hace que a momentos parezca que las largas pestañas se levantan descubriendo los hermosos ojos cerrados por la muerte; y la ilusión de la vida aumenta cuando avivándose tal cual vez la llama de la luz, arranca destellos de oro a los rubios cabellos que asoman bajo el monjil rostrillo, cabellos en los que se prendió el alma fogosa de don Pedro I de Castilla.

Porque aquel cuerpo que yo contemplo arrobado, es el de doña María Coronel, la mujer a quien, según la leyenda, persiguió ardientemente de amores y la que, heroica en la defensa de su honor y de su castidad, mutiló bárbaramente su rostro y su cuerpo para causar repugnancia al rey haciéndose pasar por leprosa.

No sé, cuantos minutos estuve absorto en la contemplación. Las monjas continuaban inmóviles cual si formaran parte de un grupo escultórico policromo como los que había en los retablos. Unas notas de órgano vinieron a recordarme que iba a empezar el coro, y dando las gracias a las pacientes religiosas, que contestaron con inclinaciones de cabeza, salí de la iglesia.

La visión, que aún llevaba en el cerebro, se desvaneció al poner el pie en el patio, alegre, lleno de flores y de luz, como buen patio de convento sevillano, donde junto a unas macetas cosían unas muchachas de negros ojos rasgados y de nariz semítica.

La leyenda de doña María Coronel es bien conocida, pero no creo que con tanto detalle como la voy a dar, tomándolo principalmente de un curioso manuscrito titulado: "Documentos del archivo de la Clavería del convento de Santa Inés, de Sevilla, sacados por el hermano Fr. Juan Francisco Muñoz, lego y director de dicha Clavería, en 1797".

Doña María y su hermana doña Aldonza eran hijas de aquel poderoso señor Alfonso Fernández Coronel, a quien don Pedro hizo matar muy justamente por traidor en la villa de Aguilar, cuyo dominio le disputaba. La primera estaba casada con don Juan de la Cerda, hijo de don Luis, príncipe de las Afortunadas, nieto de San Fernando, y por tanto, de extirpe regia. Doña Aldonza tenía por marido a otro señor ilustre, Alvar Pérez de Guzmán. Las dos eran famosas por su hermosura, y el rey se hallaba enamorado de ambas.

Como dice el autor del *Victorial de Caballeros* "a cualquier mujer que bien le parescía a don Pedro, non cataba que fuese casada o por casar; todas las quería para sí; nin curaba cuya fuese". Así es que cuando los dos maridos se fueron con el rey a la guerra contra Aragón, cuidó Alvar Pérez de dejar a su mujer muy encerrada en el convento de Santa Clara, de Sevilla, para prevenir cualquier asechanza de su apasionado soberano. Una vez en Aragón, don Pedro encargó a los dos cuñados la custodia de un castillo fronterizo, y aquella especie de prisión forzosa a que se les condenaba alarmó tanto a los dos maridos que, rompiendo por todo, abandonaron la fortaleza, sin parar mientes en la gravedad de su acto. Furioso el rey por aquella defección, que le inspiraba temores por el éxito de la guerra, mandó perseguir y coger a los dos señores. El marido de doña Aldonza tuvo el buen acuerdo de refugiarse en Aragón; el de doña María, el infortunado don Juan de la Cerda, ansioso quizá de ver a su mujer, a la que adoraba, cometió la imprudencia de irse a Andalucía y de hacerse fuerte en su castillo de Gibraleón. Por orden del rey marcharon a batirle fuerzas del concejo de Sevilla, y cerca de la Ribera de Candón le malhirieron y haciéndole prisionero le llevaron cautivo a la Torre del Oro.

CONYUGAL



—¿Se puede saber, Bartolo, por qué me contradices siempre delante de la gente?
—Porque estando solos no me atrevo, querida.

Doña María no perdió momento. En Tarazona se hallaba don Pedro, y a Tarazona se dirigió a marcha acelerada la infeliz esposa de don Juan de la Cerda, confiando tal vez en que la pasión que don Pedro sentía por ella influiría para que la concediera la vida del prisionero. El rey la recibió cariñoso, y fingiendo atender a las súplicas y a las disculpas de aquella mujer a quien ya había arrebatado su padre, la dió cartas para que "le diesen vivo é sano" su marido. Pero la ocultó que antes había despachado con urgencia a su ballestero Rodrigo Pérez de Castro para que matasen a don Juan, confiscasen todos sus bienes, incluso los dotales, y arrasasen su solar.

Voló a Sevilla la desdichada doña María Coronel, no descansó un momento en el interminable camino, temiendo siempre que un retraso costara la vida a su marido, llegó temblorosa de emoción y de alegría a las puertas de la Torre del Oro, y cuando presentó la carta del rey mandando entregarla "vivo é sano" a don Juan, la contestaron brutalmente que había sido degollado ocho días antes.

"Metieron en su calabozo—dice el lego antes citado—un moro para que matase a don Juan de la Cerda. Este, con su cadena, dió un terrible golpe al moro, y ambos quedaron muertos".

La triste viuda, desamparada de todos, solicita en vano la devolución de sus bienes, y aquel mismo año se retira a la ermita de San Blas, edificada por sus antepasados, con un corto número de servidores que se la conservan fieles.

Transcurren tres años. Don Pedro se halla de nuevo en Sevilla y vuelve a requerir de amores a aquella infortunada belleza a quien había traicionado tan desalmadamente. Doña María, llena de terror, se refugia en el convento de Santa Clara, confiando en la protección de la superiora, que es parienta suya. Don Pedro, a quien no contienen los respetos a la Iglesia, como lo demostró enterrando vivo a un arcediano, manda que a viva fuerza saquen del convento a doña María.

En trance tan apurado, las monjas tienen una inspiración. Abren en la huerta una gran hoya, para ocultar a la perseguida, cúbrenla con tablas y sobre éstas siembran hierba, que ¡oh divino milagro! brota y crece instantáneamente. Cuando llegan los alguaciles del rey, las monjas les abren con todo respeto las puertas y les invitan a registrarlo todo.

Aunque escapó de ella, aquella tentativa convenció a doña María Coronel de que don Pedro no cejaría en su empeño hasta rendirla, de fuerza o de grado, a sus deseos. Muerto su marido, perdida muy niña la única hija que había tenido de él, decidida a retirarse del mundo ¿para qué quería su belleza, que sólo sinventuras la había proporcionado?

Un día mandó calentar una caldera de aceite, y cuando estuvo hirviendo se bañó heroicamente con él todo el lado izquierdo de la cara, se salpicó el derecho e hizo correr el líquido abrasador por la sin par garganta y por los "honestos pechos", quedando llagada como si la comiera la lepra.

El rey, al enterarse de su acto, la devolvió sus bienes dotales y el solar de su palacio; y muerto don Pedro, su sucesor don Enrique ordenó que a ella y a sus hermanas las fueren entregados los bienes que confiscaran años atrás a su padre.

X. X.

El oro en Australia

En cualquier tiempo, y sobre todo en estos calamitosos que corren, sería grato encontrar oro por las calles. Tan agradable sorpresa, que no es posible en casi ninguna parte, ocurre no pocas veces, según dice el "Daily Mail", en ciertas ciudades de Australia.

Las ciudades australianas del interior fueron construídas hace varios decenios y a toda prisa en las cercanías de los centros auríferos.

Los yacimientos del precioso metal han sido explotados, pero el suelo ocupado por las construcciones de los poblados continúa virgen de toda explotación.

Acaso por ese conjunto de circunstancias, en las obras de restauración de las calles o de reconstrucción de edificios, los trabajadores empleados en ellas encuentran de cuando en cuando venas de oro, aunque no tan abundantes ni tan ricas que valgan la pena y el gasto de explotarlas a fondo.

En Sandhurst, después de un fuerte temporal, hay gentes que se dedican a cerner el fango recogido en los canales de desagüe, y no es raro que consigan reunir algunas docenas de granos de oro, arrancado a la tierra por el aguacero.

Se cita el caso de un colono que había construído su casa con ladrillos de cierta greda roja. Un día advirtió que habían quitado varios ladrillos del muro de la cerca; se puso en acecho, y sorprendió al ladrón, que era un chino, el cual confesó que de cada ladrillo obtenía una pequeña cantidad de oro.

En Gympie, en el Queensland, había en una plaza, como ornamento, una roca de grandes dimensiones. Un herrero, por broma, la dió un fuerte golpe de maza; la roca se abrió en pedazos, mostrando en su interior ricas vetas de oro.

"Introducción a la psicoanálisis.--Una teoría sexual.--Los sueños.--El chiste.--Psicopatología de la vida cotidiana.--Más allá del principio del placer".

Ideas acerca de la obra científica del doctor Freud.

El doctor Freud, conocido y celebrado en Alemania y Austria hace no menos de quince años, es hoy por hoy el más afamado de los psiquiatras universales.

A su lado, Charcot, Quetelet, Ribot, Hartmann y Owen parecen ser muy poca cosa.

Y se explica; Freud posee una base experimental enorme, y, paralelamente, un estilo literario sencillo y comprensible. No es extraño, pues, que su fama sea grande; comprender las cosas es un mérito nada despreciable, pero enseñar bien, claramente y con gracia, vale más aun.

Es así que a Freud le entiende cualquier persona de cultura mediana y de conocimientos no muy profundos.

En cambio, ¡Qué obscuro, qué frío, resulta un libro de Wundt, de Ribot o de Mantegazza! Y modernamente, la aristocracia de la cultura ha pasado a ser un lugar común; un salvaje de Abisinia, si tiene un profesor comprensivo, llegará a resolver ecuaciones de segundo grado. Puede afirmarse, redondamente, que no hay nada difícil, si se explica bien, y sobre todo, si se explica con imaginación, usando, incluso, un lenguaje rico.

La obra del doctor Freud, es un ejemplo de ello.

"Introducción a la Psicoanálisis"

La única objeción sería que Freud puede llegar a merecer, es la de que sus teorías son escasamente originales.

Camilo Mauclair, entre otros, afirma que Freud tomó su Teoría Sexual de los clásicos griegos, Sófocles y Eurípides; y en general los trágicos de aquella época, han servido, según Mauclair, como base y fundamento de aquella teoría.

Esto es relativamente cierto; y no sólo los griegos conceptuaron la sensualidad como un poderoso agente de la Psicología, sino que muchos psicólogos alemanes y franceses han sostenido idéntica cosa.

Hablando un poco de "La Introducción a la Psicoanálisis", hemos de sentar algunas conclusiones que nos parecen muy importantes.

En primer lugar, estimamos que es imposible dejar de lado a Dostoyevski, hablando de Psicoanálisis.

Este método científico, para llegar a penetrar en el espíritu humano, lo empleó Dostoyevski, a las mil maravillas, en sus libros "El Doble", "Crimen y Castigo", y "Los Hermanos Karamazov".

Claro que Dostoyevski lo hizo sin saberlo; careciendo de preparación científica, supo, sin embargo, introducirse en la inteligencia y en el razonamiento, en forma quizás nunca superada.

Así se le llamó "enorme psiquiatra", y no es por cierto excesivo tal nombre.

Por eso conceptuamos como un importantísimo precursor de la psicoanálisis, al gran escritor ruso. No es posible olvidarle, y debe ocupar, tanto para Freud, como para sus lectores un lugar descollante.

Es, pues, muy útil su lectura, para penetrar luego en las teorías del profesor austriaco.

El doctor Freud, claro está, pone el detalle científico, la garantía empírica, donde aquél sólo supo traer su imaginación y sus cualidades intuitivas.

Recientemente se tradujo al francés, "La Introducción al Psicoanálisis" y realmente resulta una obra de poco común interés y valor; leyéndola, puede apreciarse recién la génesis de las experiencias del doctor Freud.

Sin embargo, en esta "Introducción", se ha omitido señalar a muchos precursores del método que nos ocupa, y que tienen un valor tan grande como el de Dostoyevski: son estos Poe, Steudhal, Costant, etc., etc.

De Poe, conviene leer "El Escarabajo de Oro", "La Carta Robada", "El Jugador de Ajedrez", "María Roget" y "El Hombre de la Muchedumbre".

De Stendhal, casi todos sus libros, y de Benjamín Costant, "Adolfo", que constituye un verdadero y quizás insuperable tratado de psicología.

"Una Teoría Sexual"

Respecto a "Una Teoría Sexual", es preciso tener en cuenta que se trata de la más importante de las obras de Freud; es asimismo, no cabe duda, la más completa que se ha escrito en la materia.

Su importancia, es realmente notable, desde un punto de vista social y desde un punto de vista pedagógico.

La "Cuestión Sexual", tan complicada, tan difusa, puede ser resuelta en un futuro, gracias a los datos y experiencias acumuladas por el profesor Freud. Asimismo, muchas enfermedades nerviosas, de origen sexual, psicopatías sexuales, aparecen en la obra de Freud claras y fácilmente curables.

La parte metafísica del asunto, es también interesante y valiosa; Freud llega a comprobar el origen sexual de muchísimos actos de la vida psíquica, y en ciertos casos, el origen sexual de la personalidad, de sus manifestaciones exteriores, en la vida social.

Hace poco, leíamos en un libro español, lo siguiente: "El precio del pan aumenta por motivos exclusivamente sexuales; la ignorancia y la brutalidad aumentan el apetito sexual; este aumento desgasta a su vez las fuerzas físicas; se consume así más pan que de ordinario y su precio aumenta".

Es que los motivos sexuales forman la tercera parte de la personalidad humana; y sin embargo se les deja de lado en las Escuelas, en las Universidades, en todos los centros de educación, precisamente de la personalidad.

Por eso la obra de Freud, tiene una importancia práctica enorme; la obra de Freud puede ser la pedagogía del porvenir, la solución de la cuestión sexual, y, por añadidura, la de todos los problemas añejos.

De un modo general, se pueden lanzar las siguientes premisas:

1.ª El instinto genésico gobierna una buena parte de las ideas.

2.ª Contribuye a formarlas, a deformarlas y a equivocarlas.

3.ª Todo lo que sea instinto es perjudicial, por su animalidad.

....

Bien; el profesor Freud ha encontrado, experiencia por experiencia, la razón de ser de muchos motivos sexuales, normales y anormales.

Sus conclusiones servirán de base para evitar lo anormal, lo desviado y proteger lo normal, lo beneficioso, no para la sociedad, sino para el individuo.

La importancia de Freud no puede ser así, desconocida; ella es grande, muy útil y digna de todo elogio.

"Psicopatología de la Vida Cotidiana"

En "Psicopatología de la Vida Cotidiana", Freud ha reunido una serie de observaciones curiosas y de alto valor psicológico.

La falta de espacio nos impide extendernos como ella lo merece; haremos, pues, unas breves consideraciones generales.

La parte dedicada a el estudio de algunas formas del error y del olvido (olvido de nombres propios, de nombres extranjeros, etc.), tiene un alto valor experimental, y un alto valor médico-legal.

En lo que respecta a la aplicación de la psicoanálisis, en las pérdidas de memoria, es una cosa totalmente nueva, en la forma que Freud la presenta.

Luego, la utilidad de la psicoanálisis, como método curativo, aparece innegable en la obra mencionada de Freud. Y es algo más que la sugestión de Charcot, y de Brémand; la sugestión llega a curar por el olvido del mal, supuesto o verdadero. La psicoanálisis, por el contrario, hace ver al enfermo el origen de sus ideas, el origen de su afección psíquica, y una vez descubierto éste, la tarea del médico es sencilla e infalible, pues basta atacar y destruir manías, fobias, desviaciones y torpezas del sistema nervioso.

Así como "Una Teoría Sexual" posee un alto valor pedagógico, "Psicopatología de la Vida Cotidiana", tiene una verdadera importancia medicinal.

Es más, parece imposible que un psiquiatra moderno desconozca a Freud, o no quiera estudiarlo. Es preciso tener en cuenta, y no es en manera alguna excesivo, el siguiente resultado de la obra de Freud:

"Muchas de las formas de demencia hasta hoy incurable pueden llegar por la psicoanálisis, a ser combatidas con éxito, y curadas perfectamente."

Y, además, muchas formas del crimen, del alcoholismo, y numerosas neuropatías, pueden asimismo ser curadas por el método del profesor Freud.

"El Chiste": "Los Sueños", etc.

Sin vacilaciones recomendamos, a los que se interesen por el tema, la lectura de "La Caverna del Humorismo", de Pío Baroja.

Constituye dicho libro un valiosísimo antecedente para entrar después en las experiencias del doctor Freud. Es más; muchas de las afirmaciones de éste, están ya contenidas en el libro de Baroja. Su lectura es así, muy útil.

Freud en "El Chiste", como en "Los Sueños", aplica exclusivamente la psicoanálisis y llega a extremos de verdad sorprendentes.

En "Más allá del Principio del Placer", Freud se manifiesta francamente en contra de Epicuro; necesariamente así, Freud está en contra de todos los discípulos del célebre filósofo.

La falta de espacio nos inhibe de hablar de "El Chiste", "Los Sueños", "Más allá del Principio del Placer" y otros ensayos de Freud. Escogeremos pues, los "Sueños", y haremos algunas consideraciones al respecto.

Así como la famosa teoría de las "neuronas", llegó a explicar, en forma más o menos definitiva, el "como", la "técnica" del sueño, el profesor Freud descubre su origen, el "porqué".

Como tarea, rica en análisis, en deducción, y en inducción, la del profesor Freud está muy por encima de las prácticas de Charcot, Ribot y Owen, experimentos muy inferiores a los hechos por el psiquiatra austriaco.

Conclusión

Resalta pues, el valor pedagógico y terapéutico de la obra científica de Freud; poco ha de tardar el día, en que se hable decididamente de una Neo-Pedagogía Freudiana.

Rómulo F. CABRERA.



UN CHICO DEL DÍA

El nene (rezando). — Y mándame un detector de galena, dos aisladores aéreos y un sintonizador.

El presupuesto para 1924, en los Estados Unidos

El presidente Harding ha sometido a la consideración del congreso el presupuesto de gastos del gobierno calculado para el año de 1924, el cual asciende a la suma de $ 3.180.843.234, cantidad que representa una disminución de cerca de $ 500.000.000 sobre el presupuesto estimado el año fiscal de 1922-3. Las dos terceras partes del presupuesto representan, casi en su totalidad, gastos fijos, tales como deuda pública, defensa nacional, pensiones, recompensas provenientes de la guerra mundial y ayuda federal. El resumen del presupuesto muestra un exceso de los ingresos sobre los egresos de $ 180.969.125.

Colaboración espontánea

Regeneración

El tren descendía velozmente la pendiente; caía la tarde, ofreciendo ese aspecto triste que presenta el crepúsculo en el campo; en medio del fragor producido por las ruedas al deslizarse sobre los rieles. Juan Coupiet, poco menos que encajonado en un rincón del vagón de carga en que se había escondido, reflexionaba, filosofando sobre su accidentada vida.

¡A qué punto iba?, no lo sabía ni le importaba, tanto le daba ir al Norte como al Sur, o al Este como al Oeste; en los años de su existencia y en la sucesión de los días, el mañana era el hoy y el ayer el futuro.

Vagaba por la estación Curytibá, cuando vió el tren listo para salir; el guarda levantó su farol, con luz blanca, indicando la salida, y, sin detenerse a pensarlo, se encaramó ágilmente en una chata ocultándose entre unos durmientes que iban apilados.

Traca..., trac..., traca... trac..., estas malditas ruedas que no le dejaban hilvanar las ideas; se veía de 17 años cuando escapó de la casa paterna, con ese afán de conocer mundo, de ver otras tierras; hijo de familia acomodada, nunca conoció la miseria; cuando huyó estaba terminando el bachillerato, luego... los días de miseria, Chile... Perú... Méjico... ya ni recordaba las tierras que vió, ahora, ya hombre, 25 años, pensaba con tristeza en aquel tiempo que se fué, en su hogar, su buena madre... su padre... su hermana, que ya sería una señorita, casada quizás, y él, un vagabundo, un atorrante, filósofo por la fuerza de las circunstancias, por los días sin pan y sin cama...

Traca... trac... traca... trac...; era curioso el efecto que le producían las ruedas del tren, le parecía que era una cuna y lo estuviese meciendo; los párpados cayeron pesadamente y se durmió; fué un sueño lleno de pesadillas, agitado; el sueño de aquellos que nunca conocieron la tranquilidad de un hogar ni el calor de la familia.

Cuantas horas durmió, no sabría decirlo; de pronto se despertó al ruido de unas voces que hablaban cerca de él; una voz ronca, aguardentosa, decía:

—"Fué un sólo golpe seco y dí con él en tierra, no tenía más que unos billetes y esta cartera; la he visto y no tiene nada más que cartas que no sirven para nada y que vos ni yo podemos saber que dicen, puesto que no sabemos leer."

Inmóvil, pegado a los durmientes, Juan escuchaba con toda atención; de pronto el ruido producido por el choque de los vagones anunció que el tren iba deteniendo la marcha; en medio de la obscuridad procuró distinguir a los dos hombres; estaban encaramados en una viga sobre la que habían montado a horcajadas; el tren paró, estaban en la señal de distancia; la conversación prosiguió en tono más bajo.

—"Bueno, tomá—prosiguió la voz ronca—son 375 mil reis, la mitad, el sábado nos juntamos en la taberna del tío Paco y allí hablaremos nuevamente."

Sintió que se movían entre las maderas y pasaban sobre su cabeza, casi rozándole; un objeto golpeó su cara, en él reconoció que era una cartera, y por un momento temió que regresaran en su busca, pero no sucedió así; la máquina silbó nuevamente y arrancó a los pocos segundos, lentamente, yendo a parar frente a la estación.

Ya estaba clareando y las primeras luces del día asomaban tímidamente; estiró las piernas; desperezándose, y tiróse del vagón; miró a todos lados, tratando de orientarse; frente a la estación se veía una pequeña fonda, a ella se dirigió. Mientras saboreaba una enorme taza de café con leche, sin pensar siquiera con que dinero iba a pagarla, extrajo la cartera y se dispuso a examinar su contenido; era una billetera de piel de Rusia; en una esquina descubrió un monograma—J. C. L.—en su interior contenía varias cartas dirigidas a Juan Carlos Lebrond, cuentas, papeles sin importancia, etc... sacó la última que quedaba, un sobrecito perfumado, color verde, al abrirlo cayó un cartón; era una fotografía; una anciana de semblante apacible y surcado de arrugas, alta y un poco gruesa; a su lado se veía una jovencita como de unos 16 años. Quedó asombrado; era de una hermosura notable, una boca pequeña, nariz fina, un conjunto armonioso que encantaba a primera vista; dejando a un lado la fotografía, desdobló la carta y leyó:

"Querido hermano: No podría explicarte la inmensa alegría que llena mi alma en estos momentos, ni la felicidad que tu carta ha traído a esta casa, en donde únicamente sombras lúgubres se han albergado en estos últimos años; sólo siento que nuestro pobre papá no pueda disfrutar nuestra dicha; debes prepararte a recibir una noticia dolorosa, pero no olvides que aún te quedan una madre y una hermana por quienes velar.

Mamá, que está a mi lado, llorando por tí, hace varios años que está ciega; conserva todos sus demás sentidos, pero está muy débil, y tengo tanto miedo de quedarme sola!

¡Y pensar que eres mi hermano y que no te conozco!, procuraré trazarte a largos rasgos todo lo sucedido desde que te fuiste, y sólo espero el momento de tenerte entre nuestros brazos para contártelo todo, detalladamente.

Según dices en tu carta, cuando te escapastes a Inglaterra, lo hicistes escondido en las bodegas de un barco, tenías 12 años entonces, yo tenía 4, ¡hace quince años le esto!, papá y mamá creyeron volverse locos de dolor—te lo repito tal como mamá me lo ha contado muchas veces—primero pasaron días esperándote, luego... meses... años; hace quince que mamá y yo rezamos todas las noches por ti. Siete años después, perdimos a papá: un ataque al corazón; murió sin recobrar el conocimiento, y años más tarde se enfermó mamá, quedándose ciega. ¡Pobrecita!, ¡siempre rezando y llorando por ti! desde que recibimos tu lacónica carta, avisándonos tu venida, no tiene un momento de tranquilidad, ni come ni duerme y tengo miedo de que pueda enfermarse!

Me dices únicamente que te fuiste a Inglaterra, que estuviste en la India, que fuiste teniente de Cipayos, y nada más; bueno, es verdad, para que más, si dentro de unos días, cuando estés a nuestro lado, nos contarás todo.

En el Banco Francés, en Río de Janeiro, encontrarás un giro telegráfico por cinco mil pesos; con ese dinero puedes remediarte hasta llegar a ésta; aquí te espera la parte que te corresponde de la herencia de papá, que es bastante considerable; también te mando una pequeña fotografía de mamá y yo, ¿por qué no enviaste una tuya? ¡malo! ¡sueño tanto contigo! ¡debe ser un buen mozo, mi hermano! Me parece tan rara y suena tan dulcemente esta palabra en mis oídos. Ahora tienes que quedarte para siempre con nosotros, no te dejaré salir a ninguna parte, y únicamente te casarás con una chica que sea buena, muy buena, y que no sea egoísta, para que estés siempre con nosotras.

Te esperamos ansiosas, telegrafíanos el día que llegas y recibe un millón de besos de mamá y de tu hermana que te adora.

María Esther.

Buenos Aires, octubre 20 de 1920."

Al terminar la lectura de esta carta, Juan quedó absorto.

Hondas reflexiones cruzaban por su mente; los años de vagabundaje, los días de hambre y frío; él no era malo; en los años que llevaba siendo juguete del destino, únicamente se limitó a defender su existencia, pero he aquí que de la noche a la mañana se encontraba con que podía ser un hombre como los demás, es decir con un hogar... familia y rico además...

Sacó de nuevo la fotografía, miróla largamente y murmuró:

—Bueno, madre y hermana mía, pronto tendréis a vuestro lado al hijo pródigo!

Eran las nueve de la noche; la bahía de Botafogo, en Río de Janeiro, ofrecía un espléndido aspecto, notábase ese hormigueo que precede a la salida de los buques; a la derecha, la hermosa Avenida Beira Mar, costeando la bahía, ofrecía un aspecto maravilloso con sus numerosos focos encendidos; a bordo del "América", hermoso paquete francés, procedente de Burdeos, dábanse las últimas órdenes; señoras y niñas pertenecientes a la crema de la sociedad carioca, conversaban animadamente en la cubierta del vapor, dándose los últimos adioses y recomendaciones; sonó la sirena y el barco zarpó, lentamente, rumbo a Buenos Aires.

Recostado en la barandilla de la cubierta superior se hallaba un hombre vestido con descuidada elegancia. Un sedoso bigote, cortado a la americana, cubría sus labios, y en el anular de la mano derecha brillaba un hermoso solitario; era Juan Coupiet, pero un Juan Coupiet completamente metamorfoseado; en la lista del pasaje figuraba con el nombre de Juan Carlos Lebrond; permaneció largo rato meditando, hasta que por último exclamó:

DON TEMBLEQUE



—¿Está en casa el dentista?
—Sí, señor.
—Bueno... volveré otro día.

—La suerte está echada y ya es imposible retroceder, seré Juan Carlos Lebrond y veremos que me reserva el destino.

El barco surcaba las aguas, todo había enmudecido, únicamente se oía el rítmico compás de la máquina. Juan permaneció un momento más y luego se retiró a su camarote, murmurando el nombre de Buenos Aires, como una promesa infinita de paz y descanso...

En la calle Juncal elévase un hermoso palacio rodeado de jardines que deleitan la vista, es la residencia señorial de los Lebrond; don Carlos Lebrond, noble francés emigrado en el 70, fué el jefe de la familia, sus manos de noble no desdeñaron el ejercer los más duros trabajos, luchó con tesón hasta que por fin la fortuna llamó a sus puertas; entrado en años ya, sintió la necesidad de crearse un hogar, tener una familia; se casó; de este matrimonio nació Juan Carlos Lebrond, único vástago, fué su deseo que su hijo fuese médico, y antes de irse a las regiones de donde no se vuelve, tuvo la satisfacción de verlo terminar su carrera.

Finalizando amores de estudiante, el jóven médico contrajo enlace al poco tiempo, siendo padre de dos hijos, Juan Carlos y María Esther.

Desde la muerte del jefe de la familia, la casa permaneció cerrada, sólo de tarde en tarde, veíanse en el jardín a madre e hija, aspirando aire perfumado por las flores.

María Esther Lebrond era una de las niñas más bellas de la sociedad porteña, sus ojos negros y relucientes, suavemente aterciopelados, conmovían extrañamente; una dulce melancolía extendíase por su semblante y la sonrisa inefable de su boca tenía un singular encanto que conquistaba inmediatamente; más de un pisaverde suspiró y rondó la casa, en vano, pues su retraimiento concluyó por ahuyentar los pretendientes.

La noche era fría, por la calle veíase uno que otro transeunte pasar con paso apresurado; en su dormitorio, sentado al lado de la estufa, Juan Coupiet sentíase cómodo en su papel de Juan Carlos Lebrond; tenía una madre que lo adoraba y una hermana que se desvivía por él; queríalas ya; particularmente a María Esther, que le había conquistado completamente; hacía dos meses que estaba en Buenos Aires, disponía del dinero que deseaba y de comodidades, sentíase feliz; después de todo, su papel no fué ni era difícil; su identidad no despertó dudas ni sospechas, su "madre", ciega completamente, sólo atinaba a acariciarlo, dichosa de tener "su hijo" cerca de sí; su hermana andaba adivinando sus deseos para satisfacerlos.

Sentíase bueno; María Esther había sabido inspisarle un cariño puro, fraternal; la adoraba, como hubiese adorado a su verdadera hermana, estaba dispuesto a dar su vida por evitarle un pesar; muchas veces sondeó su corazón, celoso de que otro afecto hubiese echado raíces, pero pronto pudo convencerse de que no era así, pues su pureza, su inocencia y su candor aun no habían sido contaminados por las pasiones.

Un golpe que sonó en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—¿Quién es?—preguntó.

—Yo,—gritó la voz fresca y sonora de María Esther,—y entró corriendo yendo a sentarse en sus rodillas.

—¡Ah, regalona!—dijo él, riéndose,—¿qué es lo que quieres?

—¿No es cierto que mi hermanito es muy bueno?

—Sí, muy bueno,—afirmó él.

—¿Y mi hermanito no sabe, acaso, que son las 8 de la noche y que tenemos que cenar temprano y que después tiene que llevarme a casa de las de Oyazábal?

—¿Y mi hermanita no sabe,—dijo imitando el tono de María Esther—que su hermanito no hace nada más que lo que su hermanita quiere, y que por consiguiente pueda ir vistiéndose?

Y salieron riéndose, amorosamente enlazados del talle, en dirección al comedor, donde los esperaba doña Julia, la pobre anciana ciega que se sentía rejuvenecer oyendo las risas de sus hijos.

Cuando llegaron al baile, éste estaba en su apogeo, las toilettes de las damas ofrecían un conjunto maravilloso con los juegos de luces del salón, profushmente iluminado; sentado en un rincón, Juan fumaba tranquilamente, mirando pasar las parejas; comparaba su vida pasada, llena de penalidades y sufrimientos y ésta que disfrutaba ahora. De pronto, dos manos taparon sus ojos.

—¿María Esther?—interrogó.

—¿No bailas?—preguntó ella, con la cara encendida por la agitación de la danza.

—No tengo deseos...

—Ven, vamos, no seas perezoso, quiero lucirme contigo bailando este vals; ¡más de cuatro van a tener envidia de esta pareja!

Y tomándolo de las manos lo hizo levantarse y enlazarla del talle, perdiéndose entre las demás parejas, suavemente mecidos por la cadencia de la música.

A las cuatro de la mañana regresaron. Dentro del auto, María Esther habíase dormido, con la cabeza reclinada en el pecho de Juan, fatigada por el baile y por la falta de costumbre de concurrir a esta clase de fiestas; Juan mirábala con cariño, pasándola su mano por la frente, en una suave caricia fraternal, en la que iba envuelta toda su alma, toda la ternura de su corazón.

El carruaje marchaba al paso; tanto atrás como adelante, veíase una hilera sin fin de coches, lo más elegante de París habíase congregado ese día en el Bois de Boulogne; corría una suave brisa que refrescaba el ambiente, un poco pesado esa tarde, Juan miraba a su lado a María Esther; estaba adorable, esa era la palabra, con su rico vestido que dibujaba sus formas maravillosas por la pureza de sus líneas, su pequeño gorrito coquetonamente echado hacia la derecha.

El había resuelto este viaje a Francia, para distraerla de la honda pena que le causara el fallecimiento de su madre, ocurrido unos meses atrás; veíala jovial, más reanimada, renaciendo en ella ese derecho a la vida que trae en sí la juventud, y era feliz viéndola dichosa, reanimada.

—Juan Carlos,—dijo ella,—¿dónde iremos a cenar hoy?

—Donde tú quieras.

—Bueno, mirá, entonces iremos a ese restaurant en donde cenamos anoche, donde tocan esas músicas alemanas tan tristes, tan melancólicas y tan bellas!

—No, ahí no, eso no te conviene, te pones triste y yo quiero ver a mi hermanita siempre contenta; mejor iremos a Montparnaisse, al lago, y cenaremos allí.

Y dió orden al auriga de que saliera de la fila y emprendiera la marcha. Cuando llegaron, la orquesta tocaba un tango; dulces reminiscencias nostálgicas de la patria invadieron sus almas, permanecieron en el coche hasta que terminó, entonces bajaron del brazo y tomaron asiento alrededor de una de las mesas, rodeados de árboles y flores. Sentíase el ruido de los remos que golpeaban el agua; numerosos botes surcaban las aguas tranquilas del lago.

Cenaron; María Esther estaba alegre y decidora, dando continuas bromas a Juan; decíale que tenía miedo de que la fuera a dejar sola, no fuera que se enamorara de alguna francesita; él reíase con toda su alma, pensando para sus adentros que su amor, el amor de los amores, lo tenía en ella.

Al terminar, ella propuso un paseo por el lago, fué sola; él sentíase invadido de una dulce beatitud; admiró su pie breve y fino al saltar dentro del bote, ella agitó sus manos en ademán de despedida y empezó a remar.

Al verla alejarse, un extraño presentimiento oprimió su alma.

—¡Bah...!—pensó,—¿qué le puede suceder?

Entregado a sus pensamientos, permaneció un rato abstraído, quizás media hora, de pronto, un grito de angustia hirió sus oídos.

—¡Juan Carlos!

En el grito reconoció la voz de María Esther, dió un salto en la silla y salió desesperado, loco, sin saber a donde ir; otro grito resonó, más desesperado aún que el primero, dirigióse, atropellándolo todo, hacia el sitio de donde partió el llamamiento; la gente corría también, arremolinándose en una orilla del lago, pretendió lanzarse al agua, pero fué fuertemente sujetado, hizo un nuevo esfuerzo por zafarse de los brazos que lo aprisionaban, mas no pudo y perdió el conocimiento.

Estuvo veinte días entre la vida y la muerte; cuando recobró el conocimiento, el médico, con toda clase de precauciones, le comunicó la fatal noticia, que él ya presentía.

María Esther habíase ahogado en el lago.

Gruesas lágrimas resbalaron por su semblante y apoderóse de él nuevamente la desesperación; estuvo en serio peligro su vida pero su constitución fuerte le salvó.

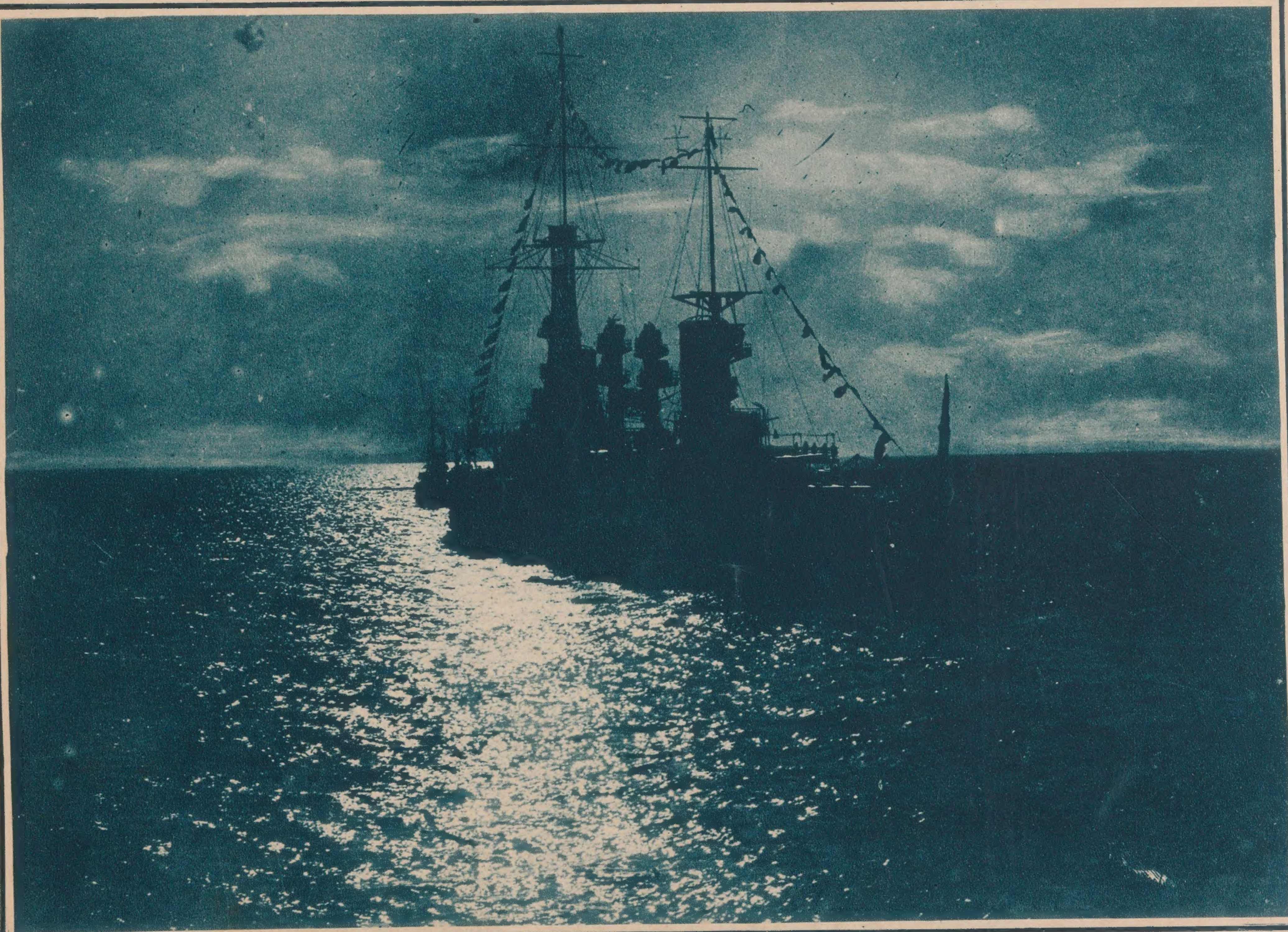
Hoy hay en un barrio de Buenos Aires un hombre extraño; representa unos 50 años, son sus cabellos completamente blancos y tiene la frente surcada de arrugas, pero si se le examina de cerca, se nota en seguida que es un hombre joven, de apenas 30 años y se adivina que un gran pesar le ha avejentado prematuramente; es el padre de los pobres; da abundantes limosnas, y cuando le preguntan por su nombre, para agradecerle, él sólo contesta:

—¡Rogad por María Esther, fué un ángel demasiado puro para este mundo y voló al cielo!

Y un velo de tristeza cubre su semblante.

Rodolfo **BOERO.**

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Nocturno.—El acorazado "Rivadavia" fondeado en la rada del Puerto Militar. Fot. Márquez.

1923


Te Bagley
Galletitas
BAGLEY
La costumbre de tomar te, se halla arraigada entre las personas de distinción y refinamiento, y por éste motivo sólo debe emplearse un producto delicado, exquisito y de la más alta calidad, como es el
Te Bagley
considerado insustituible, por la excelencia de su clase.
Acompañado por las deliciosas
Galletitas Bagley
resulta el más grato conjunto que pueda ofrecerse a los paladares más exigentes.
BAGLEY
BAGLEY